



CARLOS DICKENS

PREMIO Y CASTIGO

(SEGUNDA PARTE DE "OLIVERIO TWIST.")

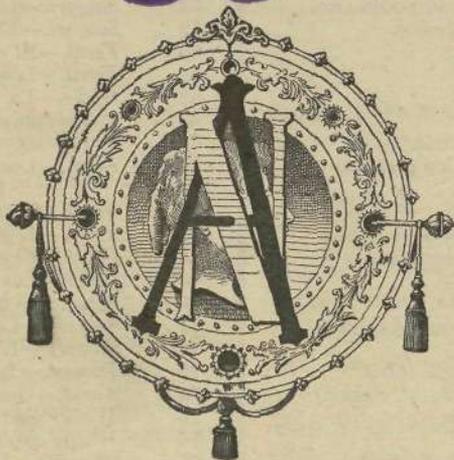
NOVELA PICARESCA ORIGINAL TRADUCIDA DEL INGLÉS

POR

JOSÉ MENÉNDEZ NOVELLA

ILUSTRACIONES DE L. PALAO

30



17 JUN 1908

MADRID

LA NOVELA DE AHORA

ADMINISTRACIÓN: CASA EDITORIAL DE SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28.

Es propiedad.

Ayuntamiento de Madrid

Obras publicadas en LA NOVELA DE AHORA. (Segunda época.)

- | | | |
|--|--|--|
| 1 <i>Salgari</i> .—La perla roja (agotada). | 12 <i>Salgari</i> .—La venganza (agotada). | 22 <i>Salgari</i> .—Morgan (agotada). |
| 2 <i>Salgari</i> .—Los pescadores de perlas (agotada). | 13 <i>Belot</i> .—El parricida (agotada). | 23 <i>Sienkiewicz</i> .—Quo vadis...? T. 1. |
| 3 <i>About</i> .—Germana. | 14 <i>Belot</i> .—Lubin y Dacolard (agotada). | 24 <i>Sienkiewicz</i> .—Quo vadis...? T. 2. |
| 4 <i>Daudet</i> .—Tartarin de Tarascón. | 15 <i>Mael</i> .—Caridad (agotada). | 25 <i>Ciurana</i> .—El debut de un juez. |
| 5 <i>Walter Scott</i> .—Guy Mannering. | 16 <i>Salgari</i> .—La Reina de los caribes (agotada). | 26 <i>Salgari</i> .—La capitana del Yucatán. |
| 6 <i>Walter Scott</i> .—Enrique Bertrán de Ellangoban. | 17 <i>Salgari</i> .—Honorata de Wan-Guld (agotada). | 27 <i>Conan Doyle</i> .—La sombra grande. |
| 7 <i>Mael</i> .—El torpedero 29. | 18 <i>Feval</i> .—El lunar rojo (agotada). | 28 <i>Mael</i> .—Siempre tuya. [diso] |
| 8 <i>Chavette</i> .—La bella Aliette. | 19 <i>Feval</i> .—El fantasma (agotada). | 29 <i>Dickens</i> .—Oliverio Twist. |
| 9 <i>Cardona</i> .—El primo. | 20 <i>Mael</i> .—Soledad. | 30 <i>Dickens</i> .—Premio y castigo. |
| 10 <i>Ciurana</i> .—Una penitencia. | 21 <i>Salgari</i> .—Yolanda, la hija del Corsario Negro (agotada). | |
| 11 <i>Salgari</i> .—El corsario negro. | | |

De todos los tomos publicados en LA NOVELA DE AHORA hay ejemplares en la edición de lujo. De la corriente no hay sino de aquellos que aparecen en esta lista sin la palabra agotada.

BIBLIOTECA CALLEJA. Obras literarias de autores célebres.

La **Biblioteca Calleja** publica novelas interesantes que jamás ofenderán las buenas costumbres, formando tomos en 8.º mayor de 300 páginas próximamente (175 X 144 milímetros), con láminas finas impresas con la mayor delicadeza sobre papel satinado para su mayor belleza y menor volumen. Precio de cada tomo en rústica con cromos **una peseta y una peseta veinticinco céntimos** en pasta sólida y elegante con cromos.

Para quien compre todos los tomos publicados se conserva el precio de suscripción, que era 80 céntimos en pasta y 60 en rústica.

Los siguientes tomos publicados han merecido grandes elogios.

- | | |
|---|--|
| 1 <i>Jaccoliot</i> .—El crimen del molino de Usor. | 46 <i>Cherbuliez</i> .—Miss Rovel. |
| 1 bis. <i>Souvestre</i> .—Memorial de familia. | 47 <i>Salgari</i> .—La hija de los Faraones. |
| 2 <i>Bouvier</i> .—Colette ó la Cayenita. | 48 <i>Salgari</i> .—El sacerdote de Phtah. |
| 2 bis. <i>H. de Saint-Aubin</i> .—La heredera de Birague. | 49 <i>Dickens</i> .—El hilo de oro. |
| 3 <i>Noir</i> .—La Reina de los gitanos. | 50 <i>Dickens</i> .—El eco de la tormenta. |
| 3 bis. <i>Mael</i> .—Lo que canta el amor. | 51 <i>Davidson</i> .—El misterio de la calle Harley. |
| 4 <i>Salgari</i> .—Los Pescadores de ballenas. | 52 <i>Gaboriau</i> .—El legajo núm. 113. |
| 4 bis. <i>Salgari</i> .—Invierno en el Polo Norte. | 53 <i>Gaboriau</i> .—El hijo falso. |
| 5 <i>Feval</i> .—Juramento de Lagardère. | 54 <i>Monteil</i> .—Juan de las Cadenas. |
| 6 <i>Feval</i> .—Aurora de Nevers. | 55 <i>H. de Saint-Aubin</i> .—El cura de aldea. |
| 7 <i>Feuillet</i> .—Novela de un joven pobre. | 56 <i>Pradels</i> .—Agencia matrimonial. |
| 8 <i>Toudouze</i> .—Las pesadillas. | 57 <i>About</i> .—Treinta y cuarenta. |
| 9 <i>Salgari</i> .—La Soberana del Campo de Oro. | 58 <i>Salgari</i> .—Los solitarios del Océano. |
| 10 <i>Salgari</i> .—El Rey de los cangrejos. | 59 <i>Salgari</i> .—El estrecho de Torres. |
| 11 <i>Belot</i> .—El parricida. | 60 <i>Feval</i> .—El castillo maldito. 1.ª parte. |
| 12 <i>Belot</i> .—Lubin y Dacolard. | 61 <i>Feval</i> .—Los vampiros. 2.ª id. |
| 13 <i>Mael</i> .—La Gaviota. | 62 <i>Opale</i> .—La princesa Helga. |
| 14 <i>Canivet</i> .—Hijo del mar. | 63 <i>P. Lebrun</i> .—Un tío á pedir de boca. |
| 15 <i>Salgari</i> .—Náufragos del Liguria. | 64 <i>P. Lebrun</i> .—El simpático Cascarrabias. |
| 16 <i>Salgari</i> .—Devastaciones de los piratas. | 65 <i>Feval</i> .—Los mercaderes de plata. 3.ª parte del castillo maldito. |
| 17 <i>Silvestre</i> .—Rosa de Mayo. | 66 <i>Feval</i> .—La casa de Geldberg. 4.ª id. |
| 17 bis. <i>Mael</i> .—La mujer del capitán. | 67 <i>Feval</i> .—Los tres hombres rojos. 5.ª id. |
| 18 <i>Pont-Jest</i> .—De princesa á modelo. | 68 <i>Feval</i> .—El misterio de la Trinidad. 6.ª id. |
| 19 <i>Ricouard</i> .—Conflicto entre dos amores. | 69 <i>Feval</i> .—Los bastardos de Bluthaup. 7.ª id. |
| 20 <i>Salgari</i> .—Sandokan. | 70 <i>Feval</i> .—El barón de Rodach. 8.ª y última. |
| 21 <i>Salgari</i> .—La mujer del pirata. | 71 <i>Salgari</i> .—La perla roja. |
| 22 <i>Enne et Delisle</i> .—Aventureros del crimen. | 72 <i>Salgari</i> .—Los pescadores de perlas. |
| 23 <i>Bernard</i> .—La piel del león. | 73 <i>Daudet</i> .—Tartarin de Tarascón. |
| 24 <i>About</i> .—El hombre de la oreja rota. | 74 <i>About</i> .—Germana. |
| 25 <i>Tony-Revillon</i> .—El proscrito. | 75 <i>Walter Scott</i> .—Guy Mannering. |
| 26 <i>Busnach</i> .—Yerros policíacos. | 76 <i>Walter Scott</i> .—Enrique Bertrán. |
| 27 <i>Pottey</i> .—Malambó. | 77 <i>Chavette</i> .—La bella Aliette. |
| 28 <i>Ponson du Terrail</i> .—Diana de Lancy. | 78 <i>Cardona</i> .—El primo. |
| 29 <i>Vialon</i> .—El hombre del perro mudo. | 79 <i>Ciurana</i> .—Una penitencia. |
| 30 <i>Salgari</i> .—Los estranguladores. | 80 <i>Salgari</i> .—El Corsario Negro. |
| 31 <i>Salgari</i> .—Los dos rivales. | 81 <i>Salgari</i> .—La venganza. |
| 32 y 33 <i>Walter Scott</i> .—Quintin Durward. | 82 <i>Davidson</i> .—Dorina. |
| 34 <i>Ponson du Terrail</i> .—El capitán Coquelicot. | 83 <i>Feval</i> .—El lunar rojo. |
| 35 <i>Mael</i> .—El torpedero 29. | 84 <i>Feval</i> .—El fantasma. |
| 36 <i>Salgari</i> .—Los tigres de la Malasia. | 85 <i>Mael</i> .—Caridad. |
| 37 <i>Salgari</i> .—El Rey del Mar. | 86 <i>Salgari</i> .—La Reina de los caribes. |
| 38 <i>Gautier</i> .—La novela de la momia. | 87 <i>Salgari</i> .—Honorata de Wan-Guld. |
| 39 <i>Barbey D'Aureville</i> .—La virgen viuda. | 88 <i>Mael</i> .—Soledad. |
| 40 <i>Salgari</i> .—El capitán Tormenta. | 89 <i>Salgari</i> .—Yolanda, la hija del Corsario Negro. |
| 41 <i>Salgari</i> .—El león de Damasco. | 90 <i>Salgari</i> .—Morgan. |
| 42 <i>Collins</i> .—La muerta viva. | 91 y 92 <i>Sienkiewicz</i> .—Quo vadis...? |
| 43 <i>Champol</i> .—La hermana Alejandrina. | 93 <i>Ciurana</i> .—El debut de un juez. |
| 44 <i>Champol</i> .—Las que vuelven. | 94 <i>Salgari</i> .—La capitana del Yucatán. |
| 45 <i>Assollant</i> .—Dos amigos en 1792. | |



17 JUN 1908

PREMIO Y CASTIGO

(SEGUNDA PARTE DE «OLIVERIO TWIST»)

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA FELIZ EXISTENCIA DE OLIVERIO EN CASA DE SUS NUEVOS AMIGOS

Los sufrimientos de Oliverio no fueron cortos ni pocos; además de los punzantes dolores que le producía su brazo roto, había adquirido, por su exposición al frío y la humedad, una dolencia que le originó agudísima fiebre, que no le abandonó durante varias semanas y que minó su ya débil organismo. Por fin comenzó á restablecerse lentamente y pudo expresar, mezclando lágrimas y palabras, cuán conmovido y agradecido estaba por las bondades de que le colmaban aquellas excelentes señoras, y con qué ardor deseaba estar bueno para poder con sus servicios testimoniar su reconocimiento á la Sra. Maylie y á su angelical sobrina. Anhelaba hacer algo para manifestarles el amor y la gratitud que de su corazón desbordaba; algo que les probase que su meritísima acción no había sido perdida, y que el pobre niño que por su caridad había sido salvado de la miseria ó de la muerte deseaba vivamente, con todos los im-

pulsos de su alma y de su corazón, pagar de algún modo la deuda contraída con ellas.

—¡Pobre muchacho!—exclamó Rosa un día en que Oliverio había articulado débilmente palabras de agradecimiento que se escapaban de sus pálidos labios.—Ya tendrás muchas ocasiones de servirnos, si así lo deseas. Vamos á ir al campo, y mi tía tiene el propósito de llevarte con nosotras. La tranquilidad del sitio, los aires puros y todos los encantos de la primavera te restablecerán por completo en pocos días, y ya tendremos oportunidad de emplearte de cien maneras, cuando te halles en estado de ser útil.

—¡Ser útil!—exclamó Oliverio.—¡Ah, querida señora! ¡Solamente con poder ayudar á usted me tendría por dichoso! ¡Qué no daría yo por poder aunque no fuera más que regar sus plantas y cuidar sus pajarillos!...

—No tendrás que dar nada absolutamente—dijo sonriendo la Srta. Maylie;—porque, como te he dicho, te ocuparemos en mil cosas, ya verás; y con que te tomes la mitad de las molestias que prometes para satisfacernos, me harás completamente feliz.

—¡Feliz, señora!—repitió Oliverio.—¡Oh, qué bondadosa es usted!

—¡Sí, sí, feliz; más feliz de lo que podría decir!—insistió Rosa.—Sólo pensar que mi tía ha podido substraerte á esa vida de horrores y miserias de que nos has hablado, constituye para mí un inexpresable sentimiento de júbilo; pero si además me convenzo de que el objeto que ha atraído su compasión y sus bondades es digno de merecerlas, las agradece sinceramente y demuestra su afecto y abnegación, la dicha que experimente será imposible para mí expresarla... ¿Me comprendes bien?—interrogó observando el rostro reflexivo de Oliverio.

—¡Sí; sí, señora!—repuso éste con viveza.—Pero pensaba que ahora soy ingrato.

—¿Ingrato? ¿Con quién?

—Con el excelente caballero y la buena anciana que tanto me cuidaron—replicó Oliverio.—Estoy seguro de que, si supieran lo feliz que soy, tendrían gran placer.

—Yo también lo creo—repuso la bienhechora de Oliverio.—Y el Sr. Losberne ha tenido la bondad de prometernos que, en cuanto estés lo suficientemente bueno para poder ir, te llevará á verlos.

—¿Me va á llevar?—exclamó el niño radiante de alegría.—¡Qué dicha ver la sorpresa y el júbilo retratados en sus bondadosas facciones cuando yo me presente á ellos!...

En poco tiempo Oliverio estuvo suficientemente restablecido para soportar la marcha, y cierta mañana se metió con el doctor en un cochecito perteneciente á la Sra. Maylie. Al llegar á Chertsey Bridge, Oliverio se puso muy pálido y lanzó una exclamación de espanto.

—¿Qué le pasa á este chico?—preguntó el médico con su habitual brusquedad.—¿Has visto algo, has oído algo, has olido algo?...

—¡Ahí! ¡Eso! ¡Esa casa!—repuso el niño señalándola con el dedo.

—Sí, sí; pero ¿qué?... ¡Para, cochero!... ¡Bueno, hombre, habla! ¿Qué tenemos con esa casa?

—¡Los ladrones! Es la casa adonde me llevaron—suspizó Oliverio.

—¡Demonio!... ¡Hola, abre la portezuelal

Pero antes que se la abrieran saltó al suelo, y empezó á llamar como un loco á la puerta de la aislada casa.

—¡Hola!—exclamó un horrible jorobadillo, abriendo la puerta tan repentinamente que por poco cae al suelo el doctor, impulsado por su ardor impetuoso.—¿De qué se trata?

—¿De qué se trata?—replicó el médico cogiéndole por el cuello de la chaqueta sin reflexionar.—¿De qué se trata?... Por lo pronto, de robos...

—¡Pues cuidado no se trate de asesinatos tam-

bién—dijo fríamente el jorobado—si no me suelta usted inmediatamente! ¿Me ha oído?

—Sí, sí; oigo—continuó el doctor, zarandeando al portero.—¿Dónde está?... ¡el Infierno le confunda!... ¿Dónde está?... Ya no me acuerdo de ese condenado nombre... ¡Ah, Sikes! Eso es. ¿Dónde está Sikes, ladrón?

El jorobado, manifestando el mayor asombro é indignación, se soltó diestramente de la mano del médico y dió dos pasos hacia adentro; pero antes de que pudiera cerrar la puerta, el Sr. Losberne le siguió, sin pronunciar una palabra, hasta llegar á una estancia desamueblada. Miró con inquietud en torno suyo; pero no había indicio de inquilinos ni de nada que se asemejase á la descripción hecha por Oliverio.

—Ahora—añadió el jorobado, que no le había perdido de vista,—¿qué se ha propuesto al entrar con esa violencia en mi casa? ¿Quiere usted robarme, ó asesinarme, ó qué?

—¿Has visto alguna vez, ridículo vampiro, que vayan á robar á nadie en un coche con dos caballos?—preguntó el irritable doctor.

—¿Qué quiere usted entonces?—preguntó á su vez el jorobado.—¿Va usted á largarse de aquí inmediatamente, antes de que haga yo alguna barbaridad? ¡Maldito sea usted!...

—¡Saldré cuando me dé la gana!—dijo el médico examinando otra pieza que tampoco se acomodaba al relato de Oliverio.—¡Ya nos veremos las caras, amigo!

—¡Cuando quiera!—gruñó el personaje.—Si me necesita usted algún día, aquí me hallará. He vivido en esta casa enfermo y solo durante veinticinco años, y no va usted á ser quien me asuste. ¡Me vengaré, me vengaré!...

Y así diciendo, el horrible diablo se puso á patear el suelo aullando de cólera.

—Esto es completamente estúpido—se dijo para sí mismo el doctor.—El chico debe de haberse engañado.—Toma; guárdate eso y vuelve á encerrarte en tu pocilga.

Y dándole una moneda, subió al coche.

El jorobado siguió al médico hasta la portezuela del carruaje, profiriendo imprecaciones y maldiciones; pero cuando el Sr. Losberne se volvió para dar órdenes al cochero, miró al interior del cochecillo y lanzó á Oliverio una mirada tal de ferocidad y venganza, que el pobre niño, ni dormido ni despierto, pudo olvidarla durante varios meses.

Continuaba sus furiosas imprecaciones, cuando echó á rodar el vehículo, y por algún tiempo pudieron verle pateando el suelo y mesándose los cabellos ante la puerta, en un acceso de locura rabiosa, real ó fingida.

—¡Soy un borrico!—exclamó el doctor tras un largo silencio.—¿Sabías eso, Oliverio?...

—No, señor.

—Bueno; pues no lo olvides en adelante. ¡Un asno!—repitió el doctor tras otro silencio de algunos minutos.—Aunque hubiera sido ésa la casa y hubieran estado en ella esos individuos, ¿qué podía haber hecho con las manos vacías? Y, aun habiendo tenido ayuda, ¿qué podía haber resultado?... Lo dicho: soy un borrico... Podía haberme costado cara mi impremeditación y ligereza; pero me hubiese estado bien, para enseñarme á no fiarme ciegamente del primer impulso sin reflexionar. Sí, me hubiera estado bien.

Lo cierto del hecho es que el excelente médico no había obrado nunca más que impetuosamente, dejándose llevar del primer pronto; y lo que resultaba demostración palmaria de que sus impulsos eran excelentes es que, lejos de haberse acarreado por tal modo de obrar disgustos y sinsabores, se había atraído el respeto y la estimación de cuantos le conocían.

Si ha de decirse la verdad, durante un par de minutos estuvo el Sr. Losberne un poco fuera de sí al ver que se le había escapado una prueba de la veracidad del relato de Oliverio, la primera que había tenido ocasión de adquirir; pero pronto, satisfecho por las francas y netas respuestas del muchacho, dadas con sinceridad, resolvió fiarse de él.

Como conocía el nombre de la calle en que vivía el Sr. Browlow, pudieron dirigirse allí desde luego. Al doblar la esquina de la misma, el corazón del niño palpitó con tal violencia que parecía iba á saltarse del pecho.

—Bueno; ¿qué casa es?—preguntó el Sr. Losberne.

—Ésa, ésa!—contestó Oliverio vivamente.—¡Esa casa blanca!—Me parece que me voy á morir! ¡Oh, vamos!

—¡Vaya, vaya, tranquilízate! Vas á verlos en breve, y se regocijarán de hallarte sano y salvo.

—¡Oh, así lo creo! ¡Fueron tan buenos amigos!... ¡tan sumamente buenos!

El coche se detuvo á poco. No; se había equivocado: era en la casa próxima. Oliverio miró la ventana con ojos nublados por lágrimas de risueña esperanza. ¡Ay! ¡La casa blanca estaba vacía! En los balcones había papeles, y en uno de ellos se veían dos palabras: *Se alquila*.

—Llamemos en la casa vecina—dijo el doctor, pasando el brazo del muchacho por entre el suyo y el costado para que se apoyara, emocionadísimo como estaba.—¿Puede usted decirnos—preguntó á una sirvienta que salió á abrir—qué ha sido del Sr. Browlow... ese caballero que vivía ahí al lado?

La interrogada no lo sabía; pero entró á informarse y volvió diciendo que lo había vendido todo y se había marchado á las Indias Occidentales hacia seis semanas. Oliverio se retorció las manos y estuvo á punto de caer de espaldas.

—¿Partió también con él el ama de gobierno?—preguntó el doctor después de una pausa.

—Se fué también—contestó la criada.—El anciano caballero, su ama de llaves, y un amigo del señor Browlow.

—Bueno, gracias... ¡Á casa!—ordenó al cochero.—Y no te apures porque se censan los caballos antes que salgamos de este maldito Londres.

—¿Y el librero, señor?—dijo Oliverio.—Yo sé dónde tiene el puesto. ¿No quiere usted que le veamos?... ¡Vamos, señor!

—No, no, mi pobre niño; bastantes emociones hemos tenido hoy. Si vamos al puesto del librero, nos dirán sin duda que ha muerto, ó que se le ha quemado la casa, ó que se ha dado á la fuga... ¡No, no! ¡Á casa!

Y, de acuerdo con el primer impulso del doctor, volvieron á casa de la Sra. Maylie.

Esta amarga decepción causó viva pena á Oliverio, aun en medio de su dicha, porque había sufrido mucho durante su enfermedad al pensar en todo lo que el Sr. Browlow y la Sra. Bedwin le dirían al verle, y en el placer que tendría al contarles cuánto se había preocupado de ellos en aquellos largos días y tristes noches de su cautiverio en la madriguera de Fagin. La esperanza de llegar un día á explicarse con ellos, contarles cómo fué secuestrado y cuánto había sufrido, había animado y sostenido en sus últimas pruebas. ¡Y ahora, el pensamiento de que habían partido tan lejos, llevándose de él la opinión de que era un impostor y un granujilla, sin poder ya desengañarlos... le abrumaba y oprimía su corazoncito!

Sin embargo, este hecho no alteró en nada los buenos sentimientos de sus generosas protectoras para con él. Al cabo de una quincena, cuando el tiempo principió á mostrarse hermoso y templado; cuando los árboles comenzaban á vestirse de hojas, y las flores desplegaban el encanto de su aroma y el brillo de sus matices, las señoras se prepararon á dejar por algunos meses su residencia de Chertsey, enviaron á casa de un banquero el servicio de mesa, de plata, que tanta codicia despertó en el alma del judío, dejaron encargado á Giles, con otro criado, de la custodia de la casa, y se fueron al campo, llevándose á Oliverio.

¡Quién podría describir el placer, la delicia, la felicidad que inundaron de paz y alegría el alma del convaleciente niño en medio de aquellas verdes colinas, respirando aquel aire puro y aromatizado, pró-

ximo á una frondosa selva, en aquella hermosísima residencia de verano!..

¿Quién podrá decir hasta qué punto estas escenas de paz, de calma y tranquilidad se graban en la mente de los acostumbrados á arrastrar su vida en medio del bullicio malsano de las ciudades, y cuánto penetra por todos sus sentidos esa atmósfera saludable y confortadora! ¡Á cuántos hombres encerrados en el límite de miserables viviendas, casi mazmorras, en calles mezquinas, estrechas, antihigiénicas, ha devuelto la salud, el vigor, la santa alegría de la vida, la breve permanencia de una primavera ó un verano en pleno campo, en constante comunicación con la radiante, benéfica, reconstituyente y maternal Naturaleza!..

La residencia campestre de la Sra. Maylie era encantadora, y Oliverio, que había vivido hasta entonces entre seres degradados, en medio del escándalo y las reyertas, con sobresaltos, creyó entrar en una nueva existencia. Rosas y madre selvas trepaban por las vallas de la quinta; la hiedra crecía enroscándose en los troncos de los árboles, y las flores perfumaban el ambiente con sus deliciosos y exquisitos aromas. Cerca de la preciosa casita había un pequeño cementerio católico, no lleno de artísticos panteones y mausoleos pétreos, sino de modestas sepulturas, bajo la tierra cubierta de musgo y césped, y en las cuales dormían en paz los viejos de la aldea.

Oliverio solía ir allí á pasear, y al pensar en la miserable sepultura en que descansaban los restos de su madre, sollozaba apesadumbrado sin ser visto de sus bienhechoras; pero sucedía que al levantar los ojos al firmamento se consolaba creyendo que no era bajo tierra donde estaba su madre, y el llanto que vertía tornábase más dulce y menos triste.

Fué una época feliz. Los días de Oliverio transcurrían apacibles y serenos, y las noches no le llevaban temores ni cuidados; nada de languidecer en una prisión ni de estar asociado por la fuerza á miserables bandidos; nada más que pensamientos felices, agradables y risueños.

Todas las mañanas iba á casa de un caballero de cabellos blancos, que habitaba cerca de la pequeña iglesia y que le enseñó á leer mejor y á escribir, hablándole con tan paternal afecto, y tomándose tanto interés por él, que Oliverio se desvivía por agradarle y complacerle. Luego se paseaba con la Sra. Maylie y la Srta. Rosa, oyéndoles hablar de libros, y á veces, sentándose cerca de ellas, en algún plácido sitio, bajo la sombra de tupidos árboles que los preservaban de los rayos del Sol, oía leer encantado á la hermosa joven, hasta que la obscuridad proyectada por las ramas hacía imposible continuar la lectura en aquel paraje.

Después tenía que estudiar sus lecciones para el

siguiente día, y en esto ponía el mayor ardor, hasta que por fin aprendidas, acompañaba á las damas á nuevo paseo, escuchando con placer cuanto ellas decían, feliz cuando deseaban que les cogiera una flor ó cuando habían olvidado algo en la quinta, para correr á llevarlo. Ya de noche, obscuro, regresaban á casa y, tras de cenar, la joven solía sentarse al piano y tocar alguna pieza sentimental ó cantar alguna canción antigua, que la tía manifestaba deseos de volver á oír. En estas veladas no se encendían las bujías, y Oliverio, sentado cerca del balcón, escuchaba con deleite la hermosa música, bañadas sus mejillas por llanto de felicidad.

Y, cuando llegaban los domingos, ¡qué felices, qué distintos de los que jamás había soñado, transcurrían para él!.. Iban por la mañana al templo, pequeño y alegre, rodeado de árboles, cuyas verdes ramas acariciaban las ventanas del edificio; los pájaros cantaban en torno de la iglesia y las flores embalsamaban el ambiente. Los pobres aldeanos, endomingados, se arrodillaban con tal fervor que parecía que el placer y no el deber los congregaba allí; y aunque los cantos eran rudos, parecían á los oídos de Oliverio más armoniosos y dulces que todos cuantos hasta entonces había oído en la iglesia.

Luego paseábanse como de costumbre; visitaban á muchos labradores y jornaleros en sus limpias casitas, y á la noche Oliverio tenía que leer un par de capítulos de la Biblia (que había estado estudiando toda la semana), y cumplía este deber con más satisfacción y orgullo que si fuera el propio pastor.

Á las seis de la mañana ya estaba en pie, y salía de casa en busca de flores silvestres, con las cuales formaba muchos ramos para adornar por sí mismo artísticamente la mesa durante el almuerzo. Llevaba también hierba cana para decorar las jaulas de las aves de la señorita, según las instrucciones del pastor, esmerándose en hacerlo con el más exquisito gusto. Una vez los pájaros engalanados para todo el día, solían encargarle de alguna comisión caritativa en la aldea, ó, cuando no tenía encargos de esta naturaleza, jugaba tal cual partida de *cricket*, ó bien lo más frecuente era que se dedicase á inspeccionar y cuidar el jardín (habiendo estudiado este arte con el mismo maestro, el ministro evangélico, que era un peritísimo jardinero de afición) hasta que, aplicado con todo ardor y entusiasmo á esta faena, le sorprendía la llegada de Rosa al jardín, y sus cumplimientos y felicitaciones por todo lo que había hecho inundaban de felicidad y gratitud el alma del pobre niño.

Así transcurrieron tres meses; tres meses que en la vida del más bendito y favorecido de los mortales no hubieran sido de completa dicha, pero que para Oliverio lo fueron indudablemente. La más pura,

la más amable generosidad de una parte; la más sincera, la más abnegada y ardiente gratitud por otra, no es extraño que fundieran los corazones de aquellos tres dignos seres y que en breve Oliverio gozase de la intimidad completa de la anciana y su sobrina, y que la ferviente adoración que les consagraba su adolescente corazón, tan sencillo y tan noble, fuese para ellas motivo de satisfacción y orgullo, lo cual constituía la mejor recompensa para el muchacho.

CAPITULO II

EN QUE LA FELICIDAD DE OLIVERIO Y SUS AMIGOS
SUFRE REPENTINO GOLPE

Deslizóse rápidamente la primavera y comenzó el verano. Si la comarca estaba hermosa al principio, hallábase al comenzar el estío en todo el esplendor de su belleza. Los grandes árboles, tanto tiempo desnudos, habían recobrado todas sus galas y mostrábanse radiantes, extendiendo sus verdes ramas entorno para proteger de los ardientes rayos del Sol á los paseantes, ofreciéndoles agradables parajes frescos, desde donde se podía contemplar la campiña dorada por los rayos del astro-rey, y tapizada de su verde alfombra aromática. Era el momento culminante de la juventud del año, y todo era alegría y encanto para los sentidos.

Los habitantes de la quinta Maylie hacían el mismo género de vida que en un principio. Oliverio había recobrado las fuerzas y la salud, pero sus sentimientos continuaban siendo los mismos para con sus bienhechoras, cosa que muchas gentes no hubieran sido capaces de comprender. Era todavía la misma gentil, afectuosa y agradecida criatura que cuando los sufrimientos habían minado su constitución, y tan atento como antes á procurar cuanto pudiera agradar á las damas.

Una hermosa noche prolongaron su paseo más que de costumbre, conducidos por Rosa. El día había sido excepcionalmente caluroso; la Luna brillaba radiante, y se había levantado una brisa ligera y fresca. Rosa se había manifestado satisfecha y alegre, y charlaba con animación, con más animación que de ordinario. La Sra. Maylie parecía cansada, y regresaron lentamente á la quinta. Una vez en casa, la hechicera joven sentóse al piano, y después de haber recorrido distraidamente el teclado con los dedos, empezó á ejecutar una pieza de ritmo lento y solemne. Mientras tocaba, oyeron la dama y el niño como un ahogado sollozo.

—¡Querida Rosa!—exclamó la dama.

La señorita no respondió; tocó un poco más vivamente, como si la voz de su tía la hubiese arrancado algún penoso pensamiento, y eso fué todo.

—¡Rosa, amor mío!—insistió la Sra. Maylie, levantándose presurosa, acercándose á la joven é inclinándose hacia ella para verle el rostro.—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Lloras? ¿Qué te pasa, hija mía?

—Nada; no es nada, tía—contestó la sobrina.—No sé lo que me pasa... no podría explicarlo... pero tengo... una opresión... un...

—¿No estarás enferma, amor mío?—preguntó solícita la dama.

—No, no; no estoy enferma—dijo estremeciéndose, como si hubiera sufrido un escalofrío mientras hablaba.—Ya estoy mejor... Pero cerrad esa ventana, ¡por favor!

Oliverio se apresuró á satisfacer tal deseo. La joven hizo un visible esfuerzo para recobrar su alegría; comenzó á ejecutar música más alegre; pero de pronto sus manos cayeron sin fuerza sobre las teclas; Rosa ocultó con ellas su rostro, se echó sobre un sofá y dió rienda suelta al llanto que era incapaz de contener.

—¡Hija mía!—exclamó la anciana estrechándola entre sus brazos.—¡Hija querida!.. ¡Nunca te he visto así!

—He tratado de contenerme para no inquietarte... pero no he podido... Perdóname. Creo que estoy enferma.

Así era en efecto. Cuando llevaron luces se vió que en el corto tiempo transcurrido desde el regreso á la quinta, sus mejillas habían palidecido extraordinariamente y se había empañado el brillo de sus ojos. De pronto su rostro pasó del color blanco marmóreo al púrpura fuerte, y en su dulce mirada se reflejó cierto extravío; pero en breve desapareció, como nube inflamada por el Sol que aleja el viento, lo rojizo de su tez y volvió á presentarse el rostro pálido, casi cadavérico.

Oliverio, que observaba á la anciana con inquietud, notó la alarma que le producían tales síntomas y se alarmó también; pero, al ver que la dama aparentaba no darles importancia, trató de hacer lo mismo, lográndolo ambos tan bien que animaron á la enferma, y la convencieron para que se acostara. Al ir Rosa á hacerlo, expresó su confianza de que á la mañana siguiente se levantaría ya buena y á la hora de costumbre.

—Confío, señora—dijo Oliverio,—en que no será nada grave lo de la señorita Rosa; no parecía hallarse muy bien esta noche; pero...

La dama le hizo seña de que no hablara, y se sentó en el fondo de la sala, permaneciendo en silencio por espacio de un buen rato. Al fin, con temblorosa voz exclamó:

—No lo espero, Oliverio. ¡He sido tan dichosa con ella durante tantos años!.. demasiado feliz quizás... que presiento llegado el momento de sufrir. Pero es, pero que *eso* no, ¡Dios mío!

—¿Qué?—preguntó vivamente Oliverio.

—El terrible golpe de perder para siempre á la adorada niña que ha sido tanto tiempo mi consuelo.

—¡Ah!... ¡No lo quiera Dios!

—¡Amén!—dijo la anciana juntando las manos.

—Indudablemente no hay que temer una desgracia tan espantosa. No: hace dos horas—prosiguió el niño—¡estaba tan bien!...

—¡Pues ahora está muy mal!... Y estará peor aún, estoy cierta... ¡Ah, Rosa, mi querida, mi adorada Rosa! ¿Qué haría yo sin ella?

La pobre señora se dejó arrastrar por su dolor, y Oliverio, reprimiendo su propia emoción, se apresuró á calmarla y hacerle prudentes consideraciones, suplicándole encarecidamente, por amor mismo de la querida enferma, que se tranquilizase.

—Considere usted, señora—agregó Oliverio, cuyas lágrimas brotaban de sus ojos á pesar de los esfuerzos que hacía para contenerlas;—considere usted que siendo como es joven y buena, esparciendo en torno suyo tantos consuelos y tantas alegrías; considere usted que por ella, por usted misma, que tan buena es también, por todos á quienes hace tan felices la señorita... estoy convencido... estoy seguro... completamente seguro de que Dios no permitirá que muera. ¡No; no lo permitirá!

—¡Chist!—repuso la bondadosa dama pasando su mano acariciadora por la cabeza de Oliverio.—Razonas como un niño, ¡pobrecito!... pero de todos modos me has recordado mi deber, que había olvidado por un momento, y lo cual espero que me perdone el Señor. ¡Ay! Soy bastante vieja para saber cuánto dolor se experimenta á la separación terrible y absoluta de los seres á quienes amamos. ¡Ay!... He vivido lo bastante para saber que no son siempre los más jóvenes y los mejores los que se conservan cerca de las personas queridas... Pero eso mismo debe servirnos de consuelo, porque Dios es justo y tales dolores nos muestran sin género alguno de duda que hay otra vida mejor que ésta y que los caminos que á ella conducen son breves. ¡Hágase la voluntad del Señor!... ¡Pero la amo, la amo, y sólo Dios sabe con cuánta ternura!

Sorprendióse Oliverio de que al terminar estas palabras cesaran como por ensalmo lágrimas y lamentaciones, serenándose las facciones de la dama, que recobró su tranquila dulzura. Y más se asombró al ver que perseveró en esta actitud y que, dueña de sí misma, en medio de las preocupaciones y cuidados subsiguientes, la Sra. Maylie cumplía sus deberes sin debilidad y aun con cierto aspecto de alegría. Era muy niño é ignoraba de lo que son capaces las almas fuertes. No es extraño, pues suele suceder que los mismos que poseen ese temple de alma ignoran que lo tienen,

La noche fué de grandes ansiedades, y á la siguiente mañana los vaticinios de la Sra. Maylie se confirmaron. Rosa tenía una alta fiebre.

—Debemos ser activos, Oliverio, y no dejarnos arrastrar por un dolor estéril—dijo la dama mirando fijamente al niño.—Hay que enviar esta carta con toda urgencia al Sr. Losberne. Es preciso llevarla al pueblo, que está á cuatro millas de aquí por el camino de travesía, y buscar en la posada quien se encargue de llevarla á caballo á Chertsey. Allí hay siempre quien se encargue de estas comisiones. Confío en ti para que te encargues de buscar quien vaya.

Oliverio no tuvo fuerzas para contestar por efecto de la emoción que le embargaba; pero mostró ansiedad por partir inmediatamente.

—Esta otra carta—continuó la señora, deteniéndose para reflexionar un momento,—no sé si la envíe ahora ó aguarde á saber lo que tiene Rosa. No la enviaría sino en el caso peor.

—¿Para Chertsey también, señora?—interrogó Oliverio, impaciente por ejecutar su comisión y temblando la mano temblorosa para coger la carta.

—No—replicó la anciana, dándosela maquinalmente.

Oliverio lanzó una ojeada al sobre. La carta estaba dirigida á D. Enrique Maylie, en la casa de campo de un lord.

—¿La llevo, señora?—preguntó impaciente.

—No, no—replicó la dama, recogiéndola.—Aguardaremos hasta mañana para enviar esta carta.

Y diciendo esto dió á Oliverio un bolsillo y lo despidió. El muchacho partió todo lo á prisa que pudo, á través de los campos por senderos de travesía, hasta que la fatiga le obligó á detenerse para tomar aliento. Bañado en sudor y cubierto de polvo, llegó á la plaza del mercado del pueblo.

Allí se detuvo y buscó con la vista la posada: vio una casa de banca pintada de blanco, una cervecería pintada de rojo; la casa Ayuntamiento pintada de amarillo, y al lado una gran casa de persianas verdes con un rótulo que decía: «Posada de San Jorge», hacia la cual se dirigió desde luego.

Oliverio expuso su propósito á un postillón que estaba en la puerta, y éste, después de haberse enterado, lo dirigió á un palafrenero, el cual, después de haberse enterado á su vez, lo dirigió al dueño de la casa, que era un hombre alto, con corbata azul, sombrero blanco y un limpiadientes de plata en la boca.

El posadero, enterado de lo que deseaba el muchacho, pasó al escritorio para hacer el recibo; operación en la que tardó un buen rato. Cobrado ya el recibo, fué preciso ensillar el caballo y dar tiempo al mensajero para prepararse, lo que hizo perder todavía otros diez minutos. Por fin el mensajero partió á galope con la carta. Oliverio, que había hecho

gran derroche de paciencia, respiró con satisfacción al cabo. No había perdido el tiempo, y había visto partir á escape al portador de la carta en que se pedían los auxilios de la ciencia para la señorita Rosa. Oliverio salía ya de la posada más tranquilo, y á su puerta chocó con un hombre de alta estatura y envuelto en una capa, que entraba en aquel momento.

—¡Ah!—exclamó el hombre mirando fijamente al niño y retrocediendo dos pasos,—¿qué diablos es esto?

—Dispense usted, caballero; tenía prisa de volver á casa y no le vi venir—dijo Oliverio.

—¡Condenación!—rugió el hombre como para sí y lanzando al niño siniestras miradas.—¡Condenación!... ¡Quién lo hubiera creído!... Se le reducirá á cenizas y resurgirá de ellas para interponerse en mi camino.

—Siento mucho, señor—continuó Oliverio intimidado por la mirada feroz del desconocido,—siento mucho lo ocurrido y espero que no le habré hecho á usted mal.

—¡Maldición!—murmuró el individuo, rechinando los dientes y presa de un violento acceso de dolor.—Con sólo haber tenido el valor de pronunciar una palabra, aquella noche me hubiera desembarazado de él para siempre... ¡Muerte y condenación sobre ti! ¿Qué haces aquí?

Pronunciadas entre dientes tan incoherentes frases, adelantó hacia Oliverio, furioso, como dispuesto á derribarle de un golpe; pero fué él quien cayó, víctima de un ataque epiléptico.

El muchacho contempló un instante las horribles contorsiones de aquel loco (por tal le tenía), llamó á los de la posada para que le socorriesen, y cuando vió que le transportaban dentro echó á correr hacia casa para recobrar el tiempo perdido, pensando con una mezcla de asombro y de terror en la extraña fisonomía de aquel sujeto.

Sin embargo, este incidente no le preocupó mucho, pues al llegar á la quinta halló nuevos motivos de preocupaciones, que desterraron de su mente toda idea personal.

El estado de Rosa Maylie fué muy pronto grave. El médico del lugar la asistía sin separarse de la casa. Á la primera visita había llevado aparte á la Sra. Maylie para declararle que la enferma estaba gravísima y que era preciso casi un milagro para salvarla. Antes de la media noche se había declarado el delirio.

¡Cuántas veces durante aquella noche se levantó Oliverio de su cama, se deslizó de puntillas hacia la escalera y aguzó el oído para percibir el menor ruido que saliera del cuarto de la enferma! ¡Cuántas veces se estremeció y sintió correr por su frente frío

sudor si algún repentino ruido iba á herir su oído, haciéndole temer alguna desgracia!... El fervor de todos los ruegos que había dirigido al Cielo no era comparable al que puso en sus plegarias angustiosas aquella noche para que el Todopoderoso conservara la vida de la amable joven.

Llegó la mañana, y todo en la casa era tristeza y silencio... Se hablaba con susurros, como en secreto; mujeres y niños llegaban á la puerta, interrogaban, y alejábanse otra vez con lágrimas en los ojos. Oliverio se pasó el día y parte de la noche vagando lentamente por el jardín, alzando de vez en cuando los ojos al Cielo y sin perder de vista un momento la luz del cuarto de la enferma, que temía ver apagar como consecuencia del fatal desenlace temido. Á hora avanzada de la noche llegó el señor Losberne.

—Es cruel—dijo el buen doctor, después de examinarla.—¡Tan joven, tan amada! Pero hay pocas esperanzas.

Á la otra mañana, el Sol apareció radiante; todo respiraba vida, salud, alegría, felicidad, mientras la hermosa criatura yacía en brazos de la muerte, que se apresuraba á arrebatarla á los que la amaban. Oliverio se arrastró hasta el cementerio vecino, y, sentado en una fosa, lloró en silencio. Pero, al alzar los ojos un instante, vió tanta alegría, placidez y encanto en la Naturaleza; cantaban tan armoniosa y regocijadamente los pájaros, que pensó que aquél no era tiempo propicio para morir, pues la muerte era más propia del invierno que del verano risueño y perfumado.

Á punto estaba de declarar que sólo los viejos morirían, cuando oyó doblar á muerto la campana de la iglesia, y un instante después varios aldeanos franquearon el umbral del cementerio, llevando una caja adornada con cintas blancas; era una joven la muerta, y entre las que lloraban estaba una madre. ¡Una madre que ya no lo era!... Y el Sol seguía brillando radiante y los pájaros continuaban sus trinos y gorjeos.

Oliverio regresó á la quinta pensando en lo buena que había sido para él la que quizá estaba ya agonizando, y haciendo votos por tener todavía ocasión de demostrarle su cariño y agradecimiento. No tenía que reprocharse olvido ó negligencia; pero, sin embargo, recordaba de pronto mil circunstancias en que podía haber demostrado mayor celo y ardor en su servicio, y entonces lamentaba sinceramente no haberlo hecho así. Deberíamos ser más solícitos, cariñosos y atentos con los que nos rodean, porque cada muerte hace surgir en el pequeño círculo de los que sobreviven pensamientos de omisiones, negligencias y descuidos cuyo recuerdo nos persigue dolorosamente. No hay remordimientos más crueles

que éstos, que son inútiles; y si queremos evitarlos, recordémoslos á tiempo.

Cuando entró en la casa, halló á la Sra. Maylie sentada en el pequeño recibimiento. Oliverio se sobresaltó al verla, pues no abandonaba un instante la cabecera de la cama de su sobrina, temiendo algún desenlace fatal. Supo que Rosa estaba sumida en un profundo sueño, del cual no saldría sino para restablecerse ó para despedirse del mundo.

Estuvieron ambos durante horas enteras escuchando, sin atreverse á hablar; sirviéronles la cena, que no probaron ni uno ni otra; con mirada distraída contemplaban la puesta del Sol, sin fijarse apenas en los brillantes colores que matizaban el firmamento; atentos al menor ruido, percibieron pasos de alguien que se acercaba, y, movidos del mismo impulso, ambos se lanzaron instintivamente hacia la puerta, llegando á ella al tiempo que entraba en la reducida estancia el Sr. Losberne.

—¿Qué hay de Rosa, doctor?—exclamó la dama. *Digamelo de una vez. No tengo valor para soportar la incertidumbre...* ¡Oh, digamelo, digamelo en nombre del Cielo!...

—Cálmese usted—repuó el doctor, sosteniéndola ea sus brazos.—Tranquílcese. ¡Calma, calma, querida señora!

—¡Déjeme usted ir en nombre de Dios! ¡Hija, hija mía! ¡Muerta, muerta!...

—No, no—interrumpió el doctor vivamente.—¡Al contrario! Dios es bueno y misericordioso. ¡Vive, vive y vivirá aún mucho tiempo para hacer felices á los que ama!

La dama cayó de rodillas; trató de juntar las manos y elevar al Cielo una plegaria en acción de gracias; pero la energía que la había sostenido tanto tiempo se desvaneció y voló como incienso al trono del Todopoderoso, á falta de las palabras que no pudieron articular sus labios. Hubiera caído á tierra, á no interponerse entre su cuerpo y el suelo los brazos del doctor.

CAPÍTULO III

QUE CONTIENE ALGUNOS PORMENORES ACERCA DE UN JOVEN CABALLERO QUE SE PRESENTA POR PRIMERA VEZ EN NUESTRA ESCENA

Casi era demasiada aquella felicidad. Oliverio quedó estupefacto, sobrecogido ante tan inesperada nueva. No podía hablar, ni llorar, ni estarse quieto, y salió de la casa á respirar el aire puro de la noche. Al cabo, después de un buen paseo, sus nervios se calmaron y el llanto bienhechor acudió á sus ojos y bañó dulcemente sus mejillas. Sentíase cada vez mas aliviado del enorme peso que oprimía su corazón.

Ya era bien entrada la noche cuando emprendió el regreso á la quinta, cargado de flores que habia recogido con particular cuidado para adornar la cámara de la enferma. De pronto oyó á sus espaldas el ruido de un carruaje que se acercaba ligero; volvióse y vió que era una silla de posta lanzada á toda velocidad. Como los caballos iban al galope y el camino era estrecho, se echó á un lado para dejar pasar el vehículo.

Por más á prisa que pasara por su lado, Oliverio tuvo tiempo de entrever un individuo con gorro de algodón, que le pareció no serle desconocido, pero no tuvo tiempo de recordarlo. Un segundo después, el gorro de algodón asomábase á la ventanilla y una voz estentórea ordenaba parar al postillón, lo que no se verificó inmediatamente, pues tardó más de un minuto el cochero en contener á los animales. Entonces, la misma voz llamó al niño por su nombre.

—¡Aquí, maese Oliverio; aquí!... ¿Qué noticias hay de la señorita?...

—¿Es usted Giles?—exclamó el muchacho corriendo hacia él.

Giles exhibió de nuevo su gorro de dormir é iba á responder, cuando fué bruscamente retirado atrás por un joven que viajaba con él y que le exigió vivamente noticias de la enferma.

—En una palabra: ¿está mejor ó peor?—dijo.

—Mejor; mucho mejor—se apresuró á contestar Oliverio.

—¡Alabado sea Dios!... ¿Es seguro?

—¡Ya lo creo!... La mejoría se ha declarado hace muy pocas horas, y el Sr. Losberne ha dicho que habia cesado todo peligro.

El caballero no dijo una palabra; pero abriendo la portezuela saltó á tierra, y cogiendo á Oliverio por el brazo le atrajo hacia sí.

—¿Es completamente seguro?... ¿No padecerá algún error? ¿Es tal como dices?—preguntó con trémula voz el joven.—No me hagas concebir esperanzas que no hayan de realizarse.

—Por nada del mundo, señor: las palabras del doctor han sido que vivirá muchos años para colmar de felicidad á las personas que ama. Asimismo lo escuché de sus labios.

Las lágrimas acudían á los ojos de Oliverio al recordar la escena que tanto júbilo le habia producido; el joven volvió la cabeza y guardó por algunos momentos silencio. Oliverio notó que ahogaba más de un sollozo el desconocido caballero; pero creyéndole importunarle con sus palabras (adivinando sus sentimientos), permaneció silencioso fingiendo ocuparse de su ramillete.

Durante este tiempo, el Sr. Giles, siempre con su gorro blanco de dormir, habia permanecido sentado

en el estribo del carruaje y enjugándose los ojos con su pañuelo. La emoción del digno servidor no era fingida, como lo demostró la expresión de sus ojos al mirar al joven caballero cuando éste se volvió hacia él para hablarle.

—Creo que debe usted seguir en la posta, Giles, para prevenir á mi madre; en cuanto á mí, prefiero ir á pie desde aquí, y así podré serenarme antes de verla. Dígale que llego en seguida—exclamó el joven con dulzura.

—Dispéñseme usted, se lo ruego, Srto. Enrique—repuso Giles dando un frote final á su cara con el pañuelo;—pero sería mejor que el postillón anunciara su llegada... y yo se lo agradecería á usted mucho; no es conveniente que la servidumbre me vea en tal estado; perdería toda mi fuerza moral.

—Bueno—contestó el Srto. Enrique, sonriendo.—Haga usted lo que quiera. Que vaya delante con el equipaje, y venga usted con nosotros si así lo desea. Sólo que necesita usted cambiarse ese gorro de dormir y cubrirse la cabeza con algo más apropiado, para que no nos tomen por locos.

El Sr. Giles, acordándose de su extraño tocado, se quitó el gorro, lo dobló, se lo metió en el bolsillo y lo substituyó por un sombrero de grandes y soberbias alas, qué sacó de la silla de posta. Hecho esto, el postillón partió y los tres emprendieron su viaje á pie sin apresurarse.

Mientras andaban, Oliverio lanzaba miradas curiosas sobre el desconocido, que parecía tener unos veinticinco años y era de mediana estatura, de fisonomía correcta y franca, y de aspecto agradable y simpático. Á pesar de la diferencia entre la juventud y la edad madura, se parecía extraordinariamente á la Sra. Maylie, y Oliverio comprendió desde luego su parentesco, aun antes que hablara de su madre.

La dama estaba ansiosa de ver á su hijo, cuando éste llegó á la quinta, y la entrevista se efectuó con gran emoción de ambos.

—¡Madre mía!—suspiró el joven.—¿Por qué no me has escrito antes?

—Ya lo hice en el primer momento; pero reflexioné, y no quise avisarte hasta conocer la opinión del Sr. Losberne.

—Pero ¿por qué?—replicó el joven;—¿por qué correr el riesgo de que sucediera lo que tan cerca ha estado de suceder? Si Rosa hubiera... no me atrevo á pronunciar la palabra... Si esta enfermedad hubiese tenido desenlace distinto... jamás hubiera podido olvidar esta dilación en avisarme... ¡Nunca ya hubiese conocido la dicha!...

—Si hubiera llegado ese caso—replicó la dama,—convento en que tu felicidad hubiera sufrido un gran quebranto... y tu llegada aquí un día antes ó un día después habría tenido muy poca importancia.

—¿Por qué un gran quebranto? No un gran quebranto, madre; hubiera sido un golpe irreparable; tú lo sabes, madre; tú debes saberlo.

—Sé que ella merece el mejor y más puro amor que pueda ofrecer el corazón de un hombre; sé que su carácter tierno y cariñoso requiere un amor profundo é inquebrantable; si no lo pensara así y no estuviere cierta, además, de que un desengaño amoroso le destrozaría el corazón, no creería mi misión tan espinosa y no hubiera necesitado de tanta fuerza de voluntad para seguir la conducta que me he impuesto, y que sigo por estricto deber.

—Mal hecho, madre mía. ¿Me juzgas tan simple que no sepa á qué atenerme respecto á mis propios sentimientos? ¿Crees que puede engañarme mi corazón?

—Creo, mi querido hijo—replicó la dama posando una de sus manos en el hombro del caballero,—que la juventud tiene muchos generosos y nobles impulsos que no perduran, y que hay muchos jóvenes que después de conseguir lo que anhelan, se desencantan y hastían pronto. Y sobre todo creo—continuó la madre mirando escrutadoramente los ojos del hijo,—que si un joven entusiasta, arrebatado y ambicioso se casa con una mujer cuyo nombre tiene una tacha, no por culpa de ella, pero al fin una de esas manchas que el vulgo grosero reprocha á padres é hijos indistintamente, falta que se le reprochará tanto más cuanto más alto suba; creo que puede suceder que este hombre llegue un día á arrepentirse de los lazos forjados en su juventud, por buena y generosa índole que tenga, y que su esposa sufra el horroroso suplicio de advertir su arrepentimiento.

—Madre mía—exclamó el joven vivamente,—el hombre que así procediera sería un egoísta, un bruto, indigno del nombre de racional é indigno sobre todo de la mujer á quien aludes.

—Ahora piensas así.

—Ahora y siempre, madre. Las agonías que he padecido durante los dos días últimos constituyen la mejor prueba de lo sincero de esta pasión que tú sabes que no es de ayer, y que no es puro capricho. Rosa, esa dulce, gentil y encantadora criatura, es la depositaria de mi corazón, el árbitro de mi vida, tan completa y enteramente como mujer alguna en el mundo haya podido poseer el corazón de un hombre. No tengo pensamiento, proyecto ni esperanza fuera de ella; y si te opones á mi deseo, haz cuenta que me arrancas el corazón á pedazos. Piensa en ello, madre mía, compadécete de mí y procura por mi felicidad en este mundo.

—Enrique: porque conozco lo que valen los corazones ardientes y sensibles, quisiera evitarles todo dolor... Pero, en fin, ya hemos hablado bastante, y acaso demasiado, de ese asunto por ahora.

—¡Qué Rosa decida!—respondió Enrique.—No estarás tan aferrada á tu opinión para poner obstáculos en mi camino.

—No; sólo deseo que reflexiones.

—Ya he reflexionado—replicó vivamente el joven.—Desde que he podido reflexionar seriamente, vengo haciéndolo años y años, y mis sentimientos no han cambiado, como no cambiarán jamás. ¿Para qué diferir pues, el momento anhelado?... ¡No, no; antes de que me vaya, es preciso que Rosa me escuche!

—Te escuchará.

—Hay en el tono con que me hablas algo que parece implicar la afirmación de que me escuchará fríamente, madre.

—No; muy lejos de ello.

—¡Cómolo... ¿Amará á otro?

—¡No, hombre, no! Digo eso porque, si no me engaño, posees una gran parte de su afecto. Pero lo que yo deseo es que antes de correr ese riesgo, antes de dejarte llevar de la esperanza, reflexiones cinco minutos en la historia de Rosa, y consideres el efecto que pueda causar su misterioso nacimiento en su decisión, atendidos su abnegación y el gran cariño que nos profesa.

—¿Qué quieres decir?

—Te dejo el cuidado de descifrarlo. Me voy con ella. ¡Que el Señor te inspire!

—¿Te verá esta noche?—preguntóle el joven con cariño.

—Algún instante... Cuando pueda dejar á Rosa.

—¿Le dirás que he venido?

—Por supuesto.

—Y dile lo ansioso que estaba, lo que he sufrido, y cuánto anhelo verla... ¿No me rehusarás eso, madre mía?

—No; se lo diré todo.

Y estrechándole cariñosamente la mano, salió de la estancia.

El médico y Oliverio habían permanecido en el otro extremo de la estancia durante el anterior diálogo. Al irse la madre, el doctor se acercó al hijo, tendiéndole la mano y saludándole cordialmente. Enrique le devolvió sus saludos con no menos cordialidad y le preguntó por la enferma, confirmándole el médico las buenas noticias y explicándole minuciosamente y técnicamente la dolencia. Giles, fingiendo cuidarse de los equipajes, no perdía una palabra de lo que decía el doctor.

—¿Ha hecho usted algún otro buen tiro, Giles?—le preguntó el médico cuando acabó la explicación patológica.

—No, señor—repuso el administrador ruborizándose.

—¿Ni ha echado usted mano á ningún otro la-

drón, ni comprobado la identidad de ningún malhechor?

—No, señor—respondió gravemente aquél

—¡Pues es una lástima, porque se pinta usted solo para eso!... ¿Y cómo está Britles?

—El muchacho está bien, señor, y me encargó que le saludase á usted respetuosamente.

—Muchas gracias. Y ahora que me acuerdo, señor Giles... La víspera del día en que fui llamado aquí tan bruscamente, me había encargado, de parte de su buena dueña, de una comisión para usted. Venga usted conmigo un momento y la cumpliré.

El Sr. Giles se acercó al doctor, que se había retirado á un extremo del salón, y después de oírle algunas palabras hizo varias profundas reverencias y se retiró, con un aire aún más grave y majestuoso que el que tomaba en las grandes ocasiones. No se habló del asunto de la conferencia en el salón, pero fué ampliamente explanado en la cocina, porque al señor Giles le faltó tiempo para llegar á ella y anunciar á sus subordinados, con un tono soberbio y radiante, que la señora, en consideración á su valerosa conducta cuando la tentativa de robo, se había dignado depositar en la Caja de Ahorros veinticinco libras esterlinas á nombre de Giles. Las dos sirvientas alzaron los ojos al Cielo y dijeron que el favorecido por semejante distinción, henchido de orgullo, iba á ser inaccesible para sus inferiores.

—No, no—repuso vivamente el buen hombre, acariciándose la chorrera;—y si observáis en mí la menor altanería para con cualquiera de mis inferiores, yo quisiera que me lo dijerais.

Y prosiguió haciendo otras muchas observaciones no menos expresivas de su humildad, que fueron recibidas con igual favor y aplauso, por ser tan espontáneas y originales como todas las del mismo género que se leen ordinariamente en las vidas de los grandes hombres.

El resto de la velada se pasó más alegremente, gracias á las excelentes ocurrencias del doctor, que estaba de vena, y que logró regocijarse por fin á Enrique, aunque se hallaba intranquilo y pensativo. Tenía el médico réplicas tan felices, contaba tan chistosos chascarrillos y relataba con tal gracia las cosas más insignificantes, que obligó desde el principio á Oliverio á prorrumpir en francas y alegres carcajadas, con gran satisfacción del doctor, que se contagiaba con la hilaridad del niño; lo que también sucedió á Enrique Maylie, vencido por el buen humor de Losberne. Pasaron, pues, todo lo regocijadamente compatible con aquellas circunstancias la velada, y ya era tarde cuando se retiraron á descansar.

Á la mañana siguiente, de mejor temple, Oliverio evacuó sus ocupaciones ordinarias con el placer y la satisfacción que días ha le faltaban. Recogió las más

hermosas flores que pudo hallar, é hizo con ellas un precioso ramo para recrear á Rosa. La tristeza y melancolía que á los ojos del niño parecían haber tomado todos los objetos, había desaparecido como por encanto. Parecía que el rocío brillaba más en las verdes hojas, que el viento las agitaba más armiosamente, y que el Cielo mismo era más azul y más puro... ¡tal es la influencia que ejerce el estado de nuestro ánimo sobre la apariencia de los objetos! Los verdaderos matices de las cosas requieren, para ser percibidos, una visión límpida y clara.

Es de rigor observar, y Oliverio, por su parte, lo notó en seguida, que desde aquella mañana ya no volvió á hacer solo el niño sus expediciones. Á la vista del ramo cogido por el muchacho despertáronse en Enrique Maylie las aficiones á los paseos matinales y á las flores, las que disponía con tal gusto, que pronto dejó atrás á Oliverio en su arreglo. Pero en cambio el muchacho sabía dónde había más bellas flores, y todas las mañanas recorrían ambos el campo, para volver con sendos ramilletes. En el balcón de la enferma, que entonces estaba mucho tiempo abierto para que la paciente respirase el aire puro estival, había siempre un jarro con agua, lleno de flores que se renovaban diariamente. Oliverio observó que no se tiraban nunca las flores marchitas, y que el doctor, cada vez que entraba en el jardín, miraba al balcón, se fijaba en ellas y movía la cabeza. Mientras tanto, la enferma se restablecía rápidamente.

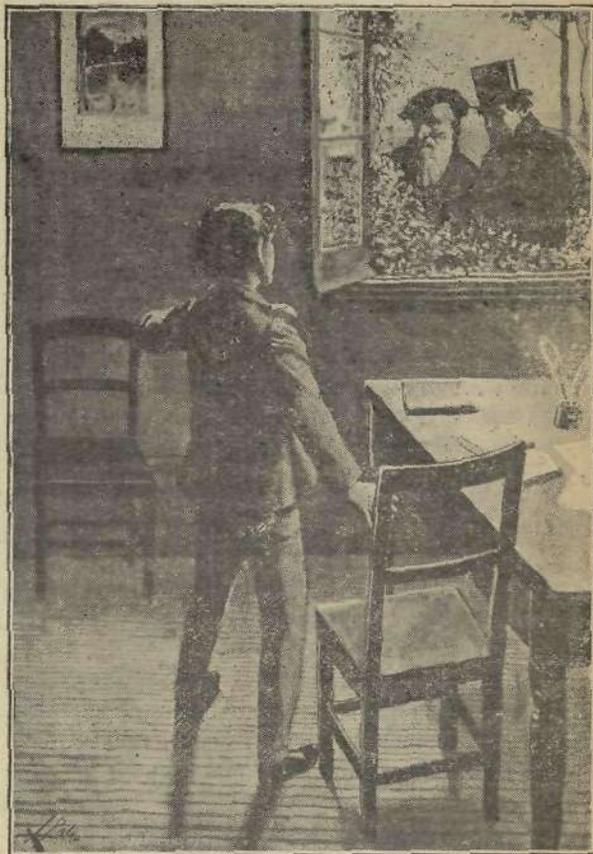
Oliverio no hallaba el tiempo largo, aunque la joven aún no abandonaba su cámara y él se veía privado de sus excursiones vespertinas, salvo alguna que otra hecha con el joven Maylie. En cambio estudiaba con redoblado brío, y él mismo se admiraba de la rapidez de sus progresos. En medio de sus esfuerzos docentes fué sorprendido por un suceso inesperado.

Su cuarto de estudio estaba en el piso bajo y daba á espaldas de la casa: su ventana hallábase rodeada de madre selvas y hiedra.

Estaba próxima á un prado, y era la única estancia que tenía vistas á aquella parte. Oliverio estaba cierta tarde, ya en el crepúsculo, abismado en su lectura cerca de la ventana, y como el día había sido muy caluroso, poco á poco fué quedándose adormecido.

Existe una clase de sueño, una especie de sopor, que no permite á nuestra mente perder del todo la noción de los objetos que nos rodean, por más que el cuerpo quede inerte; es como una pesantez agobiadora que nos impide todo movimiento corporal y que sin embargo, hasta cuando soñamos, nos permite percibir palabras y ruidos, dejándonos la conciencia de lo que en torno nuestro acaece.

Tal era el estado de Oliverio. Sabía perfectamente que estaba en su cuarto, que tenía delante los libros sobre la mesa y que el viento de la noche soplaba suavemente, meciendo las plantas trepadoras que rodeaban la ventana á cuyo lado hallábase sentado. De pronto cambió la escena: el aire se enrareció y creyó hallarse otra vez encerrado en la madriguera del judío, asaltándole un sentimiento de terror. Contempló al asqueroso viejo sentado en su acostumbrado rincón, apuntándole con el dedo y murmurando



La visión sólo duró un instante...

algo á un hombre cuyo rostro no pudo ver el niño, por presentarse de espaldas.

—¡Chist, querido!—pensó que oía decir al judío.—¡Es él, no cabe duda! ¡Vámonos!...

—¡Él!... ¡Ya lo creo!—le pareció que contestaba el otro.—¿Cree usted que podía yo equivocarme?... Si una multitud de aparecidos se reunieran ante mí, en plena sombra, y él estuviera entre ellos, hay algo que me lo haría reconocer al instante. Si lo enterrase usted á cincuenta pies de profundidad, y me acercase al lugar de su tumba, aunque no hubiera sobre ella señal ó marca alguna que lo indicase, imagino que acertaría sin vacilación el sitio exacto donde se hallara sepultado.

El miserable parecía decir esto con tan terrible odio, que el temor despertó á Oliverio, obligándole á ponerse en pie de un salto.

¡Santo Cielo! ¿Qué era aquello que hacía afluir toda su sangre al corazón y le privaba de voz y movimiento?... Allí... allí... muy cerca... tan cerca que podía casi tocarlo con sólo dar dos pasos, escudriñando el cuarto con sus ojos de serpiente... estaba el judío en cuerpo y alma; y á su lado, pálido de rabia ó de terror, ó de ambas cosas á la vez... un individuo que le miraba amenazadoramente y que no era otro que aquel con quien había tropezado en el patio de la posada de San Jorge.

La visión sólo duró un instante, un relámpago; desaparecieron; pero le habían reconocido, y él también á ellos... y sus miradas se habían clavado con tal fuerza en su memoria como si las hubiera estado soportando desde el día de su nacimiento. Quedó un momento petrificado; luego, saltando por la ventana, entró en el jardín, pidiendo socorro á voz en grito.

CAPÍTULO IV

DONDE SE VERÁ EL FIN INFRUCTUOSO DE LA AVENTURA DE OLIVERIO Y SE ASISTE Á UN COLOQUIO IMPORTANTE ENTRE ENRIQUE Y ROSA

Cuando las gentes de la casa, atraídas por los gritos de Oliverio, acudieron á su lado, le hallaron pálido y sobrecitado, señalando con el dedo el prado y el bosque de la parte atrás de la quinta, y sin poder articular más palabras que

—¡El judío!... el judío!...

El Sr. Giles no podía atinar con el sentido de esas frases, por más que se devanaba los sesos; pero Enrique Maylie, más perspicaz y conociendo la historia de Oliverio por hábersela contado su madre, cayó inmediatamente en la cuenta.

—¿Qué dirección tomó?—dijo armándose de un garrote que vió en un rincón.

—Ésa—repuso Oliverio, señalándola con el brazo extendido.—Acabo de perderlos de vista.

—Entonces, están en la zanja. Sígueme tan de cerca como puedas, y trata de no separarte de mí.

Y esto diciendo saltó la cerca y echó á correr con tal rapidez, que Giles y Oliverio le seguían con improbo trabajo. Minutos después, el Sr. Losberne, que regresaba de dar una vuelta, saltaba asimismo la cerca y, con más agilidad de la que hubiera podido suponérsele, corrió tras ellos, preguntándoles á voces de qué se trataba.

Sin detenerse prosiguieron todos su veloz carrera hasta llegar á unos matorrales que se detuvo Enrique á registrar, dando tiempo á los otros para que se le reunieran y á Oliverio para contar rápidamente su aventura al doctor.

Las investigaciones fueron inútiles. Ni siquiera encontraron huellas de pasos. Hallábanse en la cima de una pequeña colina, y distinguían una extensión de tres ó cuatro millas á la redonda. A la izquierda estaba el pueblo; pero para llegar á él, de acuerdo con las indicaciones de Oliverio, tenían que atravesar un llano de bastante extensión para que no se les viera aún. Por otro lado bordeaba el prado un espeso bosque, pero tampoco podían haber tenido tiempo de alcanzarlo.

—Debes haber soñado, Oliverio—le dijo Enrique.

—¡Oh, no, señor; le aseguro que no!—replicó Oliverio estremeciéndose al recuerdo de la faz del judío.—Los he visto á los dos como los veo á ustedes.

—¿Quién era el otro?—preguntaron á la vez Enrique y Losberne.

—El mismo hombre de que hablé á ustedes y con quien me tropecé tan de improviso en el zaguán de la posada. Nos miramos muy bien uno á otro, y podría jurar que era él.

—¿Y estás seguro de que tomaron esta dirección?—continuó preguntando Enrique.

—Como de que estaban junto á la ventana—respondió el niño; y señalando con el dedo la cerca de la quinta, prosiguió:—El alto la franqueó precisamente por allá; el judío dió algunos pasos á la derecha, y se deslizó por aquella abertura.

Los dos caballeros examinaban la faz de Oliverio en la que brillaba la sinceridad, y se miraron satisfechos de la precisión de los pormenores que daba. Sin embargo, no sabían qué hacer; la hierba alta no presentaba huellas de haber sido pisoteada, salvo en algunos sitios por donde habían pasado ellos en su persecución; las orillas de la zanja eran arcillosas y blandas, pero no presentaban tampoco marcas de calzado alguno.

—En verdad que es asombroso—dijo Enrique.

—¡Extraño!—asintió el médico.—Los mismos Blathers y Duff se quedarían *in albis*.

No obstante la evidente inutilidad de la investigación continuaron sus pesquisas hasta que la noche las hizo imposible; y aun entonces sólo renunciaron á la fuerza. Giles fué enviado á diversas tabernas del pueblo, pertrechado de todos los datos que pudo dar Oliverio acerca del vestido y aspecto de los dos rateros. El judío, sobre todo, era bastante fácil de reconocer, suponiendo que le viera en algún sitio; pero volvió sin ninguna noticia que pudiera disipar ó esclarecer el misterio.

Al día siguiente, nuevas informaciones, nueva busca inútil; al otro, Oliverio y Enrique Maylie se llegaron al mercado del pueblo próximo, á la plaza donde se hallaba la posada, con la esperanza de averiguar algún indicio que les pusiera sobre la pista de los dos hombres; pero su paseo fué infructuoso.

tnoso, y al cabo de algunos días comenzó á olvidar-se el suceso, como sucede siempre que nuevos hechos no excitan la curiosidad, y por consiguiente el interés.

Mientras tanto, Rosa se restableció rápidamente; había abandonado el lecho, pudo salir al jardín y reanudó su vida habitual de familia, llevando el júbilo á todos los corazones.

Pero aunque este feliz cambio produjo visible efecto en el círculo en que se movía la joven; aunque las risas y las alegres charlas se escuchasen de nuevo en el hotel, parecía verse á veces como una nube sobre algunos de los inquilinos, y aun sobre la misma Rosa, que Oliverio no pudo menos de observar. La señora Maylie sostenía de vez en cuando secretas y largas conferencias con su hijo, y en más de una ocasión viéronse en el rostro de Rosa huellas de lágrimas. Cuando el Sr. Losberne designó el día de su partida á Chertsey aumentaron dichos síntomas y se evidenció que algo afectaba á la tranquilidad de la señorita... y de algún otro también.

Una mañana en que Rosa quedó sola en el comedor, Enrique Maylie entró y, algo turbado, le pidió que le oyera durante algunos minutos.

—Pocos, muy pocos bastarán, Rosa—dijo el joven acercando su silla á la de la doncella.—Lo que tengo que decirte, tú ya lo sabes. No ignoras en qué se cifran mis más caras esperanzas, aunque hasta ahora no lo hayas oído de mis labios.

Rosa se había puesto muy pálida desde el momento en que él entró; pero Enrique pudo creer que era a causa de su convalecencia. Tal vez por eso se contentó con hacer una inclinación de cabeza y acercarse á la rama de flores, aguardando que el joven prosiguiese.

—Creo... creo... que debía de haberme ido.

—Sí, sí—replicó ella vivamente;—perdona que te lo diga; pero hubiese querido que te fueras.

—Fui arrastrado aquí por la más terrible y avasalladora de todas las inquietudes—prosiguió Enrique:—el temor de perder al ser querido en quien se concentra toda mi dicha. Estabas moribunda... oscilando entre el Cielo y la Tierra. Es sabido que cuando la juventud, la virtud y la belleza caen bajo los rigores de la enfermedad, las almas inmaculadas de los que padecen pugnan por volver á la resplandeciente morada de reposo eterno de donde proceden. Es sabido... que lo mejor y más puro del linaje humano siégase en flor.

Al oír estas palabras, las lágrimas brotaron de los ojos de la doncella: una de ellas cayó sobre el ramillete y brilló en su cáliz, embelleciéndolo como perla de rocío matinal; gota de rocío de un corazón joven y puro.

—Un ser—prosiguió el joven apasionadamente,—

un ser tan puro, inocente y bello como los ángeles del Señor, fluctuando entre la vida y la muerte... ¡Oh! ¿Quién podía esperar que volviera á este mundo de tristezas y calamidades cuando tenía ante ella para recibirle ese mundo lejano de venturas y alegrías de donde él procede?... Rosa, Rosa... El pensamiento de que ibas á desaparecer como una sombra, como un fuego fatuo de entre nosotros... de que perteneces á esa esfera luminosa hacia la cual tienden su temprano vuelo tantas criaturas en la infancia y la juventud... son torturas demasiado crueles para las fuerzas humanas... Y ésas las he padecido noche y día, con el temor inexplicable y egoísta de que pudieras morir sin saber á lo menós cuánto te adoraba... ¡Oh!... ¡Hay para perder el juicio! Te restableciste. Día por día, y casi hora por hora, vas recobrando las fuerzas y la salud que se te escapaban, y te he visto pasar casi de la muerte á la vida con ojos que oscurecían las lágrimas... ¡No me digas, no me digas que desearías que me hubiera ido, porque esta ruda prueba por la cual he pasado me ha hecho mejor!

—No quise decir eso—contestó Rosa, bañado en lágrimas su rostro.—Lo que desearía es que te fueras... que te hubieras ido ahora... para continuar tu lucha por la conquista de un ideal noble y grande... un ideal digno de ti.

—No hay ideal más digno de mí, ni más digno de cualquier hombre, por grande y encumbrado que pueda estar, que el de luchar para merecer un corazón como el tuyo—dijo el joven cogiéndole una mano.—Rosa, mi querida Rosa, hace años, muchos años que te amo; y si lucho por la gloria, es sólo para volar á tu lado y poder, rindiéndola á tus pies, demostrar que sólo la he perseguido para compartirla contigo. ¡Cuántas veces he soñado despierto con todo lo que te diría en aquel feliz momento, recordándote todas las pruebas de cariño, de amor que te he dado desde mi infancia, y en qué términos reclamaría tu mano de esposa, como la confirmación de un convenio tácito entre nuestras almas!... El momento no ha llegado aún; pero, aun sin haber conquistado la gloria ni realizado mis ideales juveniles, te ofrezco el corazón que desde hace tanto tiempo te pertenece por completo, y pongo mi suerte entre tus manos.

—Has sido siempre bueno y noble—repuso Rosa dominando su emoción.—En cuanto á mí, ya sabes que no soy ni insensible ni ingrata; así, pues, mi respuesta es...

—Es... que debo tratar de merecerte—interrumpió vivamente Enrique.—¿No es verdad, querida Rosa?

—Es...—replicó Rosa—que debes tratar de olvidarme; no con el afecto profundo y fraternal que nos profesamos desde niños, porque eso me causa

ría mucha pena; mucha pena, Enrique... sino como... como enamorado... Vuelve los ojos al mundo y verás cuántos nobles corazones hay en él y de cuya conquista podrías envanecerte. Cambia de afecto hacia mí, y seré la más verdadera, la más ferviente y la más leal amiga tuya.

Prodújose un momento de silencio, durante el cual Rosa, que había cubierto con una mano sus ojos, dió rienda suelta á las lágrimas. Enrique conservaba la otra mano de la joven entre las suyas.

—¿En qué razones fundas tu decisión, Rosa?—preguntó al fin en voz baja.—¿Qué razones tienes?... ¿Puedo saberlas?

—Tienes derecho á ello—replicó Rosa.—Nada puedes decirme que altere mi resolución. Es un deber que debo cumplir; un deber para contigo, para con los demás y para conmigo misma.

—¿Para contigo misma?...

—Sí, Enrique; para conmigo misma, muchacha sin amigos, sin fortuna, con un nombre manchado... No debo dar ocasión al mundo para que suponga que me he aprovechado sórdidamente de tu primer amor irreflexivo para adquirir un nombre honrado y una posición brillante y gloriosa que compartir; y tengo el deber para contigo y ante tus parientes de impedir que en un arranque de generosidad te crees un obstáculo para tus progresos en la escala de la sociedad.

—Si tus inclinaciones se hallan de acuerdo con tus sentimientos del deber...—princió á decir Enrique.

—No, no—se apresuró á interrumpirle Rosa.

—Entonces, ¿compartes mi amor? Dímelo; dime sólo eso, querida Rosa, para dulcificar la amargura de tan rudo trance.

—Si pudiera hacerlo sin perjudicar á aquel á quien amo, habría...—balbuceó Rosa.

—Habrías recibido esta declaración de un modo muy distinto, ¿no es así?—interrumpió vivamente el joven completando la frase.

—Acaso—suspiró Rosa.—¡Bastal—añadió, retirando su mano de entre las del joven.—¿Para qué prolongar esta penosa entrevista? Más penosa aún para mí, á pesar de lo grato que ha de serme su recuerdo pensando en el tiempo que he ocupado tu corazón; recuerdo que se agrandará á medida que tenga la noticia de cada uno de tus triunfos en la vida... ¡Adiós, Enrique! Como hemos hablado hoy, ya no volveremos á hablar; pero ¡ojalá que en otro orden de relaciones podamos entendernos muchas veces!... ¡Y ojalá también que los fervientes ruegos de un corazón recto y sincero sean oídos de El que es origen de toda rectitud y sinceridad, para tu prosperidad y tu dicha!

—Una palabra todavía, Rosa... Ten la bondad de

expresarme *tus razones* con tus propias palabras; permíteme que las oiga de tus propios labios.

—Tienes un porvenir brillante—contestó Rosa con firmeza.—Todos los honores que pueden alcanzarse en la vida pública con grandes talentos y poderosos protectores, te están reservados. Pero esos protectores son orgullosos, y no frecuentaré jamás las relaciones sociales con los que desprecien á mi madre, ni llevaré la desgracia ó los obstáculos al hijo de la que me ha servido de madre. En una palabra—agregó la joven, volviendo la cabeza porque sentía que le abandonaban las fuerzas para luchar contra su amor,—*hay una mancha sobre mi nombre, de ésas que el mundo hace recaer sobre cabezas inocentes, y no quiero compartirla con nadie, para que nadie más que yo pueda sufrir por ella reproches.*

—Otra palabra más, Rosa, queridísima Rosa; otra palabra más—exclamó Enrique, arrodillándose ante ella.—Si yo hubiera sido menos... menos afortunado como dicen en el mundo... si llevara una existencia apacible y obscura... si fuera pobre, enfermizo, sin protectores... ¿te hubieras alejado de mí? ¿Rechazarías mi amor? ¿Es acaso la perspectiva de las riquezas y honores que me están reservados, la causa de que te asalten esos escrúpulos acerca de tu nacimiento?...

—No me obligues á contestarte á eso—balbuceó Rosa.—La cuestión es otra, y las hipótesis... sería desleal... casi inhumano obligarme á responderte.

—Si la respuesta es la que me atrevo á esperar—replicó Enrique,—hará lucir sobre mi vida un rayo de dicha inmensa y pura... ¡Cuesta tan poco hacer bien, cuando se puede hacer sólo con algunas palabras á la persona que nos quiere con toda su alma!... ¡Oh, Rosa! Por mi amor ardiente y apasionado, por todo lo que he sufrido por ti, por todo lo que me condenas á sufrir, contesta á mi pregunta.

—Pues bien; ¡si tu destino hubiera sido diferente—repuso Rosa;—si estuvieses algo, pero no mucho, por sobre mí; si yo pudiera servirte de ayuda y consuelo, en humilde escenario tranquilo y retirado, y no en medio de las pompas y esplendores del mundo... no me hubiera condenado á esta prueba. Tengo varias razones para ser feliz ahora; pero entonces... entonces, confieso que hubiera sido aún más dichosa.

Multitud de recuerdos de antiguas ilusiones acariciadas durante mucho tiempo acudieron en tropel á la imaginación de Rosa mientras hacía esta confesión; pero acudieron envueltos en lágrimas de ésas que hacen brotar siempre las ilusiones desvanecidas, y las lágrimas la aliviaron y consolaron algo.

—No he podido vencer esta debilidad—agregó Rosa, tendiéndole la mano;—pero esto hace más in-

quebrantable mi resolución. Ahora ... separémonos.

—Te suplico que me prometas una cosa —dijo

Enrique.—Una sola; una vez más, sólo otra vez, dentro de un año, ó acaso antes, te hablaré todavía de este asunto... por última vez.

—No trates de cambiar mi resolución —replicó Rosa sonriendo melancólicamente.—Sería inútil.

—No—contestó Enrique.—Sólo quiero que me la confirmes, si así lo deseas; oírte pronunciar el fallo otra vez de un modo definitivo. Pondré á tus pies de nuevo la posición y la fortuna que pueda tener; y si continúas pensando del mismo modo, no trataré ni con palabras ni con actos de hacerte variar.

—¡Entonces, sea!—dijo la joven.—Será una prueba más; y para entonces tal vez esté en condiciones de verte con más tranquilidad.

Dicho esto, le tendió de nuevo la mano; pero el joven la estrechó entre sus brazos, é imprimiendo un beso en su casta frente, salió del comedor.

CAPÍTULO V

QUE PARECERÁ QUIZÁ CORTO Y DE Poca importancia, PERO QUE HAY QUE LEER COMO CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR Y PRECEDENTE DE OTRO QUE SE LEERÁ Á SU TIEMPO

—¿Está usted resuelto á ser mi compañero de viaje esta mañana?—preguntó el doctor á Enrique cuando éste se reunió en el comedor con el médico y Oliverio.—¡Pero usted muda de pensamiento y de propósito cada hora!

—No dirá usted eso de mí uno de estos días—contestó Enrique, enrojándose sin razón aparente.

—Será que tendré buenas razones para ello, aunque confieso que no lo creo mucho—replicó el señor Losberne.—Ayer por la mañana tenía usted el propósito de permanecer aquí y acompañar á su señora madre, como hijo cariñoso, á los baños de mar; á medio día me anuncia usted su proyecto de hacerme el honor de acompañarme hasta Chertsey, de regreso á Londres; y á la noche viene usted misteriosamente á pedirme que adelantemos varias horas nuestro viaje y que partamos antes de que las señoras estén levantadas... Consecuencia de lo cual, ahí tiene usted al joven Oliverio entregado á la tarea de desayunarse en vez de correr por los campos á la busca y captura de todas las maravillas botánicas á que se muestra tan aficionado. Está mal hecho; ¿es verdad, Oliverio?

—Hubiera sentido mucho no hallarme en casa cuando usted y el señorito Enrique se hubieran ido—respondió el niño.

—¡Esto es lo que se llama un buen muchacho!—prosiguió el doctor.—Pero, hablando seriamente,

Enrique, ¿tiene usted alguna comunicación de los grandes bonetes que le obligue á partir precipitadamente?

—Los grandes bonetes (bajo cuya denominación presumo que incluye usted á mi muy ilustre tío), no se han comunicado conmigo desde que estoy aquí, ni en esta época del año puede verosímilmente ocurrir nada que pueda hacerles desear mi regreso á su lado.

—Bueno—añadió el doctor;—es usted un excelente mozo, y me explicaría que quisieran hacerlo miembro del Parlamento en las elecciones de antes de Navidad, y que esos repentinos cambios de opinión obedecieran á un ensayo previo de iniciación en la vida parlamentaria. Ya es sabido que el mudar de pensamiento, de ideas, y hasta de casaca, es condición muy necesaria y estimable en la vida pública... si se quiere medrar. Siempre es conveniente estar preparado cuando se aspira á ganar una carrera, consista el premio en una copa ó en una gruesa suma.

Enrique Maylie mirábale como si le escuchara atentamente, y pareció que iba á hacerle dos ó tres observaciones, que no hubieran cambiado por otra parte en lo más mínimo la opinión del doctor; pero se contentó con exclamar:

—Veremos.—Y no insistió más.

La silla de posta llegó en breve ante la puerta de la casa. Giles fué á ocuparse de los equipajes, y el buen doctor salió también para activar los preparativos de marcha.

—Oliverio—dijo Enrique en voz baja, cuando quedaron solos en el comedor,—tengo que decirte dos palabras.

El muchacho se aproximó á la ventana, junto á la cual se hallaba el Sr. Maylie haciéndole señas de que se le acercara, y se sorprendió de la emoción melancólica que revelaba el joven caballero.

—¿Sabes ya escribir bien?—le preguntó apoyando la mano sobre el hombro del niño.

—Así lo creo, señor—contestó Oliverio.

—No volveré á casa quizá en mucho tiempo, y deseo que me escribas; ¿goyes?... una vez cada quince días á la Lista de Correos á Londres. ¿Quieres?

—¡Oh! ¡Ya lo creo, señor! Con mucho gusto y satisfacción—repuso Oliverio gratamente envanecido con aquella comisión.

—Deseo tener noticias de... de mi madre y de la Srta. Maylie, y tú puedes dárme las muy extensas de sus paseos, de sus conversaciones, de su aspecto... diciéndome si ella, si ellas quise decir, parecen felices y se hallan bien de salud... ¿Me entiendes?...

—Perfectamente, señor.

—Preferiría que no les hablaras de esto, Oliverio—agregó Enrique acentuando estas palabras,—porque mi madre querría entonces escribirme más á menu-

do, lo que constituiría una molestia y una preocupación para ella, que quiero evitarle... Que sea, pues, esto un secreto entre tú y yo. Acuérdate bien de todo para contármelo, ¿eh?... Cuento contigo.

Oliverio, encantado y orgulloso por la importancia del papel que le discernían, prometió ser discreto y explícito en sus comunicaciones, y el Sr. Maylie se despidió de él, asegurándole cordialmente su afecto y protección.

El doctor estaba ya en la silla de posta; Giles, que habían dispuesto se quedase en la quinta, tenía la mano en la puertecilla del carruaje para mantenerla abierta; las sirvientas miraban desde el jardín los preparativos de marcha. Enrique lanzó una rápida mirada á la ventana que le interesaba y saltó dentro del vehículo.

—¡En marcha!—¡De prisa, á escape, á todo galope!... Solamente yendo á rienda suelta estaré satisfecho hoy.

—¡Hola!—exclamó el médico, bajando precipitadamente el cristal del frente delantero para dirigirse al postillón.—Solamente á rienda suelta, ¿eh? Con cuidado y un galope prudente, estaré yo satisfecho; ¿has oído?

El postillón hirió el aire con la fusta; el coche partió ruidosamente y desapareció en breve, tras una nube de polvo. A lo largo del camino, ora aparecía, ora se le perdía de vista, según las ondulaciones del terreno. Sólo cuando la nube de polvo se perdió completamente en el horizonte se dispersaron los que la seguían con los ojos.

Una persona, sin embargo, seguía mirando inmóvil y con los ojos fijos en el punto por donde el carruaje desapareció, y cuando éste ya hubo recorrido muchas leguas. Tras la cortina blanca que la había ocultado á las miradas de Enrique, cuando éste alzó los ojos hacia la ventana, hallábase Rosa.

—Parece alegre y feliz—dijo por fin.—Me temí mucho que así no fuera... Me alegro de haberme engañado; me alegro mucho... mucho... muchísimo...

Hay lágrimas de alegría y de dolor; pero las que bañaron el rostro de Rosa, sentada siempre tras de la ventana y mirando pensativa y melancólica en la misma dirección, parecían más dolorosas que alegres y regocijadas.

CAPÍTULO VI

EN QUE ASISTIRÁ EL LECTOR Á UNA ESCENA MATRIMONIAL DE LAS QUE PUEDEN CONSIDERARSE ORDINARIAS

El Sr. Bumble estaba sentado en el locutorio del Asilo, con la vista fija en la chimenea, de la que no salían más resplandores, á causa de estar en verano, que algunos rayos de sol pálidamente reflejados en

el pulido acero. De vez en cuando dirigía la mirada á las tiras de papel que en el techo de la estancia había, como lazo pérfido tendido á las inocentes moscas, y contemplaba preocupado cuál revoloteaban en torno de aquel señuelo que las atraía y aprisionaba.

De pronto el Sr. Bumble lanzó un hondo suspiro, y una nube sombría veló sus expresivas facciones; disponíase á reflexionar. Acaso la vista de los incautos insectos, atraídos por el brillante lazo pendiente del techo, le recordaba algún penoso suceso de su propia vida pública ó privada.

No era sólo el aspecto sombrío del Sr. Bumble lo que hubiera despertado melancólica commiseración en algún observador curioso; otros indicios no menos elocuentes que se notaban en su persona anunciaban un gran cambio en su posición. ¿Qué se habían hecho su casaca galoneada y su flamante tricornio? Llevaba todavía calzón corto y medias negras, es cierto; pero no eran aquéllos sus calzones; llevaba una especie de levita, pero sin los antiguos galones y lazos en las mangas; y el imponente tricornio había sido remplazado por un modesto sombrero redondo. El Sr. Bumble ya no era mañidor.

Hay posiciones sociales que, independientemente de las ventajas pecuniarias que ofrezcan, adquieren extraordinario valor, realce y dignidad por la indumentaria especial que las caracteriza. Un capitán general tiene su uniforme; un obispo, sus manteos morados y su imprescindible pectoral; un magistrado, su toga; un mañidor, su casaca y su sombrero de tres picos. Quitad los entorchados al capitán general y lo convertiréis en un cadete; quitad los manteos al obispo, la casaca y el tricornio al mañidor y ¿qué será de ellos? ¿En qué quedarán convertidos?... En hombres, en simples mortales. La dignidad y el mando son mera cuestión de traje, aunque así no lo crean muchos.

El Sr. Bumble se había casado con la Sra. Corney y se había convertido en administrador del Asilo; otro mañidor había entrado en funciones y había heredado conjuntamente su sombrero de tres picos, su casaca galoneada y su bastón, símbolos de las altas é importantes funciones que desempeñaba su dichoso poseedor.

—¡Y pensar que mañana hará dos meses!—murmuró con un suspiro lastimero el ex-mañidor.—¡Me han parecido siglos!...

Estas palabras podían hacer suponer que nuestro personaje había concentrado una larga existencia de felicidad en el corto espacio de ocho semanas; pero aquel suspiro... aquel suspiro era expresivo como una fe de erratas.

—Me he vendido—prosiguió abismado en sus reflexiones—por media docena de cucharillas de té, un par de tenacillas de azúcar y una jarrita de le

che... todo esto de buena plata, y además por unos cuantos muebles usados y veinte libras esterlinas en oro... En verdad que fui muy razonable, muy modesto; me vendí barato... sumamente barato.

—¿Barato?—repitió una voz acre á su oído.—Harías sido caro á cualquier precio, querido; y demasiado caro te he pagado; Dios lo sabe.

El Sr. Bumble volvió la cabeza y reconoció á su interesante mitad, que, habiendo oído al entrar las últimas palabras de su lamentación, le replicaba por no perder la costumbre.

—Señora—exclamó el marido con sentimental severidad.

—¿Qué hay?—replicó ella.

—Tenga usted la bondad de mirarme—dijo Bumble clavando en ella sus ojos.—Si sostiene una mirada como la mía—se dijo á sí mismo el administrador,—ya puede decir que puede sostenerlo todo. Es una mirada que nunca me ha fallado con los mendigos... Si no surte efecto con ella, puedo despedirme de mi autoridad marital.

Acaso una mirada de cólera ordinaria y vulgar basta y sobra para intimidar á los pobres, que, como son gente mal alimentada, no suelen tener grandes ánimos; acaso también la Sra. Corney era personalmente invulnerable á las miradas de águila... ambas opiniones son verosímiles y discutibles; pero lo cierto es que, lejos de intimidarse la matrona ante la atroz mirada y el tético fruncimiento de cejas del respetable Sr. Bumble, le contempló un momento con aire por demás desdeñoso y soltó una carcajada que tenía todas las apariencias de franca, espontánea y natural.

Al oír aquellos tan inesperados sonidos, el señor Bumble pareció primero incrédulo y luego estupefacto... Entonces cayó en su anterior estado de melancólica y dolorosa reflexión, hasta que le sacó de su abstracción la voz de su costilla que le dijo con su apacibilidad habitual:

—Pero ¿es que vas á estar roncando todo el día, estúpido?

—¡Señora!—protestó con dignidad el Sr. Bumble.—¡Señora!... Estaré aquí todo el tiempo que me parezca... Y aunque no roncaba, debo prevenirla que roncaré, bailaré, estornudaré, reiré, cantaré ó haré lo que crea más conveniente ó me dé más gusto, señora, porque ésas son mis prerrogativas.

—¿Tus prerrogativas?—preguntó la matrona con inexpresable desdén.

—Sí, mis prerrogativas, mis prerrogativas... La prerrogativa del hombre es el mando.

—¿Y cuál es, en nombre del Cielo, la prerrogativa de la mujer?

—La obediencia, señora—tronó Bumble.—Su difunto esposo el Sr. Corney hubiera debido enseñar-

selo á usted... y si lo hubiera hecho, acaso estaría aún vivo. ¡Cuánto me alegraría que viviese aún el pobre hombre!

La Sra. Bumble, juzgando oportuno el momento para asegurar su dominación, no bien oyó la alusión á su difunto esposo, se desplomó sobre una silla y se fundió en lágrimas y sollozos desgarradores, llamando á su actual marido bruto, desentrañado, corazón de piedra berroqueña y otros calificativos escogidos.

Pero las lágrimas no producían efecto en el exmuñidor, quien tenía el corazón invulnerable. Como los sombreros de castor á prueba de agua, él estaba á prueba de llanto, y las lágrimas y sollozos sólo hacían vigorizar y fortalecer sus nervios. No vió en ellos otra cosa que un síntoma de debilidad y el reconocimiento tácito de su autoridad marital, lo cual le agradó sobremanera, y, mirando á su cónyuge con satisfacción, la invitó á que siguiera llorando hasta desahogarse, pues las lágrimas eran consideradas por la Facultad como muy saludables y beneficiosas.

—El llanto ensancha los pulmones, lava el rostro, limpia la vista y refresca los ojos, y dulcifica el carácter. Así, pues, opino que llores hasta que no puedas más.

Y satisfecho de su ocurrencia, el Sr. Bumble cogió el sombrero de la percha, se lo encasquetó con aire marcial, muy contento de haber asegurado de una vez su conyugal dominio, y, después de mirar un instante con sorna á la víctima, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió hacia la puerta con aspecto de perdonavidas.

Ahora bien: la matrona, que había recurrido á las lágrimas por repugnarle echar mano desde luego de las llamadas vías de hecho, estaba resuelta á conseguir sus propósitos aunque fuera por procedimientos manuales; y no tardó mucho en tener la más amplia prueba de ello el Sr. Bumble.

El primer indicio que tuvo fué un ruido sordo, seguido inmediatamente de la caída de su sombrero, que fué á volar al otro extremo del locutorio. Este procedimiento preliminar puso al descubierto su cabeza, y la hábil dama le echó la mano al pescuezo y comenzó con la otra á madurarle el casco con un vigor y una destreza notabilísimos. Una vez llevada á cabo esta segunda operación, cambió un poco sus distracciones, comenzando á dibujarle en el rostro con las uñas todo un plano hidrográfico de la región; después se dedicó á estirarle el pelo y las orejas, y al fin, calculando que el castigo compensaba bastante la culpa, le empujó, derribándole sobre una silla que se halló afortunadamente entre el cuerpo del administrador y el suelo, y le prohibió que volviera á mentarle más en su vida esa enojosa cuestión de

las prerrogativas entre dos personas que, al estar casadas, no formaban sino una.

—¡Alza y largo!—dijo por último con voz de mando.—Y no me obligues á que pierda la paciencia.

El Sr. Bumble se levantó con aire contrito, no explicándose qué haría su esposa si perdía la paciencia. Recogió su sombrero, lo limpió con la manga, se lo puso y miró tímidamente hacia la puerta.

—¿Te vas á ir ya?—preguntó la Sra. Bumble.

—Ciertamente, querida, ciertamente—repuso el administrador haciendo un vivo movimiento hacia la puerta.—No tuve la intención de... Ya me voy, querida. Eres tan irascible que... francamente... no...

En aquel instante la Sra. Bumble le volvió la espalda para arreglar el tapete de la mesa, que se había inclinado mucho por un lado al apoyarse en ella el ex-mañidor, y éste aprovechó la oportunidad para escapar sin concluir la frase, dejando á la viuda Corney en completa posesión del campo.

El Sr. Bumble estaba muy sorprendido y muy golpeado; tenía decidida propensión á bravuquear; gozaba oprimiendo y vejando con pequeñas crueldades; y por consecuencia (y no hay necesidad de decirlo), era cobarde. No se hace esta observación para macularle; muchos personajes oficiales á quienes se rodea de alto respeto y consideración, son víctimas de parecidas ó idénticas debilidades. Anotamos, pues, el hecho más bien en su favor que en contra, para que se vea que tenía preciosas aptitudes para el desempeño de cargos oficiales.

Pero la medida de su degradación no se había colmado. Después de dar una vuelta por todas las dependencias de la casa y de pensar, por la primera vez en su vida, que quizás eran demasiado severas las leyes impuestas á los pobres, y que los maridos que abandonan á sus mujeres, poniendo á la Parroquia en la necesidad de recogerlas, no debían de ser en justicia castigados, sino más bien recompensados como seres meritorios que habían ya sufrido demasiado antes de llegar á tal extremo, se dirigió hacia el lavadero del Depósito, de donde partía ruido de una conversación demasiado animada.

—¡Hum!—gruñó Bumble, recobrando su nativa dignidad mientras llegaba á la puerta.—Esas mujeres, á lo menos, continuarán respetando mi prerrogativa... ¡Hola! ¡Eh! ¿Qué significa ese ruido, pécoras?

Al decir estas palabras el Sr. Bumble abría la puerta y daba un paso adelante con feroz y colérico continente; pero de pronto se transformó en humilde y tímido al posar su vista sobre el grupo y ver, con gran asombro entre las viejas asiladas... ¡á su propia esposa!...

—No sabía que estabas aquí, querida mía—dijo con tono de rastrera adulación.

—¿No sabías que estaba?—repitió la señora.—¿Y qué venías á hacer aquí?

—Creí que charlaban demasiado para hacer su trabajo bien, querida mía—replicó Bumble, lanzando distraídamente una ojeada sobre un par de viejas lavanderas que se comunicaban su asombro al ver la humildad del administrador del Asilo de Mendicidad.

—¡Ah!... ¿Creías que se charlaba demasiado?... ¿Y qué te importa?

—Pero, querida...—se apresuró á exclamar sumisamente Bumble.

—¿Qué te importa?—volvió á preguntar la señora Bumble.

—Cierto que tú eres la encargada... pero... creí que no estarías acaso aquí y...

—Repito á usted, Sr. Bumble, que no necesitamos de su intervención... Tiene usted demasiado arraigada la costumbre de meter las narices en todo lo que no le concierne, dando ocasión para que se burlen de usted todos en la casa, en cuanto vuelve la espalda, y haciéndose motejar de imbécil á todas horas. Así, pues, ¡vete! ¡Largo!

El Sr. Bumble, viendo con sorda irritación la actitud burlona y satisfecha de las dos viejas asiladas, titubeó un momento; pero la Sra. Bumble, cuya paciencia no admitía plazos, cogió un cubo de agua de jabón y, mostrándole la puerta, le intimó la perentoria orden de salir, so pena de bañar con aquel líquido su majestuosa persona.

¿Qué podía hacer el Sr. Bumble? Lanzó en torno suyo una mirada abatida y salió del lavadero, mientras las risas contenidas de las mendigas asiladas estallaban ruidosamente. Sólo le faltaba esto. Estaba degradado á los ojos de las asiladas; había perdido su importancia y dignidad hasta á los ojos de los pobres del Depósito; había caído desde la cúspide de sus sublimes funciones mañidoras al abismo más profundo de la gallinería humana.

—¡Y todo en dos meses!—se decía Bumble reanudando el hilo de sus pensamientos.—¡Dos meses!... No hace más que dos meses que yo era aún mi propio dueño, y el de todos los inquilinos de la casa también... ¡Y ahora!...

Era demasiado. El Sr. Bumble arrimó un sopapo al chiquillo que le abrió la puerta, pues había llegado á ella mientras reflexionaba, y se echó á la calle distraídamente. Siguió una, la recorrió en toda su extensión, luego otra, y otra, sin darse cuenta y hasta que logró calmar la primera explosión de su pena.

La emoción le había acalorado y excitado su sed. Pasó por mucha cervecerías y cafés, y al fin se detuvo ante una en cuya sala sólo había una persona. En aquel momento principió á llover á cántaros.

El Sr. Bumble pidió un ponche y se sentó no lejos del otro parroquiano.

Era un hombre alto, moreno, con aspecto de extranjero, y estaba casi envuelto en un gran capote. A juzgar por el cansancio que denotaba y el polvo que cubría sus vestidos, acababa de hacer un largo viaje. Apenas si se dignó contestar con un movimiento de cabeza al saludo ceremonioso que le hizo Bumble.

El Sr. Bumble tenía bastante dignidad para los dos, suponiendo que el forastero se hubiese mostrado más familiar. Así, pues, bebió su ponche en silencio y se puso á leer el diario con majestuosa é imponente circunspección.

Sin embargo, como suele suceder cuando dos hombres se hallan reunidos en tales circunstancias, el señor Bumble no pudo resistir á la tentación de lanzar tal cual ojeada á hurtadillas á su colega de consumo; pero siempre que lo hacía retiraba vivamente la mirada con cierta confusión al cruzarse con la del desconocido, que parecía tener fijos en él los ojos. Lo que causaba mayor timidez á Bumble era la notable expresión de los ojos del extranjero, penetrantes é inquisitivos, pero con tan evidente muestra de desconfianza y de suspicacia, que no podía mirarle sin cierta repulsión. Después de haberse encontrado varias veces sus miradas, el desconocido preguntó:

—¿Me buscaba usted á mí cuando miró por la ventana?

—No, que yo sepa; á menos que no sea usted el señor...

Y Bumble se detuvo de pronto, porque tenía ganas de conocer el nombre del forastero y esperaba saberlo con tal ardid diplomático.

—Ya veo que no—repuso el desconocido con sarcástica sonrisa,—pues conocería usted mi nombre, y no lo sabe. Le recomiendo, pues, que no trate de averiguarlo.

—No pretendía molestarle, joven—replicó el exmuñidor con su tono más majestuoso.

—Y no me ha molestado usted en lo más mínimo.

Á estas palabras siguió una corta pausa, que interrumpió otra vez el forastero.

—Creo haber visto á usted antes de ahora; entonces llevaba usted otro uniforme distinto. Le vi sólo de paso, en la calle; pero no se me han despintado sus facciones. Era usted muñidor; ¿verdad?

—Sí—contestó Bumble algo sorprendido;—muñidor parroquial.

—Eso es; cumpliendo esas funciones le vi á usted. ¿Y qué es ahora?

—Soy administrador general del Asilo y Depósito de Mendicidad—repuso el Sr. Bumble con lentitud y acentuando sus palabras para reprimir el tono fa-

miliar que parecía querer adoptar el desconocido.— ¡Administrador general del Asilo, joven!

—¿Y seguirá usted siendo tan cuidadoso de sus intereses como siempre?—replicó el forastero, mirándole á los ojos cuando Bumble los alzó asombrado por tal pregunta.—No tenga usted escrúpulos para contestar francamente, buen hombre; ya ve usted que le conozco bien.

—Supongo que un casado—contestó Bumble, poniendo horizontalmente la mano por cima de sus ojos para examinar á su interlocutor de pies á cabeza con cierta perplejidad evidente,—supongo que un casado no ha de ser más refractario á ganar honradamente un penique que un soltero. Los empleados parroquiales no están tan bien pagados para rehusar alguna pequeña utilidad extraoficial, si pueden conseguirla de una manera decente.

El forastero sonrió y movió la cabeza como satisfecho de no haberse equivocado. En seguida llamó.

—Sirva al señor—indicó al mozo—un buen vaso de algo fuerte y caliente, ¿no es así?

—Muy fuerte, no—contestó Bumble con delicaditas.

—Bueno; ya sabe usted á qué atenerse, mozo—dijo secamente el forastero.

El mozo sonrió, salió y volvió pronto con un gran vaso lleno y humeante. Al primer sorbo, la fuerza del licor hizo que las lágrimas acudieran á los ojos de Bumble. El desconocido volvió la ventana, cerró cuidadosamente la puerta del gabinete y, acercándose al administrador, empezó diciendo:

—Ahora, escúcheme; he llegado á este punto hoy precisamente para buscarle, y, por una de esas preciosas casualidades de que se vale el Diablo para servir á sus buenos amigos, se ha aparecido usted en este gabinete cuando pensaba yo en buscarle. Necesito una información de usted, y como, aunque sea sencilla, no quiero nada de balde, ahí va eso para principiar...

Y al mismo tiempo pasó á las manos de su compañero dos esterlinas, teniendo cuidado de que no sonaran, para no llamar la atención; y cuando el señor Bumble las hubo examinado escrupulosamente para asegurarse de que eran oro de ley y las metió satisfecho en el bolsillo de su chaleco, el joven prosiguió:

—Trate usted de concentrar su memoria... Veamos... Ha hecho doce años el último invierno...

—Mucho tiempo es; pero no importa... Ya escucho.

—La escena, en el Asilo de Mendicidad.

—Bueno.

—De noche.

—Adelante.

—Y el sitio, esa horrible mazmorra en donde las

desgraciadas y miserables van á dar la vida y la salud, de que ellas por lo general carecen, á niños hambrientos cuyo sostén corre á cargo de la Parroquia, y que suelen terminar su vergüenza saliendo de allí para el cementerio.

—La sala de partos, supongo... ¿no?—interrumpió Bumble, que no seguía muy bien la animada descripción de su interlocutor.

—Sí; nació un niño.

—¡Han nacido tantos!...—dijo el ex muñidor moviendo la cabeza, desanimado por la vaguedad de los datos.

—¡Que se vayan al Diablo!—repuso acremente el forastero.—Yo hablo de uno, pálido, delicado, que estuvo de aprendiz en una funeraria... ¡ojalá hubiera hecho su caja y lo hubieran sepultado en ella!... y que al fin se escapó á Londres, según parece.

—¡Ah, vamos!... Se refiere usted á Oliverio... al pequeño Twist... ¡Ya me acuerdo!... Era un granujilla muy testarudo que...

—No es de él de quien quiero que me hable... y ya le he oído á usted charlar demasiado—dijo el forastero cortando bruscamente la palabra al ex-muñidor en lo mejor de su apología del pobre Oliverio.—Necesito informes acerca de una mujer... de la que atendió á la pobre madre en aquel trance. ¿Qué ha sido de ella?...

—¿Qué ha sido de ella?—repitió el Sr. Bumble, á quien el ponche había puesto muy alegre.—Sería muy difícil de decir... Las parteras no tienen ningún quehacer allá donde ella se ha ido... y además supongo que estaría exenta de todo servicio.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó sombríamente el desconocido.

—Pues... que murió el pasado invierno.

El forastero le miró con extraña fijeza al oír esa información; y aunque sus ojos no cambiaron de dirección, su mirada se hizo cada vez más vaga, como si se abstraiera en sus reflexiones. Durante algunos instantes hubiera sido imposible conocer si la noticia le había agradado ó desagradado; pero al fin respiró con desahogo, murmuró que no importaba mucho la cosa y se levantó como para salir.

Pero el Sr. Bumble era bastante interesado, y vió al momento una ocasión para explotar un secreto que poseía su cara mitad; se acordó de la noche en que había muerto la anciana Sara (tenía buenas razones para acordarse de esa noche, por ser la en que había ofrecido su mano de esposo á la Sra. Corney, ahora su *señora*); y aunque no había querido la dama confiarle nunca ese secreto, sabía su existencia. Reunió, pues, con rapidez sus recuerdos y los comunicó al forastero con aire de misterio y concediéndoles toda la importancia que le sugirió su imaginación.

—¿Adónde podré encontrar á esa mujer—dijo el forastero, sorprendido de improvisó y dejando ver que sus temores, fueran los que fuesen, habíanse despertado súbitamente al escuchar tal revelación.

—Sólo por intermedio mío—repuso Bumble.

—¿Cuándo?—preguntó vivamente el desconocido.

—Mañana.

—Bueno; á las nueve de la noche—exclamó el forastero, sacando un pedazo de papel del bolsillo y escribiendo en él las señas de una casa retirada cerca del río, en caracteres que denotaban su agitación. A las nueve de la noche llévemela donde dice este papel. Sin falta. Excuso recomendarle el secreto, pues está en su interés.

Diciendo esto, se dirigió á la puerta después de haber pagado los ponches y se despidió de Bumble, diciéndole secamente que no seguían el mismo camino, y se alejó sin ceremonias, insistiendo en la hora de la cita.

Al mirar la dirección, el funcionario parroquial advirtió que no contenía nombre alguno; y como el forastero no estaba lejos, corrió tras él para preguntárselo, y al llegar á su lado le tocó en el hombro. El desconocido se volvió bruscamente, mirándole con aire amenazador.

—¡Me sigue usted! ¿Qué se le ofrece?

—Sólo una pregunta—contestó Bumble, señalando con la vista el papel que llevaba en la mano.—No hay nombre. ¿Por quién pregunto?

—Monk—replicó el forastero; y volvió de nuevo la espalda, alejándose apresuradamente.

CAPÍTULO V

DE LO QUE TRATARON MONK Y LOS ESPOSOS BUMBLE EN SU NOCTURNA ENTREVISTA

Era una noche pesada y calurosa de estío; las nubes, que habían estado amenazando lluvia durante todo el día, comenzaban á desprender gruesas gotas como presagio de próxima tormenta, cuando los esposos Bumble, saliendo de la ciudad, dirigíanse á una manzana de ruinosas casas, construídas en terrenos pantanosos á la orilla del río y á una milla y media cerca de la población.

Llevaban ambos vestidos muy usados, quizás con el doble propósito de proteger sus personas (y los trajes buenos) de la lluvia y pasar inadvertidos por entre sus conciudadanos. El marido llevaba una linterna sin luz, y andaba delante para que su esposa pudiera sentar los pies, sin duda, en las grandes huellas que dejaban en el fango los zapatos clavateados del ex-muñidor. Marchaban en silencio; de vez en cuando, el esposo volvía la cabeza para ver si su cara mitad le seguía; y al observar que le iba pi-

sando los talones, continuaba su camino por sobre el lodo.

Este arrabal adonde se dirigían, lejos de tener reputación dudosa, la tenía pésima; sabíase que estaba habitado por malhechores, bandidos y rufianes, gentes peligrosas y de la peor especie que, aparentando vivir de su trabajo, hallaban sus recursos en el robo y el crimen; formábase un conjunto de verdaderas chozas, construidas sin orden municipal; unas de barro, otras de madera carcomida y junto al río, tan cerca, que á varias de ellas había botes amarrados.

En medio de esta aglomeración de casas elevábase un edificio cuyos pisos superiores de ladrillo y madera caían sobre el mismo río, y que en otro tiempo fué una fábrica en la cual solían hallar trabajo los inquilinos de las otras, pero que ahora estaba desalquilada y ruínosa como las demás. Las ratas, la carcoma y la humedad la habían puesto en ruinoso estado, amenazando desplomarse una parte á la orilla y otra parte sobre el mismo río. Ante este edificio se detuvo la respetable pareja parroquial en el momento en que el trueno se dejaba oír en lontananza y la lluvia arreciaba.

—Debe ser por aquí—dijo el Sr. Bumble, sacando un papel del bolsillo y tratando de consultarle en la obscuridad.

—¡Hola!—dijo una voz desde arriba.

El Sr. Bumble levantó la cabeza y vió un bulto en una ventana del segundo piso.

—Esperad un momento—dijo la voz.—Voy á abrir.

La cabeza desapareció y la ventana fué cerrada.

—¿Es ése el hombre?—preguntó la buena señora Bumble.

El marido dijo que sí con la cabeza.

—Bueno; pues acuérdate de lo que te he dicho. Trata de hablar lo menos posible para no hacerte traición.

El Sr. Bumble, que había considerado medrosamente el edificio, iba quizá á observar algunas dudas acerca de la seguridad que podían tener una vez dentro de aquella ratonera, cuando Monk apareció, abriendo una puertecita cerca de donde ellos estaban y haciéndoles seña de que entrasen.

—¡Entrad!—dijo con impaciencia, dando una patada en el suelo.—¿Me vais á tener aquí toda la noche?...

La dama, que había titubeado en el primer momento, pasó adelante sin más invitación; y el señor Bumble, fuera por vergüenza ó por miedo de quedarse solo en la puerta, la siguió con aire contristado y sin curarse de conservar esa dignidad notable que era la característica de su coruscante personalidad pública.

—¿Qué demonio de capricho era ése de permane-

cer ahí, con los pies en el fango, ante la puerta?—preguntó Monk, volviéndose á Bumble después de haber cerrado la puerta.

—To... to... mábamos el fresco—respondió Bumble, mirando con vivo temor en torno suyo.

—¡Vaya una ocurrencia!—replicó Monk.—Ni toda el agua que ha caído, ni toda la que caerá... podría apagar el fuego que un hombre puede llevar él solo dentro de su pecho. ¡Tomar el fresco!... No es la lluvia lo que le refrescará á usted, esté bien seguro...

Y tras este cariñoso apóstrofe, Monk volviése hacia la matrona y fijó en ella una mirada tan amenazadora, que ésta, no muy fácil de intimidar, no pudo sostenerla y bajó los ojos.

—Ésta es la mujer, ¿no es verdad?—preguntó.

—Sí, ésta es la mujer—contestó Bumble, recordando las advertencias de su esposa.

—¿Usted cree que las mujeres no somos capaces de guardar un secreto?—dijo la matrona, devolviéndole á Monk su escrutadora mirada.

—Sé que hay *uno* que guardarán cuidadosamente hasta que se les descubra—repuso Monk con desdén.

—¿Y cuál es, si puede saberse?—preguntó ella.

—El de la pérdida de su honra—respondió Monk. Por la misma razón, si cualquiera mujer posee un secreto que le pueda hacer ahorcar ó deportar... no hay miedo de que lo divulgue... ¿me comprende usted, señora?

—No—exclamó la dama, ruborizándose ligeramente.

—Por supuesto que usted no—replicó Monk.—¿Cómo podría usted comprenderme?

Dirigió á sus dos visitantes una mirada medio irónica, medio amenazadora, y otra vez les invitó á seguirle. El hombre atravesó una sala baja y llegó ante una escalera que había que subir para llegar al piso superior. En el momento en que iba á hacerlo penetró hasta ellos la luz desvanecedora de un relámpago, seguido de un trueno violento, que estremeció hasta los cimientos del edificio.

—¡Oídlo!—exclamó retrocediendo.—Escuchad ese estrépito ensordecedor que parece repetido por los ecos de mil cavernas en que se refugian miedosos los mismos diablos... Odio ese ruido horrible... ¡Lo detesto!...

Permaneció en silencio durante un momento, y luego, separando de pronto las manos con que se había cubierto el rostro, mostró éste, con gran asombro de Bumble, pálido y contraído.

—Padezco alguna vez de estos accesos—añadió Monk, observando el aspecto alarmado de Bumble,—y casi siempre me los producen los truenos. No os ocupéis de mí... Por esta vez se acabó todo.

Subió el primero la escalera, cerró las maderas de

la ventana de la estancia en que acababa de entrar y bajó hasta la mesa una linterna pendiente de una cuerda pasada por una anilla en el techo.

—Ahora—continuó Monk, después de ocupar los tres todas las sillas que había en la sala,—cuanto más pronto nos ocupemos del negocio, antes despacharemos. Esta mujer ¿sabe de lo que se trata?...

La pregunta iba dirigida á Bumble, pero la interesada se apresuró á contestar afirmativamente.

—Me ha dicho que estuvo usted con la bruja de la portera la noche en que murió y que le dijo á usted algo...

—¿Sobre la madre de ese muchacho que usted nombró?... Sí.

—Bueno; la primera pregunta es: ¿de qué naturaleza fué su primera comunicación?

—Ésa es la segunda—interrumpió la mujer con tono resuelto.—La primera es: ¿Cuánto vale esa comunicación?

—¿Y quién demonios puede decirlo sin saber de qué clase...?

—Nadie mejor que usted; estoy segura—replicó la Sra. Bumble, que no carecía de vivacidad, como podía atestiguar perfectamente su cónyuge.

—¡Hum!...—dijo Monk significativamente y lanzando una mirada de viva curiosidad.—¿Hay quizás dinero que ganar con ello, eh?...

—Tal vez—fué la respuesta.

Algo que la cogieron... algo que llevaba consigo...—dijo vivamente Monk;—algo...

—¡Basta!—interrumpió la dama.—Ya ha dicho usted bastante para que me convenza de que es el hombre con quien debo de tratar.

El Sr. Bumble, á quien su digna costilla no había querido nunca dar la menor explicación sobre esto, escuchaba aquel diálogo con el cuello estirado y abriendo mucho los ojos, que dirigía sucesivamente á su esposa y á Monk, sin tratar de disimular su asombro creciente, y que llegó á su colmo al oír preguntar al joven en cuánto estimaba la dama el secreto en cuestión.

—¿Cuánto vale para usted?—interrogó ella, siempre dueña de sí y sin precipitarse.

—¡Qué sé yo!... Acaso nada; quizá veinte libras esterlinas—respondió Monk.—¿Cómo quiere usted que lo diga sin conocerlo?

—Añada usted cinco libras más á la suma que ha dicho; deme veinticinco en oro, y diré á usted todo lo que sé. Antes no.

—¡Ciento veinticinco duros!—exclamó Monk, echándose hacia atrás.

—Le hablo á usted clara y francamente. Después de todo, no es tan gran suma.

—¡No es tan gran suma!—repitió él impaciente.—Y todo por un condenado secreto que acaso no me

sirva para nada cuando lo sepa, y que ha dormido olvidado durante doce años...

—Son cosas que se conservan bien, como el buen vino, y que quintuplican á veces su valor con el transcurso del tiempo—contestó la matrona, todavía reservada y con el mismo tono resuelto de antes.—Durmiendo olvidados hay secretos que continuarán siéndolo por doce mil años quizá, y por alguno de los cuales habría quien daría doce millones; pero que ni á usted ni á mí nos importan nada.

—¿Y si pagase y luego resultase defraudado?

—Nadie le impediría recobrar su dinero—repuso la matrona.—Soy mujer y estoy aquí sola y sin protección.

—No, no sola, querida mía, ni tampoco sin protección—dijo el Sr. Bumble con voz trémula por el miedo.—Estoy yo aquí, querida mía; y además—añadió el pobre hombre, cuyos dientes castañeteaban al hablar;—además... el Sr. Monk es demasado caballero para usar de violencias con personas parroquiales. El Sr. Monk se da perfecta cuenta de que no soy un hombre joven, querida mía, y también de que soy hombre juicioso, como suele decirse; y también sabe, no me cabe duda de que el excelente señor Monk lo sabe, querida, que soy un funcionario resuelto y de extraordinaria fuerza; un hombre terrible cuando me sacan de mis casillas... sólo que hace falta que me saquen de mis casillas.

Mientras hablaba hizo un melancólico ademán de blandir su linterna con feroz resolución, y mostró plenamente que necesitaba mucho para salir de sus casillas, de donde no era tan fácil sacarlo, á no ser que lo intentara algún mendigo ya asilado ó persona desamparada ó de poco fuste.

—Eres un estúpido, y harías mejor en echarte un nudo á la lengua—interrumpióle la dama.

—Y mejor aún—agregó Monk—habérsela cortado antes de venir, si es que no puede hablar en tono más bajo. Es su esposo de usted, ¿eh?...

—¡Mi marido!—dijo la matrona con tono indefinible y eludiendo contestar explícita y terminantemente.

—Así lo creí cuando ustedes llegaron—agregó Monk, observando la mirada colérica que dirigió la dama á Bumble mientras le apostrofaba.—¡Mejor que mejor!... Titubeaba al verme obligado á tratar con dos personas, y me alegro de que no formen más que una. Estoy decidido. Tome usted.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un portamonedas usado, extrajo de él veinticinco libras esterlinas, las apiló y acercó hacia la dama, diciendo:

—Cójalas usted, y ahora, en cuanto estalle ese maldito trueno que siento trepidar sobre nuestras cabezas, puede usted principiar su historia.

El trueno, que parecía en realidad mucho más cerca, estalló con estrépito casi sobre sus cabezas; cuando terminó, Monk alzó la frente y se inclinó hacia adelante para escuchar mejor; los rostros de los tres se aproximaron hasta casi tocarse; los dos hombres se encorvaron para oír mejor, y ella para hablar más bajo. Los débiles rayos de la linterna les alumbraban de pleno y hacían resaltar la palidez y la inquietud de sus fisonomías; lo demás de la estancia estaba sumido en la obscuridad; parecían tres fantasmas.

—Cuando esa mujer á quien llamábamos la vieja Sara murió—comenzó diciendo la matrona,—estábamos solas.

—¿No había nadie más?—preguntó Monk con voz sorda.—¿No había alguna vieja idiota en alguna otra cama?... ¿Alguna que pudiera oír y por casualidad entender?...

—Ni un alma. Estábamos solas... estaba yo sola cuando la muerte se apoderó de ella.

—Bueno—agregó Monk, mirándola atentamente.—Prosiga.

—Me habló de una pobre joven que había dado á luz un hijo algunos años antes, no solamente en el mismo cuarto, sino hasta en la misma cama en que Sara moría.

—¿Sí?—dijo Monk con temblorosos labios y mirando por encima de su hombro.—¡Fuego!... ¡Cómo dan vueltas las cosas!...

—El niño era el que usted nombró á éste anoche—siguió la matrona, señalando con la cabeza á su marido sin mirarle.—Á la madre la robó la partera.

—¿En vida?

—En muerte—repuso la dama estremeciéndose ligeramente.—Robó al cadáver lo que la madre le había suplicado en sus últimos instantes que guardara para su hijo...

—¿Y lo vendió?—dijo Monk con desesperación que trataba de contener.—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿A quién? ¿En qué época?

—Al acabar de decirme con gran pena lo que había hecho, murió.

—¿Sin decir más?—preguntó él con voz ahogada por el furor.—¡Mentira!... ¡No se juega conmigo!... Algo más dijo... Os mataré á los dos si es preciso para averiguarlo, pero lo sabré.

—No dijo una palabra más—replicó la mujer, sin conmoverse en lo más mínimo por la violenta cólera del forastero, mientras su esposo hubiera deseado hallarse á mil leguas de allí,—pero me cogió la mano, me la abrió, la volvió á cerrar, y vi, cuando estaba ya muerta, que había metido en ella un pedazo de papel muy doblado.

—¿Qué contenía el papel?

—Nada; era una papeleta de empeño.

—¿De qué?...

—Á su tiempo lo sabrá usted. Supongo que había guardado algún tiempo el objeto por si sacaba buen partido de él; pero luego tuvo que empeñarlo, y cuidó de renovarlo de año en año para impedir que se perdiera y poder sacarlo en caso de necesidad... El vencimiento era dos días después... Pensé que podía valerme algo cualquier día, y lo desempeñé.

—¿Y dónde está ahora?

—Aquí—replicó la mujer; y como si se alegrase de desembarazarse de ello, se apresuró á poner sobre la mesa una pequeña bolsita de piel, apenas suficiente para encerrar un reloj de señora. Monk se apoderó de ella y la abrió con mano temblorosa. Contenia un pequeño medallón de oro con dos rizos de cabellos y un anillo de esponsales.

—Tiene la palabra *Inés* grabada en el reverso—añadió la mujer,—luego un espacio como para el apellido... y una fecha que es cerca de un año antes del nacimiento del niño... y nada más.

—¿Y es esto todo?—preguntó el hombre, después de examinar atentamente el contenido del saquito.—¿No hay más?

—Eso es todo—contestó la mujer.

El Sr. Bumble dejó escapar un hondo suspiro, como si se sintiese aliviado al saber que la historia habíase concluido y que no había que devolver los veinticinco doblones.

—Eso es todo lo que sé de esa historia, y seguramente no quiero saber más; pero ¿puedo hacer á usted dos preguntas?...

—¡Hágalas!—dijo Monk un poco sorprendido.—Ahora, ¿contestaré ó no contestaré?... Ésta es otra pregunta.

—Con la cual son tres—observó Bumble tratando de hacer un chiste.

—¿Es eso lo que usted deseaba de mí?—preguntó la matrona.

—Sí. Veamos la otra pregunta.

—Entra en los propósitos de usted hacer uso de lo que le he dicho en contra mía?

—Jamás; ni contra mí tampoco—respondió Monk. Mire usted... pero ¡cuidado!... no se muevan, ó pe-recen.

Al decir esto empujó la mesa á un extremo de la estancia, y tirando de una anilla de hierro que había en el techo recorrió una trampa que se abría justamente á los pies del Sr. Bumble, quien retrocedió dos pasos con terror.

—Miren al fondo—dijo Monk, haciendo bajar la linterna á la sima;—no tengan miedo... Hubiera podido precipitarles por ahí cuando estaban sentados, si hubiese tenido ese propósito.

La matrona así animada se acercó á su borde, y el

mismo administrador general, impulsado por la curiosidad, se atrevió á hacer otro tanto. La corriente rápida del río, engrosado por la lluvia, parecía una catarata en el fondo de aquella sima, y todos los demás ruidos se debilitaban ante aquel rugir de las aguas. Había habido allí en otro tiempo un molino, y era la antigua presa del mismo lo que veían.

—Si se arrojase ahí el cuerpo de un hombre, ¿dónde estaría mañana al amanecer? —preguntó Monk paseando la linterna en derredor para alumbrar el fondo de aquel pozo sombrío.

—Á doce millas de aquí y desmenuzado —contestó Bumble.

Y retrocedió horrorizado al pensarlo.

Monk sacó de su pecho el paquetito que había guardado antes, ató á él un pedazo de hierro y tirólo á la sima: cayó verticalmente, hizo gran ruido al chocar con las aguas, y desapareció para siempre. Los tres se miraron fijamente y parecieron respirar mejor.

—Bueno—dijo Monk cerrando la trampa.—Si el mar devuelve sus muertos, como dicen los libros, guardará el oro y la plata, y con mayor razón esa friolera; y como no tenemos nada más que decirnos, podemos dar por terminada esta agradable entrevista.

—Con mucho gusto—se apresuró á decir Bumble.

—Usted dará paz á su lengua, ¿eh?—añadió Monk con tono amenazador.—De su esposa estoy seguro.

—Puede usted confiar en mí, joven—repuso Bumble, aproximándose á la puerta poco á poco y sin dejar de hacer cortesísimas reverencias.—A todos nos tiene cuenta callar, joven, y por mi propio interés... como supondrá usted, Sr. Monk...

—Me alegro de oírle hablar así, por usted mismo—observó Monk.—Encienda su linterna, y apresúrese.

Fué una dicha que la conversación terminase en este punto; pues si continúa un poco más, bajando por la escala y haciendo reverencias, hubiera infaliblemente caído de cabeza al piso inferior. Encendió su linterna, y no teniendo que atender á Monk y saludarle con el cuerpo, pudo bajar bien, aunque con bastante lentitud. Su esposa le seguía, y el forastero cerraba la marcha. Afuera, la lluvia caía á cántaros.

Atravesaron las salas y el zaguán con gran lentitud, porque Monk se estremecía á la vista de su propia sombra, y Bumble llevaba la linterna á un pie del suelo, antojándosele los dedos trampas. Ya abierta sin ruido la puerta por el inquilino, despidiéronse con sendas reverencias, y la digna pareja se puso en camino á través de las tinieblas y por sobre el lodo y el agua que inundaba el piso.

No bien se hubieron ido, cuando Monk, que parecía experimentar una invencible repugnancia por la

soledad, llamó á un muchacho que se había mantenido oculto en alguna parte del piso bajo durante la entrevista; y, haciéndole pasar el primero, volvió á penetrar, linterna en mano, en la estancia que acababan de abandonar.

CAPÍTULO VIII

DONDE EL LECTOR TENDRÁ NOTICIAS DEL OCURRENTE FAGIN Y SUS BUENOS AMIGOS

En la misma noche en que se verificó la entrevista narrada en el capítulo anterior, Guillermo Sikes, despertándose de un sueño soporífero, preguntó la hora á su fiel Anita.

El cuarto no era el mismo que ocupaba antes de su expedición á Chertsey, aunque estaba en el mismo barrio y á no mucha distancia de su anterior alojamiento. No era de apariencia tan agradable como el antiguo; estaba mal amueblado y era mucho más sombrío, anunciando bien que su digno inquilino había experimentado reveses de fortuna, y que se hallaba en una situación deplorable, como lo confirmaban también su faz enflaquecida y sus descarnados brazos.

El bandido hallábase tendido en el lecho, envuelto en una especie de guardapolvo blanco á guisa de bata; y su palidez cadavérica, su gorro de dormir engrasado y su barba de ocho días no contribuía á embellecerlo. El perro manteníase sentado á pocos pasos del lecho, ora mirando á su dueño con aire pensativo, y gruñendo al menor ruido que oía en la calle ó en la casa, como si tuviera jaqueca; y cerca de la pequeña ventana, una mujer, pálida y extenuada por las vigiliass y las privaciones, remendaba un chaleco que formaba parte del equipaje ordinario del bandido. Hubiera sido difícil reconocer en ella á aquella linda y alegre Anita que ha figurado ya en esta historia, á no ser por la voz con que respondió á Sikes:

—Acaban de dar las siete... ¿Cómo estás, Guillermo?

—Débil, muy débil—respondió Sikes con la blasfemia en los ojos y en los labios.—¡Acércate! Dame la mano para ayudarme á salir de esta maldita cama de una vez.

La enfermedad no había suavizado el carácter del Sr. Sikes; pues, una vez que la joven le ayudó á bajar del lecho y acomodarse en una silla, la golpeó brutalmente, profiriendo mil imprecaciones contra su torpeza.

—¿Lloriqueos?—gruñó.—¡Ea, basta de hacer pucheros! ¿No tienes nada mejor que hacer? ¡A ver si acabas de una vez!... ¿Me has entendido?

—Sí... sí—repuso la joven, volviendo la cabeza y

esforzándose por sonreír.—¡Qué cosas se te ponen en la cabeza!...

—¡Holal! ¿Cambias de registro? Haces bien.

—¿Es que tienes ganas de maltratarme esta noche, Guillermo?—dijo acercándose y poniéndole una mano en el hombro.

—¿Por qué no?

—¡Hace tantas noches que te velo—murmuró la joven dando á su voz un tinte de ternura,—que te cuido como á un niño, que al volver por fin en ti, al recobrar al cabo el conocimiento, no debías haberme tratado así, si hubieras pensado en ello!... ¿Verdad que no; verdad que no me hubieras pegado si hubieras caído en la cuenta?—añadió con cierta dulzura.

—Pues bien; no—repuso afectando brusquedad el bandido.—¡Que el diablo me lleve!... Pero ¡basta!... ¿Vuelves á los lloriqueos?

—No es nada, no es nada—contestó ella dejándose caer en una silla.—No te preocupes de esto; pasará pronto.

—¿Qué es lo que pasará pronto?—preguntó con su voz más salvaje.—¿Qué locura es ésa?... ¡Á ver si me dejas en paz y no me importunas más con tus tonterías de mujer!

En otro momento, el apóstrofe y el tono con que fué lanzado hubieran sido más que suficientes; pero la joven estaba realmente débil y extenuada; inclinó la cabeza, dejándola caer sobre el respaldo de la silla y perdió el conocimiento, antes de que el Sr. Sikes tuviera tiempo de proferir las blasfemias de su vasto repertorio aplicables á casos semejantes. Ignorando qué hacer en tales circunstancias del todo imprevisitas, lanzó por de pronto unos cuantos juramentos, y viendo que este procedimiento resultaba ineficaz para hacerla volver en sí, comenzó á pedir socorro.

—¿Qué ocurre, amigo mío?—dijo el judío abriendo la puerta.

—Ocúpate de esta chiquilla, y hazla volver en sí, en vez de hacer aspavientos ahí en la puerta.

Fagin lanzó un grito de sorpresa y se apresuró á auxiliar á Anita, mientras Dawkins (por otro nombre *El Sutil Tramposo*), que había entrado tras de su respetable amigo, depositaba en el suelo un paquete con el que iba cargado y, cogiendo una botella de las manos de maese Carlos Bates, que le seguía pisándole los talones, la descorchaba con los dientes en un abrir y cerrar de ojos y echaba una parte de su contenido en la boca de la pobre muchacha desvanecida, después, sin embargo, de haber probado él mismo el licor para evitar todo error posible en perjuicio de la paciente.

—Hazle aire con el soplillo, Carlos—dijo el caballero Dawkins.—Y usted, Fagin, golpéele en las manos, y que Guillermo le desabroche el jubón.

Los varios socorros prescritos y administrados con gran energía, en particular el del soplillo, que el joven Bates manejaba con gran desparpajo, pareciendo encontrar el ejercicio sumamente alegre y divertido, no tardaron en producir el efecto que se apetecía. La joven recobró poco á poco el sentido y se echó de bruces sobre la cama, ocultando el rostro con la almohada, dejando al Sr. Sikes, como amo de casa, que interpelara á los recién llegados por tan inesperada y sorprendente visita.

—¡Mil millones de diablos! ¿Qué peste de malos vientos os ha traído hasta aquí?

—No han sido malos vientos, querido mío—contestó dulcemente el judío;—porque los malos vientos no llevan nada bueno, y yo traigo algo que alegrará vuestra vista. *Tramposo*, hijo mío, abre el paquete y da á Guillermo esas frioleras, en cuya compra hemos gastado todo nuestro dinero esta mañana.

El *Tramposo* obedeció en el acto, y abriendo el paquete, que era bastante grande y estaba envuelto en un mantel, comenzó á dar los objetos que contenía al caballero Bates, quien los iba depositando en la mesa, designándolos uno á uno y ponderando sus excelencias y cualidades respectivas.

—¡Un pastel de liebre, Guillermo! Un gran pastel exquisito y delicado; media libra de té verde de superior calidad; un excelente y apetitoso queso de Gloucester; libra y media de azúcar de caña que acaba de llegar de las Indias; dos grandes panes de los llamados de familia, tiernos y casi calientes; y para coronar todo esto, algo tan superior y exquisito y succulento, que pocos mortales pueden saborearlo parecido.

Y al terminar su cordial y entusiasta panegírico, sacó de uno de sus insondables bolsillos una gran botella, cuidadosamente lacrada, en tanto que el joven Dawkins llenaba un vaso del licor de la otra botella y se lo daba á Sikes, quien lo apuraba de un trago.

—¡Bravo!—dijo el judío frotándose las manos.—Verás qué pronto te repones ahora, Guillermo.

—¡Me repongo!—gruñó Sikes.—Si te descuidas un poco, no hubiera necesitado reponerme: veinte veces he estado á punto de acabar de una vez. ¿Por qué me has abandonado como á un perro, canalla, durante tanto tiempo? ¿Qué significa eso, viejo hipócrita?

—¿Oís esto, muchachos?—dijo Fagin, encogándose de hombros.—¿Oís esto? ¡Que le abandono y acabamos de traerle tan ricas cosas!...

—Bueno; esto no está mal—repuso el bandido, suavizándose algo al contemplar las viandas sobre la mesa.—Pero ¿qué excusa puedes tener para haberme dejado en la miseria, enfermo, desfallecido, como podías haberlo hecho con ese perro, durante tres semanas?... ¡Apártate de él, Carlillos!...

—Nunca he visto perro como éste—dijo Bates, retirándose.—Huele el alimento como una cocinera.

—¡Silencio!—ordenó al can su amo, haciéndole retirar hacia la cama.—Y bien, viejo farsante, ¿qué me respondes?

—He estado en Londres más de una semana, querido.

—¿Y la otra quincena? ¿Por qué me has abandonado durante la otra quincena, como á rata enferma en su agujero?

—No pude ayudarte, Guillermo; no me puedo explicar ante testigos; pero no pude ayudarte, te lo juro por mi honor.

—Por tu... ¿qué?—gruñó Sikes con desdén.—Muchachos, *cortadme un pedazo de pastel para ver si puedo quitarme el infame sabor de boca que me ha dejado ese calificativo...* Comprendo que acabaría por asfixiarme.

—No pierdas los estribos, Guillermito—replicó sumiso el judío.—No te he olvidado ni un momento, querido; ni un momento.

—Sí—agregó el bandido con amargura.—Indudablemente que sí; mientras me hallaba sumido en el lecho con el calofrío y la fiebre, te habrás acordado de mí para decir: «Guillermo debía hacer esto, y Guillermo debiera hacer aquello, y Guillermo debería de hacerlo todo; y en cuanto se ponga bueno... ¡Y siempre se le da bastante para lo que hace!» Si no hubiera sido por esa chiquilla, me hubiera muerto.

—Atiende, Guillermo—exclamó Fagin, agarrándose á esas palabras:—¿y quién te ha proporcionado esa chiquilla sino el pobre viejo Fagin?

—Tiene razón ahora—interrumpió vivamente Anita.—¡Vamos, dejad ya esa cuestión!... Lo pasado, pasado.

La intervención de la joven desvió el curso de la conversación; á un signo del judío, los muchachos trataron de hacerla beber; pero ella lo hizo moderadamente. Fagin parecía dejarse arrastrar por una alegría poco común, lo que puso de mejor humor á Sikes, quien continuó, sin embargo, renegando y mezclando amenazas, que afectaba el judío tomar como chispeantes ocurrencias y groseras bufonadas de las que todos reían, por supuesto, sin dejar de mantener cariñosos diálogos con la botella.

—Todo eso está muy bien—dijo de pronto el bandido;—pero yo necesito algún dinero esta noche.

—No tengo ni un céntimo conmigo—contestó el judío.

—Pero tienes en casa—replicó el otro.—Quiero mi parte.

—¡Ah! No tengo tanto como...

—No sé cuánto tienes, y probablemente tú tampoco lo sabrás si no haces un arqueo, que será operación más larga que el del Banco Inglés; pero ne-

cesito dinero esta noche, y no hay más que hablar.

—Bueno, bueno; voy á enviártelo en seguida con el *Tramposo*.

—No, no—se apresuró á replicar Sikes.—No quiero recibirlo por ese conducto. El *Tramposo* es demasiado tramposo y se olvidaría de venir ó se extraviaría en el camino; era, ó sería, muy capaz de dejarse coger en una trampa para no tener que molestarse en buscar una excusa, si le encargabas de la comisión. Anita irá contigo para mayor seguridad, y yo me echaré un sueño, aguardándola.

Quedó así convenido este punto y comenzó á discutirse la cantidad. Guillermo quería cinco libras esterlinas; Fagin redujo la cantidad á tres libras, cuatro chelines, seis peniques, jurando por todo lo jurable que, dando esos diez y seis duros, no le quedaban ni dos pesetas. El Sr. Sikes vió que era imposible obtener más por lo pronto, y se resignó, mientras Anita se preparaba á acompañar al judío á su madriguera, y los muchachos encerraban los viveres en la alacena. Fagin ayudó á Sikes á tenderse en el lecho para que echara un sueño y se despidió de él, dirigiéndose hacia su casa seguido de Anita y los muchachos.

Al llegar á ella sorprendieron á los Sres. Tobías Crackit y Tomás Chitling jugando la quinta partida de cartas, que perdió naturalmente el último con su última peseta, y con gran regocijo de sus jóvenes amigos. El Sr. Crackit, probablemente un tanto avergonzado de haberse dejado sorprender en acto de flagrante familiaridad con un individuo tan por debajo de él en posición social, edad y facultades intelectuales, bostezó ruidosamente, preguntó noticias de Sikes y se puso el sombrero para irse.

—¿Ha venido alguien, Tobías?—preguntó el judío.

—Ni un alma—repuso el bandido subiéndose el cuello de la americana.—Era para aburrirse de muerte. Debías hacerme algún regalo, Fagin, por guardar la casa tanto rato... ¡Cuerno! Te aseguro que hubiera cumplido mi misión durmiendo como un jurado en la Audiencia, á no haber sido por entretener á este novato. ¡Qué aburrimiento, querido!

Y tras estas y otras jeremiadas de la misma índole, embolsó sus ganancias con cierto aire desdenoso, como si esas monedas de plata fueran indignas de un hombre de su categoría, y salió con ademán tan majestuoso y elegante, que el joven Chitling lo contempló con evidente admiración hasta que se hubo perdido de vista; y declaró á la sociedad que no le parecía caro haber trabado amistad con un hombre como aquél á razón de poco más de ocho pesetas por sesión.

—¡Qué ocurrente eres!—exclamó Bates riendo.

—¿Qué le parece á usted, Fagin?—dijo Tomás.

—Que eres un excelente muchacho, querido—respondió el judío golpeándole el hombro con cariño, y guiñando el ojo á los otros.

—Y el Sr. Crackit es un buen espada; ¿verdad, Fagin?

—Indudablemente.

—Y vale la pena de haberlo conocido, ¿es así?

—Sí, hombre; no hagas caso de ellos: ¿no comprendes que te tienen envidia por tu buena suerte?

—Eso es—dijo Tomás con aire triunfante.—Me ha dejado limpio, pero puedo reparar mis pérdidas cuando se me antoje; ¿verdad, Fagin?

—Sin duda; y cuanto más pronto mejor, Tomás. Y lo que debéis hacer vosotros, es salir también al trabajo, pues son las diez de la noche, y no habéis hecho aún nada.

Los muchachos obedecieron, despidiéndose de Anita con un saludo de cabeza, y salieron tomando el pelo á su sabor á su compañero por el camino.

—Ahora, Anita, voy á contarte el dinero—dijo el viejo al quedarse solos.—Ésta es la llave del cofrecito donde guardo lo poco que me dejan de utilidad los muchachos... Bien poco es lo que puedo ahorrar, Anita; es un oficio éste ingrato y miserable, pero ¡qué quieres! me gusta educar á la juventud, me he acostumbrado á tener siempre algunos mocitos en torno mío y... ¿qué es esto?...

La joven no se preocupó, absorta y con los brazos cruzados sobre el pecho, ni de las lamentaciones del judío, ni de quién podía ser el que llamaba, hasta que el eco de una voz de hombre hirió sus oídos. Entonces, rápida como el rayo, se quitó el sombrero y el chal, quejándose repentinamente de calor. Fagin no advirtió este manejo, y poniendo un dedo sobre sus descarnados labios para recomendarle silencio, murmuró en voz baja:

—¡Chist!... Es el hombre que esperaba antes... Ya baja, Anita—añadió como contrariado de que lo molestasen.—Ni una palabra de dinero mientras esté aquí, ¿eh?... Será cuestión de unos diez minutos á lo más, querida.

Y dicho esto se adelantó hacia la puerta con la vela en la mano.

CAPÍTULO IX

DEL COMLOT QUE TRAMARON MONK Y EL JUDÍO, SIN SOSPECHAR NI REMOTAMENTE QUE ERAN OÍDOS

El visitante entró rápidamente y se encontró cerca de la joven antes de advertir su presencia.

Era Monk.

—Es una de mis discípulas—dijo Fagin al notar el movimiento de sorpresa del recién llegado.—No te muevas, Anita.

Ésta, sin levantarse, acercó su silla á la mesa, miró un instante con aire de indiferencia á Monk y desvió su vista; pero cuando el joven se volvió hacia el judío, lanzóle una mirada tan penetrante, tan resuelta, que hubiera dado á Monk algo que pensar de haberla observado, y que un testigo no hubiera concebido que pudiese esta segunda mirada proceder de los mismos ojos que la anterior.

—¿Hay noticias?—preguntó el viejo.

—Famosas.



—¡Qué pálida estás, Ana! ¿Qué te sucede?—exclamó el judío...

—¿Y... y... buenas?—tornó á interrogar titubeando Fagin, como si temiese contrariar á su interlocutor interrogándole con viveza.

—No del todo malas—respondió Monk sonriendo.—He trabajado con fortuna esta vez... Pero vamos á ocuparnos del asunto.

La muchacha parecía apretarse contra la mesa, no dispuesta á abandonar la estancia, aunque vió de reojo que Monk la señalaba con un dedo al judío. Éste, temiendo que si trataba de hacerla salir le reclamase el dinero que había ido á buscar, hizo seña á Monk de que le siguiera escaleras arriba, y ambos se fueron.

—Sospecho que no me llevará usted de nuevo— oyó Anita que decía el desconocido mientras subía las escaleras—al antro infernal de allá arriba.

El judío se echó á reír, dijo algo que no pudo entender la joven, y continuaron subiendo, comprendiendo Ana por los pasos que iban al segundo piso.

En un instante se descalzó, echóse la falda á la cabeza envolviéndose en ella, y con ligereza increíble y sin ruido se deslizó tras ellos, regresando un cuarto de hora más tarde y poniéndose inmediatamente el sombrero y el chal. Casi en seguida oyéronse los pasos de los dos hombres.

—¡Qué pálida estás, Ana! ¿Qué te sucede?—exclamó el judío retrocediendo un paso, después de haber colocado la vela en la mesa.—¿Qué tienes?

—¿Pálida?—preguntó la muchacha mirando fijamente al viejo.—No creo...

—¡Horriblemente pálida! ¿Qué te pasa?

—Nada que yo sepa. ¡Como no sea que me haya pasmado de estar tanto tiempo inmóvil!... ¡Vamos! ¡Despácheme, que ya es hora!

—Dando un hondo suspiro al entregar cada moneda, el judío contó la suma convenida y se separaron, dándose mutuamente las buenas noches.

Una vez en la calle la muchacha, sentóse en el quicio de un portal y permaneció allí varios minutos como mareada é incapaz de dar un paso. De repente se levantó y echó á correr en dirección opuesta á la casa de Sikes, hasta que tuvo que detenerse por falta de aliento; luego, como si volviese en sí y comprendiera la locura que iba á hacer, ó bien que era superior á sus fuerzas, se retorció las manos con desesperación y prorrumpió en amargo llanto.

Ó la tranquilizaron las lágrimas vertidas ó se resignó con los decretos del Destino, pues echó á correr de nuevo en dirección á la casa donde la aguardaba el bandido, quien no se preocupó sino de preguntarle si llevaba el dinero, durmiéndose nuevamente.

Por fortuna para ella, Sikes empleó todo el día siguiente en comer y beber, sin fijarse en la turbación y distracciones de su compañera, que tenía el aire triste y sombrío de la persona que proyecta algo atrevido y peligroso, no resolviéndose á ejecutarlo sino tras larga y violenta lucha. El judío con su vista de lince hubiera fácilmente reconocido tales síntomas, y se hubiese alarmado; pero Sikes, suavizado un tanto su genio por la satisfacción de la golosina, y no tan zorro ni mucho menos como el festivo viejo, sólo manifestó las sospechas rudas y groseras de siempre, no viendo nada de extraño y anormal en el rostro y conducta de Ana.

La agitación de ésta aumentaba á medida que iba expirando el día; al llegar la noche sentóse, aguardando que el bandido, que había empinado el codo

de lo lindo, se durmiese; tenía las mejillas tan pálidas y eran tan ardientes sus miradas, que hasta Sikes se sorprendió.

Estaba el ladrón, debilitado por la fiebre y un si es no es mareado por el alcohol, tendido en el lecho y bebía su ponche para calmarse; á la tercera ó cuarta vez que alargaba su vaso á Anita reparó en ésta, y le asombró el cambio que se había operado en su continente.

—¡El diablo me lleve!—dijo incorporándose y apoyándose en su brazo para mirar frente á frente á la joven.—¡Pareces un cadáver que ha dejado hace un momento la tumba! ¿Qué te pasa?

—¿Pasarme? Nada—contestó ella.—¿Por qué me miras así?

—¿Qué fantasía es ésa, eh?—preguntó Sikes cogiéndola por un brazo y sacudiéndola rudamente.—¿Qué significa eso? ¿Qué te pasa? ¿En qué piensas?

—En muchas cosas—repuso la joven estremeciéndose y tapándose el rostro con las manos.—Pero, ¡Dios mío!... ¿Qué importa eso?

El tono de forzada alegría con que fueron pronunciadas las últimas palabras produjo en Sikes más honda impresión que su aspecto mismo.

—Voy á decírtelo—gruñó Sikes.—Si no has pasado la fiebre con el ajetreo de estos días, es que flo ta algo en la atmósfera que puede ser muy peligroso. ¿Es que tratarás por ventura de...? ¡Bah, infierno!... No; no es capaz de hacerlo.

—¿Hacer?... ¿Qué?...—preguntó la muchacha.

—No, no—murmuró Sikes, clavando en ella los ojos, y como si hablase para sí.—No hay chiquilla de corazón más entero y leal... á no ser así, hace muchos meses que le hubiera cortado el pasapán... ¡Es la fiebre, la fiebre y nada más que la fiebre!

Esta idea le tranquilizó del todo; vació de un trago un vaso de ponche; se entretuvo unos momentos en recordar algo de su repertorio de blasfemias nocturnas y pidió bruscamente la medicina. Ana se apresuró á obedecerle y, vuelta de espaldas, vertió la poción en una taza cuyo contenido le hizo apurar.

—Ahora ven á sentarte aquí, á mi lado, y ponme otra cara más agradable ó te la arreglaré yo de modo que te cueste trabajo reconocerte en el espejo—gruñó el ladrón.

Ana obedeció. Sikes, cogiendo la mano de la infeliz muchacha, dejóse caer sobre la almohada, con los ojos fijos en su cara; poco después los cerró; los volvió á abrir, los cerró de nuevo y los abrió otra vez; cambió de posición, como si se encontrara mal, dos ó tres veces en pocos minutos; durmióse un instante y despertóse sobresaltado, lanzando una mirada de terror en torno suyo; permaneció un minuto con los ojos muy abiertos, hasta que cayeron de nuevo pesadamente sus párpados y pareció dormir.

se; pero aún se despertó á los dos minutos y como si hiciera esfuerzos por no dormirse; mas al fin rindióse por completo el sueño, soltó la mano de Ana, y cayó en una especie de sopor.

—Al cabo hizo su efecto el láudano—murmuró ella, abandonando su asiento de la cabecera de la cama, después de algunos momentos de observación.—Y quizás es ya demasiado tarde.

Apresuróse á ponerse sombrero y chal, lanzando de vez en cuando miradas recelosas, como si á despecho del licor soporífero esperase á cada instante sentir en sus hombros las manos de Sikes, y por fin inclinóse sobre el lecho, besó los labios del ladrón y, abriendo y cerrando sin ruido la puerta de la habitación, salió de la casa rápidamente. Un sereno cantó las nueve y media al poco rato.

—¿Hace mucho que dió la media?—preguntóle ella.

—Faltan quince minutos para las diez—contestó el vigilante levantando su linterna á la altura conveniente para ver el rostro de Ana.

—¡Y me falta aún una hora para llegar!—murmuró Anita, desapareciendo como un relámpago.

Las tiendas empezaban á cerrarse; dieron en un reloj público las diez, y aumentó de tal modo su impaciencia que rompió á correr, atravesando de este modo algunas calles.

—¡Esa mujer está loca!—decían las gentes.

Y cuando pasó del galope al trote, algo cansada, hubo varios desocupados que se pusieron á seguirla. Sin embargo, al llegar á un hotel do Hyde Park ante el cual se detuvo, estaba completamente sola, y llamó.

—¿Á quién busca usted?—preguntó una criada.

—Á una señora que vive aquí.

—¡Una señora! ¿Y cómo se llama?

—La señorita Maylie.

La criada la miró de pies á cabeza desdeñosamente, y sin dignarse contestar llamó á un lacayo; éste, después de examinarla y enterarse de su pretensión, le preguntó:

—¿Á quién he de anunciar?

—El nombre no hace al caso.

—¿Y el asunto?

—Tampoco.

—¡Ea, largo! ¡Basta de broma y sigue tu carrera! Anita replicó furiosa al lacayo que no era él capaz de sacarla de allí, y luego imploró si no habría quién quisiera encargarse de la comisión. Un hombre gordo que estaba en el fondo vestido de cocinero se interpuso diciendo al lacayo:

—¡Vamos; pasa el recado, José!

—¿Para qué?—contestó el sirviente?—¿Crees tú que la señorita se va á molestar por este penco?

El calificativo hizo ruborizar á las sirvientas, ha-

ciéndoles prorrumpir en exclamaciones de pudibundez ridícula.

—Decidme lo que queráis, pero avisad á la señorita Maylie que deseo hablarle—dijo Ana juntando las manos.—¡Hacedlo por el amor de Dios!

El sensible cocinero interviño de nuevo y, aunque refunfuñando, el lacayo fué á cumplir su deber, en tanto que las cuatro criadas seguían con sus comentarios acres, que no se recataban de expresar en voz alta; y volvió diciendo á Anita que si la recibían, lo cual exasperó más y más á las cuatro esfinges de la virtud.

Sin ocuparse de aquella gente ni de sus palabras, la muchacha siguió algo conmovida á José hasta una antecámara alumbrada por una lámpara pendiente del techo, donde la dejó sola.

CAPÍTULO X

SINGULAR ENTREVISTA QUE SIRVE DE COMPLEMENTO AL CAPÍTULO ANTERIOR

La joven había arrastrado su existencia por las calles, sin cuidados maternales, por madrigueras y viviendas las más asquerosas y en compañía de rufianes, mujerzuelas, ladrones y malhechores; pero quedaba aún en ella alguno de los sentimientos femeniles, y al sentir los pasos ligeros que se acercaban hacia ella experimentó un sentimiento de vergüenza, al que muy pronto el orgullo se sobrepuso, y, aunque sin atreverse á sostener la mirada pura de Rosa, dijo con acento de enojo:

—Es asunto difícil el de lograr ver á usted, señora; si me hubiera enfurruñado y me hubiese ido, como muchas habrían hecho, un día hubiera usted lamentado bastante el que no me hubiesen dejado hablarle.

—Siento muchísimo que haya sido usted mal recibida—repuso Rosa;—pero no haga usted caso, y dígame para qué deseaba verme. Yo soy la persona por quien ha preguntado usted.

El bondadoso tono de esta respuesta, la dulce voz y las afables maneras de la señorita impresionaron á la muchacha hasta hacerla prorrumpir en copioso llanto.

—¡Oh, señorita, señorita!—suspiró cubriéndose la faz con las manos.—¡Qué buena es usted!...

—Siéntese usted—añadió Rosa cordialmente,—y tranquilícese. Si es usted pobre y desgraciada, será para mí una verdadera felicidad ayudarla en todo lo que pueda. Pero siéntese usted.

—No; déjeme estar de pie, señora, y no me hable usted con tanta bondad antes de conocerme... Pero se hace tarde... ¿Es... está cerrada esa puerta?

—Sí—dijo Rosa retrocediendo unos pasos, como

para poder llamar en su auxilio si era necesario.—
¿Por qué?

—Porque—repuso la moza, con voz como un susurro—voy á poner mi vida y las vidas de otros en sus manos. Yo soy la que devolvió al viejo Fagin al pequeño Oliverio, la noche que salió de la casa de Pontonville.

—¡Usted!—exclamó Rosa Maylie.

—Yo, señora—replicó Ana.—Yo soy la infame criatura de quien usted había oído hablar, que vive entre ladrones, y que nunca, desde que se abrieron mis ojos y se despertaron mis oídos en las calles de Londres, recuerdo haber hecho otra vida, ni haber oído otras palabras dulces que las que ellos me han dirigido, así Dios me salve. No oculte usted el horror que debo inspirarle. Soy más joven de lo que usted piensa, pero estoy muy gastada... Hasta las mendigas se apartan de mí cuando paso por su lado.

—¡Qué horrible!—murmuró Rosa, retrocediendo un paso instintivamente.

—Agradezca usted al Cielo de rodillas, querida señora, el haberle concedido amigos que cuidaran de su infancia, y le evitasen padecer el frío y el hambre, arrastrándola á una existencia de desórdenes, horrores y delitos como la que yo he llevado desde la cuna; sí... desde mi cuna, pues la mía fué el arroyo de una calle, y ésa será quizás mi tumba.

—Me da usted lástima—exclamó la dama conmovidísima.—¡Se me parte el corazón al oírlo!

—Dios la bendiga por su bondad... Si usted conociera en ocasiones la existencia que llevo, me compadecería más... Pero hablemos de otra cosa. Me he escapado de entre unas manos que no dejarían seguramente de matarme... si sospechara el dueño de esas manos lo que he hecho... ¿Conoce usted á un hombre llamado Monk?

—No.

—Pues él la conoce á usted, sabe que está aquí, porque á él le he oído esta dirección y por él he podido llegar hasta usted.

—Nunca he oído pronunciar ese nombre.

—Entonces, es que ha cambiado el suyo por éste, para verse con nosotros. Hace algún tiempo, y poco después que Oliverio quedó en esta casa, oí una conversación entre ese hombre, que me era sospechoso, y Fagin, el judío. De esa conversación deduje que Monk... ese hombre que pregunté á usted antes si lo conocía...

—Sí, sí; ¡adelante!

Que Monk, habiendo visto y reconocido á Oliverio el día en que lo perdimos por primera vez, había concertado un trato con Fagin, en virtud del cual, si éste lograba recobrar el muchacho, recibiría una crecida recompensa, la cual sería mucho mayor si conseguía convertirlo en un ladrón.

—¿Y con qué objeto?

—Eso esperaba yo averiguar; pero, desgraciadamente, vió mi sombra en la pared, y juro á usted que no habría muchos que hubieran podido escapar como yo lo hice. En fin, no lo había vuelto á ver hasta anoche.

—¿Y qué sucedió?

—Voy á decirlo, señora. Anoche volvió, y les seguí también, pero teniendo buen cuidado de que no me delatara la sombra. Escuché, y las primeras palabras que oí decir á Monk fueron éstas: «Así, pues, las únicas pruebas de la identidad del niño yacen en el fondo del río, y la bruja que las recibió de manos de la madre está pudriéndose en una tumba». Los dos se echaron á reír, festejando la hazaña. Luego añadió, que así y todo, y aunque se había apoderado ya de la herencia, hubiera deseado hacerlo de otro modo, «dando un desmentido al padre», fueron sus palabras, y haciendo pasear á Oliverio de cárcel en cárcel ó hacerlo colgar, si era preciso. «Usted debería hacer eso, Fagin, y tendría usted una excelente recompensa».

—Pero ¿qué significa todo eso?—preguntó Rosa.

—No sé, pero le digo la pura verdad, señora. Se lamentó de faltarle valor para «matar por su mano ó hacer matar» al niño, y exclamó: «En resumen, Fagin: á pesar de ser usted judío, no es usted capaz de tender en su vida un lazo tan bien tendido como ése en el que voy á coger á mi hermanito Oliverio».

—¡Su hermano!...

—Tales fueron sus propias palabras—dijo Ana, que miraba recelosa á cada instante desde que empezó á hablar, como temiendo ver aparecer por momentos á Sikes.—Pero no es eso todo. Al hablar de usted y de la otra señora, dijo que parecía que el Diablo conspiraba contra él por el hecho de haber caído en las manos de usted Oliverio. Rióse luego y exclamó: «No hay mal que por bien no venga... Después afirmó que usted daría miles de cientos de miles de libras esterlinas, si las tuviese, por saber quién era ese bipedo que había usted recogido».

—¡No creerá usted que esto fuera dicho en serio!

—Sí, sí; hablaba seria, formal y cordialmente, aunque respirando odio y rencor. Hay en él algo de repulsivo que hace estremecerse. En fin, creo que no me queda nada, por lo menos de importancia, que decir. Es preciso que me vaya... ¡Si llegara á saberse que he venido!...

—Pero ¿qué puedo yo hacer?... Sin el concurso de usted, ¿cómo aprovecharme del aviso que me ha dado? Y ¿va usted á volver de nuevo con esos malhechores?... Aguarde: en la estancia vecina hay un caballero. ¿Quiere usted que lo llame y antes de una hora la pondrá á usted en seguridad, lejos de la venganza de esos miserables?

—Quiero irme; debo irme—repitió la muchacha con resolución.—¿Cómo decirle á usted ciertas cosas? Porque... porque entre esos hombres de que he hablado á usted hay uno... el más terrible de todos, á quien no puedo dejar. ¡No lo abandonaría por nada del mundo, aun á costa de mi salvación!

Rosa se enterneció ante aquella criatura desgraciada y digna de mejor suerte por sus buenos sentimientos, y con frases tiernas y cariñosas le suplicó que no volviera con los miserables aquéllos, presentándole ante los ojos un porvenir de redención y paz. La muchacha cayó de rodillas á los pies de la dama, vertiendo dulce llanto.

—¡Ya es tarde! ¡Ya es tarde!—murmuró, negándose á aquella perspectiva y calificando de ángel á la Srta. Maylie.

—Nunca es tarde para el arrepentimiento y la expiación.

—Lo es: no puedo abandonarle ahora; no quiero causarle la muerte.

—¿Y cómo así?

—Nada podría salvarle si dijese á otro lo que acabo de decir á usted: es el más resuelto de la cuadrilla; ha cometido muchas atrocidades, y sería aborrecido. ¡No podría evitarse!

—¿Y es posible que por un hombre así renuncie usted á sus esperanzas de redención, de vida mejor, y á la certidumbre de una inmediata libertad? ¡Es locura!

—No sé lo que es; pero algo me liga á él, á pesar de lo que me veja y maltrata; y aunque supiera que iba á morir á sus manos, volvería á su lado.

—¿Qué hacer?—exclamó Rosa perpleja.—Sin embargo, yo no debo dejar á usted que se marche así.

—Sí, señora: debe usted dejarme, y va á dejarme ahora mismo. No me detendrá usted—replicó la muchacha levantándose,—porque me he fiado de usted sin juramento ni promesa.

—¿Qué uso quiere usted que haga entonces de sus revelaciones? Porque ¿cómo servir á Oliverio si no...?

—Confíese usted á algún amigo que pueda aconsejarla, pero sin denunciar á esa gente...

—¿Y dónde podré ver á usted si hace falta?... No quiero saber dónde viven esas gentes... pero... ¿en qué sitio...?

—¿Quiere usted prometerme guardar mi secreto y venir, sola ó acompañada de su confidente, pero sin seguirme después, ni hacerme seguir ó espiar?...

—Lo juro.

—Bueno; pues todos los domingos, de once á doce de la noche—contestó la muchacha sin vacilar,—me pasearé por el Puente de Londres, si vivo.

Aún insistió Rosa con persuasivas razones para atraer á la joven al buen camino; pero Ana, con lágrimas en los ojos, rehusó, lamentando no poder ya

aprovecharse de ello. Entonces, con gran delicadeza, trató de hacerla aceptar algún dinero.

—Ni un penique—replicó la moza, ya en la puerta y diciéndole «adiós» con la mano.

—Rechaza usted todos mis ofrecimientos—dijo la dama con dolida,—¡y bien sabe Dios que quisiera serle útil!

—El único medio de serme útil—exclamó Ana torciéndose las manos—sería arrancarme la vida de un solo golpe; porque esta noche he sentido como nunca, cruelmente, todo lo infame y degradante de mi existencia. ¡Que Dios la bendiga á usted, y la envíe tanta dicha como me ha traído á mí vergüenza!...

Dijo estas palabras intercaladas con amargos sollozos y salió, dejando á la Srta. Maylie aturdida por tan singular entrevista. Rosa se creía juguete de un ensueño... Dejose caer sobre una silla y trató de concertar y reunir sus dispersos pensamientos... mientras Anita se dirigía corriendo y vertiendo copioso llanto á casa, junto al lecho del aletargado y enfermo Guillermo.

CAPÍTULO XI

EN EL QUE SE MUESTRA QUE LAS SORPRESAS, COMO LAS DESGRACIAS, RARA VEZ VIENEN SOLAS

La situación de Rosa era verdaderamente singular y difícil. Al mismo tiempo que experimentaba el más vivo deseo de rasgar el velo que ocultaba el origen de Oliverio, no podía menos de considerar sagrada la promesa que había hecho á la misma mujer con quien había estado hablando. Las palabras y las maneras de Anita habían conmovido hondamente el corazón de Rosa Maylie, y su deseo de redimir y salvar de aquella vergonzosa existencia á la moza no era menos ardiente que el amor que sentía por Oliverio, ni menos sincero que el deseo de hacer feliz á tan amable niño.

Habían decidido no permanecer más que tres días en Londres antes de partir para el lejano puerto de mar adonde irían á pasar varias semanas, é iba á transcurrir el primer día, puesto que faltaban pocos minutos para que dieran las doce de la noche. Quedaban, pues, veinticuatro horas disponibles. ¿Qué hacer en tan corto plazo, ni cómo retardar el viaje sin despertar sospechas?

El Sr. Losberne estaba con ellas y les acompañaría los dos días restantes; pero la joven conocía el carácter arrebatado, impetuoso y pronto de aquel excelente amigo, y temía que, dejándose llevar de sus impulsos, perjudicara á la pobre mujer que en ella se había confiado. De otro modo, hubiera desde luego y sin vacilar contado con el buen médico; en cuanto á consultar con un abogado, era un medio en

el cual no había que pensar por las mismas razones. De pronto le asaltó la idea de confiarse á Enrique; pero este pensamiento suscitó el recuerdo de su última entrevista, y creyó que su dignidad le vedaba llamarle, ya que (y sólo de pensarlo humedeciéronse sus preciosos ojos) tal vez había conseguido olvidarla.

Rosa, discurriendo mil arbitrios y desechándolos á medida que los iba concibiendo, pasóse la noche en vela, y al día siguiente, no sabiendo qué partido tomar, resolvió por fin consultar á Enrique.

—Si á él le es penoso volver aquí—pensaba,—no me lo será á mí menos volver á verlo... Pero ¿vendrá?... Acaso no. ¿Quién sabe si no se contentará con escribirme, ó, suponiendo que venga, no eludirá el hablarme á solas, como lo hizo cuando se marchó? Nunca lo hubiera creído... pero quizás ha valido más eso para ambos.

Y al decir esto dejó la pluma sobre el tintero y volvió la cabeza, como si no quisiera dejar ver sus lágrimas ni al papel blanco que iba á enviar con algunas líneas á Enrique.

Varias veces cogió y volvió á dejar la pluma, sin resolverse á empezar la carta, cuando entró corriendo y muy sofocado en el gabinete Oliverio, que había salido á pasear por las calles acompañado del señor Giles. Parecía tan agitado, que la joven se alarmó y corrió á su encuentro.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan sofocado?—preguntóle.

—Me parece que voy á morirme al pensar en que va usted á poderse convencer de que no les he engañado en lo que les conté—replicó el muchacho.

—Nunca creí que nos engañabas—dijo Rosa tratando de calmarlo.—Pero ¿qué te ha ocurrido? ¿Qué hay?

—Hay, que he visto al caballero aquél—articuló Oliverio con frases entrecortadas;—al caballero que fué tan bueno conmigo... El Sr. Browulow, de quien tantas veces he hablado á ustedes.

—¿Dónde?—preguntó Rosa.

—Bajando de un coche—contestó el niño, llorando de júbilo.—Entró en una casa... no pude hablarle... no le hablé porque estaba distante y no me vió... no me vió... Además, yo temblaba tanto... temblaba tanto, que no pude ni gritar ni correr á él... Pero Giles preguntó en la casa si vivía allí y le dijeron que sí... Mire usted—añadió sacando un papel del bolsillo,—aquí anoté las señas... aquí vive... voy á ir en seguida... ¡Qué ventura!... No sé qué va á pasarme cuando le vea y le oiga otra vez.

Si n distraer su atención por las exclamaciones incoherentes de júbilo de Oliverio, Rosa leyó la dirección: en la calle Craven, en el Strand, y resolvió aprovecharse de este descubrimiento.

—¡Pronto!—dijo.—Que vayan á buscar un coche, y prepárate á acompañarme! Estaré dispuesta dentro de poco. Voy sólo á decir á mi tía que salimos y estaremos ausentes una hora... ¡Y á ver si estás listo cuando yo vuelva!

Oliverio no se lo hizo repetir, y en poco más de cinco minutos hallábanse en camino hacia la calle Graven. Al llegar, Rosa dejó á Oliverio dentro del cupé, con pretexto de preparar al anciano para recibirle, y entregó su tarjeta al criado, solicitando ver al caballero para un asunto urgente.

El sirviente volvió en breve, invitándola á subir al piso superior; la introdujeron en un salón y se encontró con un caballero de alguna edad, de aspecto simpático y agradable á primera vista, y con un batín de color verde botella. Á poca distancia estaba sentado otro caballero, con levita y pantalón de nanquín, que no parecía tan benévolo y simpático, y que tenía las manos una encima de otra, apoyadas en el puño del bastón, y la barba sobre las manos.

—¡Ah!... Ruego á usted que me dispense, señorita—dijo el caballero del verde batín, adelantándose á su encuentro.—Dispense usted y reciba mis excusas... Creí que se trataría de algún importuno... Hágame usted el favor de tomar asiento.

—¿Tengo el honor de hablar, supongo, con el señor Browulow?

—Ése es mi nombre, señorita. Éste es mi amigo el Sr. Grimwig. Grimwig, ¿quieres hacer el favor de retirarte?

—Creo—interrumpió Rosa—que el Sr. Grimwig no tiene para qué molestarse en salir y puede oír lo que ahora voy á decirle; tanto más cuanto, si no estoy mal informada, que conoce algo el asunto.

El Sr. Browulow inclinó la cabeza asintiendo; y su amigo se levantó, rígido como si fuera de una sola pieza, saludó gravemente y se dobló sobre la silla.

—No dudo que va usted á sorprenderse cuando sepa el objeto de mi visita. Se trata de un niño á quien quiero mucho, por el cual ha manifestado usted simpatías, y creo excitar su interés dándole noticias suyas.

—¿De veras?—replicó el Sr. Browulow.

—Me refiero á Oliverio Twist, que...—siguió Rosa.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando Grimwig, que aparentaba hallarse sumido en la lectura de un folio, cerró el libro con ruido, inclinó su cuerpo en el respaldo de la silla y dejó ver en su semblante la más grande estupefacción. Por breve rato quedó con los ojos abiertos y la mirada fija; trató en seguida de sobreponerse á su emoción é intentó modular un leve silbido que, en vez de resonar al exterior, fué á morir en las profundidades de su estómago.

El Sr. Browulow no se sorprendió menos, pero no dejó traslucir su emoción de modo tan grotesco. Aproximó vivamente su silla á la de Rosa, y exclamó:

—Hágame usted el favor, querida señorita, de comunicarme las pruebas ó los indicios de su conducta que usted posea y que puedan modificar la desfavorable opinión que concebí acerca de ese niño. ¡En nombre del Cielo, señora, no tarde usted en sacarme de esta ansiedad!

—¡Un pícaro! ¡Apuesto la cabeza á que es un pícaro!—gruñó el Sr. Grimwig como un ventrílocuo y sin que se descompusiera un solo músculo de su rostro.

—Es un niño de condición nobilísima y de tierno corazón—repuso ruborizándose la doncella,—y de tal temple de alma que ha salido victorioso y triunfante de pruebas bien difíciles. Sus sentimientos y su virtud honrarían á muchos que tienen seis veces más años que él.

—No tengo más que sesenta y uno—exclamó Grimwig con la misma rigidez de rostro;—y como, á menos de no intervenir en ello el Diablo, ese Oliverio cuenta más de doce años, no veo á quién pueda ser aplicable la observación.

—No haga usted caso de mi amigo, Srta. Maylie—se apresuró á decir el Sr. Browulow.—No piensa lo que dice.

—Sí lo piensa—gruñó aquél.

—¡No lo piensa!—replicó levantándose con impaciencia el otro.

—¡Perdería la cabeza si no lo pensara!—insistió Grimwig.

—¡Pues entonces merecería perderla!—exclamó ya irritado Browulow.

—Y él tendría mucho gusto en conocer al hombre que se atreviera...—repuso Grimwig, golpeando el suelo con su bastón.

Al decir esto, los dos amigos abrieron su tabaquera y tomaron sendos polvos de rapé. Luego se apretaron la mano, siguiendo su ya vieja costumbre.

—Ahora—señorita Maylie—dijo el dueño de la casa,—le pido de nuevo que me dispense y que se sirva decirme lo que sepa de ese pobre niño. Antes debo manifestarle que he agotado todos los medios para descubrir su paradero, y que, después de mi ausencia de Londres, modifiqué por completo la idea que había concebido de haberme sido impuesto por sus cómplices para robarme.

Rosa, que había tenido tiempo de reconcentrar su pensamiento, contó sencillamente y en pocas palabras todo lo que había sucedido á Oliverio desde que salió de casa del caballero para ir al puesto de libros, reservándose referir particularmente al señor Browulow su entrevista con Anita, y terminó ase-

gurándole que la única pena del muchacho, desde hacia algunos meses, era la de no poder encontrar á su antiguo bienhechor y amigo.

—¡Gracias á Dios, y Él sea loado!—exclamó el caballero.—Me da usted una gran satisfacción; me hace usted verdaderamente feliz. Pero no me ha dicho usted, Srta. Maylie, dónde se halla ahora. Perdóneme usted, pero... ¿por qué no lo trajo?

—Aguarda á la puerta... en mi carruaje—contestó Rosa.

—¡Á mi puerta!—exclamó el anciano.

Y se lanzó precipitadamente fuera de la estancia, bajó lo más de prisa que pudo la escalera, y en un instante llegaba al lado del coche y abría la portezuela, abrazando al niño.

En cuanto la puerta del gabinete se cerró tras el dueño de la casa, su amigo se puso en pie, después de haber dado tres vueltas en su silla, apoyada ésta sobre una sola pata, y ayudándose para tal ejercicio con su bastón y con la mesa, en la cual descansaba de vez en cuando la mano libre. Ejecutada aquella extraña evolución, cruzó varias veces por delante de Rosa, arrastrando los pies, y de pronto se acercó más á la joven y depositó en su mejilla un beso sin cumplido alguno.

—¡Chist!—dijo al ver el gesto de la dama, que se levantó alarmada.—No tenga usted miedo; soy bastante viejo para poder haber sido su abuelo. Es usted una preciosa muchacha y la quiero... ¡Pero aquí llegan!

En efecto, apenas había recobrado el singular caballero su sitio y posición anteriores, abrióse la puerta y entraron el Sr. Browulow y Oliverio, al cual hizo Grimwig la más cariñosa acogida. Rosa se consideró altamente recompensada de su tierna solicitud por Oliverio al contemplar su alegría y la del bondadoso anciano.

—Bueno; pero hay alguien que no debe de ser olvidado—exclamó el Sr. Browulow, pasados los primeros instantes de expansión y tirando del cordón de la campanilla.—Á la Sra. Bedwin—dijo al criado que se presentó,—que tenga la bondad de venir.

La anciana ama de gobierno se apresuró á acudir, y, saludando con una leve inclinación de cabeza, aguardó las órdenes de su amo.

—¡Pero usted cada día está más ciega, Sra. Bedwin!—dijo con tono brusco el caballero.

—No tiene nada de particular, señor—contestó la anciana.—Los ojos de las personas de mi edad no se ponen cada día más claros, sino más turbios.

—Tiene usted razón—repuso Browulow;—pero póngase usted los anteojos y mire si encuentra la razón de haber sido llamada.

La anciana comenzó á buscar los anteojos en su bolsillo; pero la paciencia de Oliverio no pudo so-

portar ese nuevo plazo y, dejándose llevar de su primer impulso, se precipitó en los brazos de la señora Bedwin.

—¡Dios me perdone!... ¡Si es mi niño!

—¡Mí querida amiga!—exclamó el muchacho.

—¡Ya decía yo que volvería!—dijo la buena mujer estrechándolo entre sus brazos y cubriéndole el rostro de besos.—¡Hijo mío!... ¡Y qué gordito y qué buen aspecto tiene! ¿Dónde has estado tanto tiempo? ¡El mismo rostro dulce, pero no tan pálido; los mismos ojos de bondad, pero no tan tristes!... ¡Ah, querido niño!... ¡Ni un solo día he dejado de pensar en ti! Á veces me figuraba que estabas con mis hijitos, los hijos de mis entrañas, que se murieron. ¡Ay, entonces era yo joven!

Mientras la buena anciana acariciaba á Oliverio y tomaba notas y medidas para ver lo que habia variado durante el tiempo que no lo veía, la señorita Rosa Maylie y el Sr. Browulow se habían retirado á un gabinete contiguo, donde la joven enteró al anciano de su entrevista con Ana. El caballero prometió ir aquella misma tarde á conferenciar con la señora Maylie y el doctor para adoptar un plan de conducta. Rosa y Oliverio volvieron á su casa.

Cuando el Sr. Losberne se enteró del caso, dejándose llevar de su primer impulso quiso salir á dar parte de lo ocurrido á los inspectores Blathers y Duff, no queriendo atender á razones; y seguramente hubiera ido al departamento de policía, á no haberle detenido por la fuerza el Sr. Browulow, no menos encolerizado que el doctor.

—Entonces, ¿qué demonios quieren ustedes que hagamos? ¿Pretenden dar un voto de gracias á esos malhechores ú obtener que el Gobierno les dé una condecoración?—exclamó impetuosamente el médico cuando volvieron al lado de las dos damas.—¿Quieren ustedes, acaso, suplicarles que acepten cien libras por cabeza como premio á las bondades y solicitudes que han tenido con Oliverio?

—¡Hombre, no; no tanto!—repuso el caballero sonriendo;—pero sí debemos obrar con prudencia y circunspección, y sobre todo gentilmente con respecto á esa chiquilla.

—Yo los enviaría desde luego al...

—Envíelos usted donde quiera; pero, denunciándolos á la policía, ¿encontraríamos á los padres de Oliverio? ¿Podríamos apoderarnos de la herencia que corresponde al niño y entregársela?

—Tiene usted razón. Así, de pronto, no había pensado. ¡Tendría tanta satisfacción en que ahorcaran á unos cuantos y deportaran á los demás!

—Bueno; pero ante todo no debemos perder de vista los intereses de nuestro amiguito Oliverio, que nos hemos encargado de defender. Ahora bien, no creo que podamos lograr nada práctico sin desen-

mascarar á ese Monk, lo cual sólo podría conseguirse por sorpresa, valiéndonos de alguna estratagema, apoderándonos de él cuando no esté rodeado de esa gente. Por supuesto, que si fuera preso, como carecemos de pruebas contra él y es muy posible que no haya tomado parte personalmente en ninguna de las fechorías de la cuadrilla, sería absuelto, ó á lo más detenido como vagabundo por una quincena; pero guardaría silencio, y para nosotros tanto importaba que fuera sordo, mudo, ciego é idiota.

—Pero yo le pregunto á usted si cree en conciencia—continuó vivamente el doctor—que debemos mantener esa promesa hecha á la muchacha... aunque ¡es claro! con las mejores y más rectas intenciones...

—No se moleste usted en discutir este punto; mi querida señorita—dijo el caballero, interrumpiendo á la joven cuando ya iba á replicar.—Su promesa será cumplida estrictamente. Pero, antes de intentar nada, será preciso ver á esa muchacha, por si nos da facilidades para apoderarnos de Monk; en la inteligencia de que tendrá que vérselas ese caballero sólo con nosotros y no con los representantes de la autoridad. Soy de opinión que, mientras tanto, no hagamos nada y guardemos silencio hasta con el mismo Oliverio.

No agradó mucho al impetuoso médico esta espera inactiva de cinco mortales días; pero como ambas damas fueron de la opinión del anciano, así se resolvió unánimemente.

—Yo desearía—añadió Browulow—que me permitieran consultar el caso con mi amigo Grimwig, que es un ser extraño y original, pero listo y fértil en expedientes, y que nos ayudará bastante. Es abogado, pero dejó de ejercer, porque en veinte años sólo tuvo un cliente y un proceso. Si ésta es una recomendación ó no, ustedes decidirán.

—No tengo nada que objetar, siempre que se me autorice á mí también para consultar á mi amigo.

—¡Bueno, á votos! ¿Quién es su amigo de usted?

—El hijo de esta señora y antiguo amigo de esta señorita: Enrique Maylie—dijo el doctor, señalando á ambas damas.

Rosa enrojació profundamente, pero no objetó nada, sin duda por considerarse en desesperante minoría, y ambos caballeros fueron agregados al Comité formado ya por los cuatro conferenciantes. La Sra Maylie manifestó después que permanecerían en Londres, retrasando su proyectado viaje á la playa, mientras hubiere esperanzas de conseguir algo, dispuesta á no omitir ni molestias ni gastos para lograr sus propósitos.

—Bueno; y ahora—agregó el Sr. Browulow—leo en todos los rostros el deseo de que les cuente por qué no pude averiguar la historia de Oliverio, y por qué

abandoné tan repentinamente Inglaterra; pero les ruego que me permitan guardar silencio algunos días más sobre ello, pues podría mi relato despertar esperanzas que quizás se vieran defraudadas. Créanme ustedes, tengo buenas razones para pedir este plazo, y les prometo satisfacer su curiosidad contándoles mi historia... Así, pues, como han avisado que la cena está dispuesta, vamos al comedor, antes de que se aburra demasiado Oliverio de estar solo y crea que estamos fastidiados de su compañía ó que tratamos alguna sombría conspiración para abandonarlo de nuevo á las luchas y vaivenes del mundo.

Dicho esto, el bondadoso anciano ofreció su brazo á la Sra. Maylie para conducirla al comedor. El doctor ofreció el suyo á Rosa, y, levantada la sesión, dejaron las dos parejas el saloncito.

CAPÍTULO XII

DE LA LLEGADA Á LONDRES DE UN ANTIGUO CONOCIDO DE OLIVERIO Y SU ENCUENTRO CON FAGIN

La misma noche en que Anita, obedeciendo los impulsos de su corazón, después de haber narcotizado á Guillermo, se dirigía á casa de Rosa Maylie, entraban en Londres, por la carretera del Norte, dos personas, hombre y mujer, ó, por mejor expresarnos, macho y hembra. Eran nuestros antiguos conocidos Noé Claypole y Carlota. Llevaba el primero un pequeño hato en un pañuelo, colgado en la punta del bastón, y éste al hombro como un fusil; la segunda iba agobiada bajo el peso de un enorme fardo.

—¡Vamos, apresúrate! ¡Qué remolona eres, Carlota!

—Es que te aseguro que pesa horribilmente—contestó ella sudorosa y casi falta de aliento.—¿Falta mucho todavía?

—Estamos ya; pero eso no te importa. ¡Anda de prisa ó te doy una patada!

—¿Dónde piensas que pasemos la noche, Noé? ¡Supongo que cerca de aquí!

—Todo lo contrario; ¡que no se te meta eso en la cabeza!

—¿Por qué?

—Cuando yo ordeno una cosa, no hay que replicar ni venirme con *por qué*—dijo Noé irguiéndose.

—Bueno; no necesitas incomodarte por eso—replicó humildemente su compañera.

—¡Sería muy bonito detenerse en la primera fonda de la ciudad, para que el Sr. Sowerberry, si nos persigue, topara con nosotros en cuanto metiera las narices en Londres, para llevarnos en carreta y esposados! No; vamos á intrincarnos por las calles más obs-

curas y extraviadas. Afortunadamente para ti, yo tengo *pesqui*; sin ello, y sin los rodeos que hemos dado por caminos extraviados y de travesía, hace ocho días que estarías en la ratonera, ¡imbécil!

—Ya sé que tienes más talento que yo; pero no es una razón para que lleve yo toda la carga y para decirme que me habrían metido en la ratonera. ¡También á ti!

—Yo no cogí un céntimo del cajón, ya lo sabes.

—Yo lo cogí para ti, querido Noé.

—¿Y no lo guardaste tú?

—Sí, querido; has sido bueno y te has fiado de mí—dijo la mujer acariciándole.

Claypole, en efecto, había dejado lo robado en poder de Carlota, reflexionando que así podía eximirse hasta del delito de complicidad, pero se guardó bien de explicar sus miras á Carlota; y viendo al poco rato una miserable posada en uno de los peores barrios de Londres, por el que se había internado, y cuyo aspecto le agradaba, dijo:

—¡Calle! «Á los tres... á los tres»... ¿Qué dice en esa muestra, Carlota?

—«A los tres cojos».

—Me gusta. Dame el fardo, sígueme de cerca y no hables hasta que te lo ordene yo. ¿Oyes?

Entraron. Noé se dirigió al despacho, donde un joven judío estaba leyendo un diario, y preguntó:

—¿Es ésta la casa «Á los tres cojos»?

—Sí, señor.

—Un viajero á quien hemos encontrado en el camino nos ha recomendado esta posada—agregó Noé, y guiñó el ojo á Carlota, con el doble propósito de que admirara su astucia y de que tomase nota de sus palabras.—¿Podemos pasar aquí la noche?

—Voy á enterarme si hay algún cuarto.

—Bueno; mientras tanto, llévenos al comedor y envíenos un trozo de carne fiambre y un vaso de cerveza.

—Está bien.

No tardaron en servirles y anunciarles que había cuarto. Desde el primer instante, el joven judío había observado con gran atención al recién llegado, que había tirado sus vestidos y gorra de hospiciano, y llevaba una blusa y un sombrero blando. Después de servirles, dejólos solos; pero se puso á observarles por un ventanillo disimulado en la pared, y con cristales, tapado por un portier, que había tras el mostrador, y hecho, como se supondrá, á propósito, pues ésta era la posada de Fagin donde vimos á Guillermo dispuesto á matar á su perro, la tarde en que recuperaron á Oliverio con los libros y el dinero de Browulow. El viejo judío no aparecía, como puede suponerse, ser el dueño, sino otro judío, que debía de ir á la parte.

Poco hacía que empezaban á comer nuestros dos

conocidos, ó por mejor decir Noé, pues que no daba á su compañera más que dosis homeopáticas, cuando entró en la taberna Fagin y se acercó al mostrador. El joven se puso un dedo en los labios.

—¡Chist!... Hay forasteros en el comedor.

—¿Forasteros?—interrogó el alegre viejo con apagado acento.—¿Qué clase de gente?...

—¡Apostaría á que son ladrones que acaban de llegar de provincias!

—¡Chist!... ¡Déjame ver y escuchar, hijo! ¿Quién sabe si se podrá hacer algo?... Veamos.

—Y seré un caballero—fué lo primero que oyó Fagin: era Noé quien tenía la palabra—y haré de tí una señora, si quieres, Carlota. ¡Al diablo las cajas de muertol...

—¡Vaya si quiero, Noé!... Pero no se encuentran todos los días cajones que vaciar.

—¡Bah! Si no cajones de miserables funerarias, hay de sobra bolsillos, carteras, redículos, valijas, maletas, casas y tiendas.

—Pero no vas á poder tú solo.

—Me asociaré á otros, y acabaré por ser jefe de una cuadrilla si se me antoja.

Exponiendo sus soberbios planes á la asombrada y aun maravillada Carlota estaba Noé, cuando hicieron ruido afuera: se abrió la puerta y penetró en el comedor Fagin, quien juzgó que tenía suficientes datos con lo que había oído.

—¡Hermosa noche, caballero!—dijo después de haberle saludado,—aunque un poco fría para la estación... ¿Llegan ustedes por la carretera... de provincias, verdad?

—¿En qué lo ha conocido usted?—preguntó Noé sorprendido.

—No tenemos en Londres tanto polvo... y además... eso—dijo señalando respectivamente al calzado de ambos y á los paquetes.

—¡Diablo y qué ladino es usted!—exclamó Noé.—¡Je, je! ¿Has oído, Carlota?

—No hay más remedio que serlo para poder vivir—replicó el judío, haciendo un gesto malicioso que Claypole no pudo remedar, aunque lo intentó, á causa de la rigidez de su nariz. Luego, á instancias corteses del alegre viejo, probó el licor que habían servido á Fagin.

—No es malo; me gusta—dijo pasando el resto á Carlota.

—Sí, es bueno; pero para beberlo diariamente hace falta no darse punto de reposo en vaciar bolsillos, carteras, redículos, valijas, maletas y casas y tiendas.

Al oír estas palabras, como un eco de las que había pronunciado él mismo cinco minutos antes, Noé se tornó lívido, miró con espanto al judío y á Carlota, y cuando pudo hablar balbuceó:

—No fui yo, no fui yo el que cogió el billete. Fué ésta; y la prueba es que lo lleva todavía; ¿eh, Carlota?

—Poco importa quién lo robó ó quién lo lleve... Tranquilizaos ambos. Es una suerte que haya sido yo y nadie más que yo el que oyera lo que usted decía. ¡Vamos, cálmese! ¡Paz del gremio!... Lobo á lobo no se muerden.

—¿Que es usted del gremio?... ¿de qué gremio?

—Del gremio de vaciadores de cajones, y casas, y tiendas, y bolsillos, etc. Y las gentes de esta casa también. No podía usted haber caído en mejor sitio para su seguridad y para lanzarse por el buen sendero.

Y el judío, después de haber tranquilizado por completo á la digna pareja, continuó:

—Además, tengo un amigo que puede satisfacer como nadie las aspiraciones y los deseos de usted, asociándole á sus negocios en grande escala. Naturalmente, usted elegiría el género de trabajo que más le agradara, ó que encajase mejor en sus facultades.

—Cualquiera creería que habla usted en serio.

—¿Y por qué había de bromear, sobre todo tratándose de negocios?—dijo Fagin encogiéndose de hombros.—¡Vamos!... ¡véngase un momento á otra sala y hablaremos del caso!

—No vale la pena de incomodarnos—repuso Noé, que había vuelto á tomar sus aires de tirano.—¡Tú, ocúpate de estos paquetes y súbelos al cuarto!

Carlota obedeció. Cuando hubo salido, Claypole sonrió satisfecho.

—Está bastante bien domesticada, ¿eh?—exclamó como si hubiese exhibido alguna fiera.

—¡Oh, admirablemente!—contestó, dándole un golpecito en el hombro.—Es usted un genio, querido mío.

—De otro modo no estaría aquí; pero hablemos, pues volverá antes de que lo hayamos hecho si malgastamos el tiempo. ¿Qué negocio es el de su amigo?—añadió guiñando el ojo.

—¡Oh, de la más lata extensión y de la más alta categoría... La flor y nata en el género. Tiene numerosos socios y un ejército verdadero de empleados, de lo más notable en su clase.

—¿Londinenses?

—¡Ah, sí, por supuesto; ni un solo provinciano!... Y creo que ni aun recomendado por mí, que soy su mejor amigo, consentiría en admitirle á usted si no fuera porque en este momento necesita colaboradores.

—¿Y ¿habrá que desembolsar?...

—¡Naturalmente! Es la costumbre establecida.

—Es que... veinte libras esterlinas es mucha cantidad.

—No, cuando se trata de un billete que no puede cobrarse ni en el Banco, ni quizás en Londres... La numeración habrá circulado ya por toda Inglaterra, y solamente enviándolo al extranjero podrá cambiarse.

—¿Cuándo podría verle?—preguntó Noé con aire irresoluto.

—Mañana por la mañana.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Hum! ¿Y que saldré yo ganando?

—Vida de gran señor. Posada y mesa, tabaco y aguardiente francos, y además la mitad de vuestras ganancias y la mitad de las de la joven—contestó Fagin.

Si Noé Claypole hubiera estado en otras condiciones, es dudoso, dada su gran rapacidad y su espíritu desconfiado, que aceptase ese trato, por ventajoso que le pareciera; pero recordó que estaba á merced de su nuevo amigo, y que si rehusaba sería inmediatamente denunciado á la policía, y acabó por decir al judío que le convenia el negocio.

—Pero... ¡verá usted!... Como ella es capaz de trabajar bastante, yo desearía por lo pronto un trabajo... suave.

—Un trabajillo de imaginación, ¿eh?...

—Eso es; algo como... ¿qué es lo que cree usted que podría convenirme?... Algo de poco trabajo; quiero decir, que no fatigue mucho, y que no sea muy peligroso. Sí; eso es lo que me convendría.

—Decía usted antes que era muy capaz de vigilar y espiar bien á cualquiera. Justamente mi amigo necesita muchísimo de uno para el caso.

—Sí; cierto que dije algo de eso, y no me desagradaría alguna vez; pero ya sabe usted que eso produce poco. ¿Qué iban á pagar por ello?

—Cierto—repuso el judío, discurriendo ó fingiendo discurrir.—Veamos.

—¡Veamos lo que discurre usted!

—¿Qué le parecen á usted las viejas?... Hay bastante dinero que ganar con las señoras ancianas. Se les arrebatan los bolsillos y los paquetes, se dobla la esquina próxima y... *volaverunt!*

—Suelen chillar bastante, y á veces arañan—respondió Claypole, denegando con la cabeza.—No creo que responda eso á mis propósitos... ¿No habría otra cosa más... práctica?

—¡Espere usted!—exclamó el judío dándose una palmada en la frente, y otra en la rodilla de Noé.—¡Tenemos la zancadilla!

—¿Y qué es eso?

—Pues hacer caer en el arroyo á esos muchachos á quienes sus madres envían á comprar algo con una peseta ó media. Llevan siempre el dinero en el mano; se les echa la zancadilla, se les quita el dine-

ro y se va uno tranquilamente, como si sólo se tratase de un niño que se ha hecho daño al caerse.

—¡Ja, ja, ja!—exclamó Claypole alzando las piernas en el aire y aplaudiendo con los pies para atestiguar su júbilo. ¡Eso me gusta, Cristo!... ¡Ése es mi negocio!

—Seguramente—replicó Fagin,—y puede usted realizarlo sin más que darse una vuelta diariamente por Camden'Toure ó el puente de Battle y alrededor.



—¡Veamos lo que discurre usted!

res de ambos sitios, donde hay siempre niños á todas horas del día... ¡Ja, ja, ja!

Y dió á Noé un puñetazo en el costado, riendo como él.

—¡Bueno!—dijo Claypole, calmándose con la llegada de Carlota.—Está convenido. ¿Á qué hora nos veremos mañana?...

—¿Le parece bien á las diez de la mañana?... Bueno; ¿qué nombre debo anunciar á mi buen amigo?...

—El Sr. Bolter—contestó Noé, que se había preparado para tal eventualidad.—Soy el Sr. Mauricio Bolter, y ésta es la Sra. Bolter.

—Soy su humilde servidor que besa sus pies, señora Bolter—exclamó el judío, saludando con cómi-

ca reverencia.—Espero que nos conoceremos mejor muy en breve.

—¿Oyes lo que te dice este caballero, Carlota?

—Sí, querido Noé—contestó ésta, tendiendo la mano al judío.

—Me llama Noé, ¿sabe usted?, como nombre cariñoso, familiar—dijo el Sr. Bolter, antes Claypole, volviéndose á Fagin.—¡Caprichos del cariño!...

—Sí, entiendo; entendí perfectamente—respondió Fagin, diciendo la verdad por una vez.—¡Buenas noches, buenas noches!

Después de cambiar muchos adioses y buenos deseos, Fagin se fué. Noé, llamando la atención de su excelente señora, procedió á explicarle los tratos y arreglos que había llevado á cabo, con toda la altivez y el aire de superioridad que convenía, no sólo á un digno representante del sexo fuerte, si que también á un caballero que iba á ejercer la importante faena de la zancadilla infantil en Londres y sus cercanías.

CAPÍTULO XIII

EN EL QUE SE VE QUE EL «SUTIL TRAMPOSO» CAYÓ EN LA TRAMPA, Á PESAR DE SU RECONOCIDA SUTILEZA

—¿Conque el amigo de usted, su excelente y buen amigo, como usted decía, era usted mismo?—preguntó Claypole, por otro nombre Bolter, cuando, después de concluido y ratificado el trato á la mañana siguiente, había ido á casa del judío.—¡Cristo!... Me lo sospeché anoche.

—Todo hombre es su propio, excelente y mejor amigo, querido—dijo el viejo, asumiendo el aire de hombre de mundo.

—Excepto algunas veces.

—Verdad; pero, aun en esas excepciones, resulta que un hombre es enemigo de sí propio por querer ser demasiado amigo.

Y tras breves palabras filosóficas comenzó á dar al neófito oportunos pormenores acerca de la extensión y magnitud de sus operaciones... comerciales, hermanando verdad, exageración y mentira como más le convenía y, con tal arte, que el Sr. Bolter concibió un gran respeto y una enorme admiración por Fagin, mezclados ambos sentimientos con un saludable temor, que era lo que se proponía el viejo.

—Esta mutua confianza que nos hemos inspirado... ¡ay!, viene á consolarme un tanto de la pérdida que acabo de experimentar... Ayer mañana he perdido, puedo decir, mi mano derecha.

—No querrá usted decir que ha muerto—observó el Sr. Bolter.

—No tanto como eso... á Dios gracias... pero...

—Supongo que ha sido...

—Requerido, amigo mío, querido—interrumpió Fagin.—Ésa es la palabra.

—¿A... á hacer algún viaje... largo?—preguntó Bolter.

—No, no tanto... Solamente está acusado de haber metido la mano en un bolsillo... que no era suyo... y hallaron que llevaba encima una caja de rapé de plata... pero era la suya, la suya propia, porque toma mucho rapé... Es un vicio... Hoy le harán presentarse en juicio ante el dueño de la tabaquera, que creen haber descubierto. ¡Ah! Vale más de cincuenta tabaqueras y daría el precio de ellas muy á gusto por tenerlo aquí. Usted debía haber conocido al *Tramposo*, querido; ¡debía usted haberlo conocido!

—Bueno; pero ya le conoceré, supongo.

—¡Hum! Mucho me temo que no... Saben lo que vale, querido; saben lo que vale el *Tramposo*, y lo tienen entre ojos... ¡Ah!—prosiguió Fagin, lanzando un suspiro.—Si no pudieran probarle nada... lo tendríamos aquí dentro de seis semanas ó cosa así... Pero ¡harán alguna trastada... se la tienen jurada, y en ese caso lo enviarán al campo... para toda la vida...

La repentina entrada de maese Bates cortó el diálogo y las explicaciones que pedía el antiguo Claypole, que ignoraba que, entre aquella gente, enviar á alguien al campo quería decir ser deportado á perpetuidad. Después de hechas las oportunas presentaciones, y cambiados los cumplimientos de rúbrica, exclamó el señorito Carlos:

—¡Se acabó, Fagin!

—¿Cómo?

—No hay vuelta; han encontrado al dueño de la tabaquera. Ya puede usted encargarme vestidos de luto y gasa para el sombrero, para ir á verle antes de que emprenda el viaje.

¡Pensar que Juanito Dawkin, el astuto Juan, el *Sutil Tramposo*... tenga que vivir obscurecido y vigilado en provincias, por una cochina tabaquera de media peseta!... ¡Es triste, muy triste!... Nunca hubiera creído que lo hicieran viajar, ni siquiera por un reloj de oro con cadena, sello y accesorios.—

¡Ah! ¿Por qué no habrá robado los valores de un aristócrata viejo y avaro, y saldría de Londres como un caballero, y no como un rateruelo vulgar, sin gloria ni provecho?—

Y, al terminar estas expresiones de sentimiento que le arrancaba la separación de su amigo y colega, Bates se dejó caer en una silla próxima, con aspecto triste y abatido.

—¿Qué quieres decir—clamó colérico el judío—afirmar que sin gloria ni provecho? ¿Acaso no has sido siempre atendido, mimado y considerado? ¿No se le reconocía su mérito? ¿Hay alguno de entre

todos vosotros que le llegue siquiera al tobillo?...

—No, no; ni uno—repuso Carlos con sinceridad y voz en que se traslucía el pesar.

—Pues, entonces, ¿qué quieres decir?—continuó el judío con ira.—¿Qué significan tus jeremiadas?

—Porque no será recordado ni mencionado; porque no será defendido para que se hable de él, y nadie conocerá la mitad de lo que vale—replicó Carlos excitándose á despecho de su venerable amigo.—¿Cómo podrá figurar en el calendario de Newgate? ¡Acaso ni se hará en él mención del *Tramposo*! ¡Qué desgracia... qué desgracia!

—¡Ja, ja!—exclamó el judío extendiendo su diestra hacia Noé y soltando una carcajada que conmovió todo su ser.—¿Ve usted cómo se enorgullecen de su profesión?... ¡Qué hermoso espectáculo!

El Sr. Bolter pareció compartir su entusiasmo; el judío contempló por algunos segundos el efecto visible de la pena que embargaba á Carlos Bates, y acercándose contento al muchacho, le dió unos golpecitos amistosos en el hombro.

—Pierde cuidado—dijo tratando de consolarle.—No permanecerá en la obscuridad; honrará á sus maestros... Y por supuesto que no le faltará nada. Mientras esté preso ocupará celda de pago, tendrá dinero abundante para jugar á cara ó cruz, si es que no le permiten gastarlo en otra cosa, y le nombraremos abogado... ¡verás! Podrá también, si quiere, pronunciar un discurso, y leeremos en los periódicos, al relatar lo ocurrido en la Audiencia: «El *Sutil Tramposo* (grandes carcajadas del público. El Presidente amenaza con hacer desalojar la barra)», etc. ¡Te digo que ha de dar que hablar!

—¡Ja, ja, ja!—exclamó ahogándose de risa maese Bates ante tal perspectiva.—¡Sería curiosísimo verlo y oírlo!... ¡Cómo va á embrollarlos á todos!... ¡Ya me parece que lo veo!

El hecho es que el judío, conociendo el carácter de su joven amigo, había, con sólo presentarle una cómica escena figurada, cambiado en alegres los lúgubres pensamientos de Carlos, que al principio consideraba al arrestado *Tramposo* como una víctima digna de lástima, y últimamente ya como el actor encargado del papel de protagonista en una comedia de extraordinaria fuerza cómica, en cuya labor podía desplegar sus excepcionales cualidades artísticas.

—Necesitaríamos tener hoy noticias tuyas, de un modo ó de otro; ¿no te parece?—preguntó Fagin.—¿Cómo haríamos?

—¿Voy yo?—interrogó Carlos.

—¡Por nada del mundo, querido!... ¿estás loco?—replicó vivamente el judío.—Se necesita estarlo de temate para querer meterse en la boca del lobo. No, Carlos, no. ¡Basta con uno!

—¡Supongo que no pretenderá usted ir!—objetó Bates.

—No; eso no conduciría á nada—dijo el viejo sacudiendo su cabeza.

—Entonces, ¿por qué no envía usted á este recluta?—añadió Carlos poniendo la mano en el hombro de Noé.—Nadie le conoce...

—No sé si estará dispuesto...

—¡Dispuesto! ¿Y qué tiene él que disponer?

—Nada, nada, querido; realmente... nada.

—Me atrevo á decir sobre eso lo que usted ya sabe: que no estoy dispuesto—exclamó Noé retrocediendo hacia la puerta y sacudiendo la cabeza negativa y medrosamente.—¡No, no; nada de eso! No es de mi departamento.

—¿Cuál es el departamento de este *pipiolo*?—inquirió Bates sonriendo burlonamente y mirando con desdeñoso gesto, de pies á cabeza, á Noé.—¿Se ha encargado, Fagin, de escurrir el bulto y largarse con viento fresco cuando vayan mal dadas, sin perjuicio de reclamar su parte y gozar de ella cuando vengan bien? ¿Es ése su departamento, Fagin?

—No te importa—repuso Bolter,—y cuida de no tomarte libertades con tus superiores, chiquillo, ó te vas á hallar lo que no quieras.

Maese Bates rompió á reír tan ruidosa y desdeñosamente al oír la tremenda amenaza, que Fagin tuvo que esperar un rato antes de comenzar á exponer al señor Bolter que no había el menor peligro para él en ir á la Comisaría, donde no podía saberse una palabra de su asuntillo con Sowerberry, ni lo conocían de vista siquiera; y que, á mayor abundamiento, iría disfrazado, pues él (Fagin) tenía vastísimo guardarropa para todos los casos. Claypole se dejó persuadir por el judío, á quien cada vez temía más, y con todos los datos necesarios para conocer al *Tramposo* á primera vista, y guiado por Bates hasta cerca de la Delegación, cuya topografía interior le explicó claramente Carlilos como buen conocedor, se metió en aquellas oficinas, sin necesidad de preguntar á nadie, hasta la sala de audiencia que ya conocen nuestros lectores por haber asistido al incidente de Oliverio y el Sr. Browulow.

Cuando Noé Claypole ó Mauricio Bolter, como lo prefiera el lector, penetró en el salón ocupaban el banquillo de los acusados dos damiselas, que fueron condenadas por atentados al pudor; pero no había nadie que se pareciese ni remotamente al *Tramposo*. Por fin salieron las mujeres entre guardias y sonriendo con altanería y dignidad al público, y entró el Sr. Dawkins, con las mangas de la chaqueta arremangadas, como de costumbre, una mano en el bolsillo del pantalón, en la otra el sombrero, y el rostro sereno y un tantico socarrón. En cuanto le dejaron en el banquillo, con voz clara y alta preguntó

por qué lo colocaban en aquella situación degradante, y comenzó á protestar indignado.

—¡Cállese inmediatamente!—ordenó el carcelero.

—Yo soy un ciudadano inglés y protesto de este atropello—replicó el *Tramposo*.—Reclamo, por tanto, mis derechos y privilegios constitu...

—¡Ahora te darán tus derechos y privilegios; aguádate!—contestó el carcelero.

—Veremos lo que el ministro de la Gobernación contestará en la Cámara cuando le interpielen sobre este asunto. ¿Qué? ¿Así sin más puede atropellarse á un ciudadano? ¿Y por qué? Agradecería al señor magistrado que atendiera á la resolución de este proceso en vez de estarse leyendo el diario; porque tengo una cita con un caballero en el centro, y cómo soy hombre puntual en el cumplimiento de mis deberes, y de palabra, sobre todo en cuestiones de negocio, se irá, creyendo que abandono el negocio y me veré en la imperiosa necesidad de entablar una acción por daños y perjuicios contra los que aquí me retienen, para que me indemnicen cumplidamente. ¡Tenedlo por seguro!

Después, y sin transición alguna, preguntó al carcelero los nombres de los dos magistrados allí presentes, lo que hizo estallar la risa de los espectadores tan ruidosamente como podía haber estallado la de Bates si hubiera oído á su amigo.

—¡Silencio en la barra!—exclamó el carcelero.

—¿De qué se trata?—preguntó el comisario.

—De una ratería.

—¿Ha estado alguna otra vez aquí el acusado?

—Debe haber estado, pues conocía muy bien la casa; en cuanto á mí, le conozco bien.

—¡Tiene gracia! ¿Me conoce usted y no sabe si me ha visto nunca? Observen ustedes ese caso de verdadera degeneración.

Nuevas risas del público, nueva orden de silencio dada por el encolerizado carcelero, y mientras tanto el magistrado atendía más al diario que al proceso.

—Los testigos... ¿dónde están?—preguntó luego.

—¡Ah, muy bien!—exclamó el *Tramposo*.—Veamos esos testigos: ¿dónde se han metido?

No tardaron en presentarse: eran un guardia y un caballero. El guardia contó que el día anterior había visto al acusado meter la mano en el bolsillo de un señor, sacar un pañuelo y, viendo que era muy viejo, volverlo á meter en el bolsillo de su dueño después de haberse sonado. Como consecuencia de esto trató de acercarse al acusado y lo detuvo, hallándole encima una tabaquera de plata con las iniciales de su propietario, al cual había encontrado el guardia y estaba presente. El caballero afirmó que la tabaquera era suya y que la había perdido entre la multitud la mañana del día anterior, recordando haber visto cerca de sí al acusado.

—¿Tienes algo que preguntar ó que replicar á este testigo, muchacho?

—No quiero rebajarme á hablar con él—contestó el *Tramposo*.

—¿Y algo que alegar en defensa tuya?...

—¿No oyes lo que te pregunta su señoría?—dijo el carcelero, dando con el codo á Dawkin.

—¡Ah, dispensa!—exclamó éste, como si despertase de un sueño.—¿Me hablas á mí, buen mozo?

—No he visto tipo más cínico y desvergonzado—murmuró el carcelero.—Si quieres alegar algo...

—No, no; aquí no. ¿Á qué perder el tiempo?—replicó el *Tramposo*.—Esto no es más que el zaguán de la Justicia; además, que mi abogado está almorzando ahora con el vicepresidente de la Cámara de los Comunes; pero algo diré ante el juez letrado y ante él hablará también mi abogado, y todos mis amigos y parientes, que son numerosos y distinguidos, y haremos ver á esos charlatanes que más les valiera no haber nacido y que...

—¡Basta! Llévase usted al acusado, que queda arrestado á disposición del juez.

—¡Vamos, pronto!—dijo el carcelero.

—Ya voy, ya voy—replicó el *Tramposo*, cepillando su sombrero con la palma de la mano.—¡Ah! (á los magistrados) ¡No os valdrá ese aspecto asustadizo... no tendré piedad de vosotros... caro lo pagaréis!... No quisiera estar en vuestro pellejo por nada del mundo... ¡Hacerme faltar á la cita!... Habíais de arrodillaros ante mí, pidiéndome que me fuera en libertad, y rehusaría... ¡Vamos!... ¡Tú, llévame al calabozo; despacha, hombre!...

Á pesar de ello, se dejó coger por el cuello de la chaqueta; pero no paró de anunciar que se haría una interpelación al Gabinete en la Cámara de los Diputados y se metió en el calabozo, compadeciendo á carcelero y comisarios.

Una vez preso de nuevo, Noé acudió á galope cerca de Bates (que se había escondido para ver si seguían al *pipiolo*), y ambos corrieron á contar á Fagin que el *Tramposo* honraba á sus maestros y se estaba labrando una alta y gloriosa reputación.

CAPÍTULO XIV

DE LOS PROYECTOS DE FAGIN Y DE LA MISIÓN SECRETA QUE CONFÍO Á BOLTER CLAYPOLE EN CONSECUENCIA

Eran muy cerca de las dos de la mañana del lunes siguiente cuando el judío entró en su casa, de regreso de la de Guillermo y tan sumamente preocupado, que no pensó en acostarse. Por el camino, absorto en sus pensamientos, y rumiando la misma idea, había concebido un plan, pero borroso y como en bloque hasta aquel momento. Quería deshacerse

de Sikes, que, sobre saber demasiado de sus asuntos, era un hombre brutal y peligroso, que con su carácter grosero había inferido multitud de heridas, no menos profundas y dolorosas por haberlas Fagin ocultado y disimulado perfectamente.

Hacia días que venía observando á Anita y la encontraba sumamente cambiada; no se tomaba por la cuadrilla el interés de antes; parecía muchas veces ensimismada y distraída, y aquella misma noche á las once había querido salir de casa, sin dignarse decir adónde iba, y ante la brutal negativa del bandido, que la había golpeado, estuvo llorando hasta las doce, hora en que se serenó como por encanto. Fagin estaba lejos de creer, como creía Sikes, que todo ello era efecto de la «maldita fiebre» que había cogido la moza cuidando al bandido noche y día en su última enfermedad. El judío sospechaba que Anita se había enamorado de algún otro de fuera de su cuadrilla, y que no se atrevía á irse con él por miedo al salvaje malhechor con quien vivía.

Convencido de esto, y conviniéndole deshacerse de Guillermo y atraerse á su banda al nuevo amante de la joven, dióse á discurrir el medio de lograr su propósito. Exprimiendo su imaginación fértil en expedientes criminales sin compromiso, ideó por fin hacer envenenar á Sikes por la misma Ana y tener así á ésta sujeta á discreción por su asesinato, haciéndole que su nuevo cortejo se asociara á la cuadrilla del judío. Para esto era necesario averiguar si no se equivocaba en sus conjeturas y cuál era el hombre de quien Anita se había enamorado.

—¡Eso es!—murmuró satisfecho el viejo mientras se desnudaba.—Entonces ella no podrá rehusarme nada... El negocio es bueno y creo que no me será difícil convencerla, sobre todo si averiguo su nuevo capricho... ¡Ya te tengo, pequeña; ya te tengo!

Pocas horas después, y mientras su nuevo asociado atacaba con voracidad su desayuno, el judío comenzó á poner en práctica su plan. Para empezar la conversación, comenzó diplomáticamente á adularle.

—¡Eh, eh!... ¡Buen día el de ayer, querido! ¡Sobberbio principio!... Seis chelines y diez peniques... Harás fortuna en el comercio.

—Sin contar los tres pucheros de hierro y el tarro de leche...

—Lo de los pucheros fué un rasgo de genio; pero del tarro... es una completa obra maestra.

—Para un principiante... ¿verdad?... está bastante bien. El tarro lo vi colgado á la puerta de una taberna y temí que se resfriase, á causa de la lluvia, ó que pescase algún reuma, y lo cogí... ¡Ja, ja, ja!

Fagin aparentó reirse tanto como él, y luego dijo:

—Tengo una misión que confiarte, querido, y que exige talento, mucho cuidado y precaución.

—¡Oigal! ¿Se propone usted hacerme correr nue-

vos peligros, enviándome a alguna otra Delegación? No, no; eso no entra en mis condiciones; le digo á usted que no.

—No hay ni el menor asomo de peligro... Se trata sólo de seguir á una mujer como su sombra.

—¿Á una vieja?

—Á una joven.

¡Ajajá!... Eso puedo desempeñarlo admirablemente. En la escuela era yo un excelente espía. ¿Y por qué la he de seguir? No será para...

—Para hacerle nada. Únicamente para contarme luego á mí solo dónde fué, á quien vió, y, si es posible, qué dijo; recordar la calle, si es una calle, ó la casa, si es una casa, donde tiene la entrevista.

—Y ¿cuánto me dará usted por la comisión?—preguntó Mauricio Bolter, antes Noé Claypole, dejando su vaso en la mesa y mirando fijamente á su socio.

—Si lo haces bien, una libra esterlina, querido; ¡una libra esterlina!—acentuó Fagin, deseando interesarle lo más posible en el cumplimiento de la comisión. Nunca di tanto por un trabajo en el que no hay nada que ganar.

—¿Quién es ella?

—Una de la cuadrilla.

—¡Cristo! ¿Desconfía usted de ella?—exclamó Noé frotándose la punta de la nariz.

—Parece que ha hecho algunos nuevos conocimientos... y quiero saber qué clase de gente es.

—¡Ya, ya! Para ver si son gente respetable y distinguida. ¡Ah, ah, ah! Bueno; en serio, cuente usted conmigo.

—Así lo creí siempre.

—¿Y dónde está?... ¿Dónde he de aguardarla? ¿Cuándo he de ponerme en campaña?

—Á su tiempo, querido. Ya te avisaré, no tengas cuidado.

Aquella noche, más otras tres, el Sr. Bolter se calzó y disfrazó de carretero, pronto á acudir á una palabra de Fagin; pero transcurrió toda la semana inútilmente. Por fin el domingo fué avisado por el judío de que había llegado la hora, y en la posada-taberna de los *tres cojos* conoció á Anita, á la que vió por la mirilla del comedor, y por la cual lo examinara á él el judío la noche de su llegada á Londres.

—¿La has visto bien?—preguntó Fagin.

—La reconocería entre mil—contestó el espía.

Noé abandonó el ventanillo, y apenas tuvo tiempo el judío de esconderse y esconderlo entre unos cortinajes para dar paso á la joven, cuando salió del establecimiento.

—Ahora—dijo el judío,—tome á la izquierda y vaya por la acera opuesta á la que ella lleve.

El Sr. Bolter cambió una mirada con Fagin, y se

lanzó en seguimiento de la joven, siguiendo las indicaciones que le había dado el joven Barney. Varias veces la muchacha miró en torno suyo, desconfiando; una vez hasta se paró en seco, mientras pasaron de largo y desaparecieron dos hombres que iban tras ella. A medida que avanzaba parecía cobrar ánimos, y su paso se hacía más seguro y resuelto... El espía la seguía siempre á la misma distancia sin perderla un instante de vista.

Así llegaron los dos al Puente de Londres, que la joven atravesó en toda su longitud, seguido del espía, que regulaba matemáticamente su paso al de Anita, conservando siempre entre ellos la misma distancia. La muchacha, no viendo á nadie en todo el puente, volvió á recorrerlo desalentada y despacio en sentido inverso. La niebla era bastante espesa, y rarísimos los transeúntes. Cuando llegaba al principio del puente, el reloj de la iglesia vecina dió doce campanadas anunciando el fin de un nuevo día.

En aquel instante un coche se detuvo á pocos pasos del puente; bajaron de él un caballero y una dama, ordenaron al cochero que se alejara con el vehículo, y, como quien cumple un deber sin esperanzas de conseguir nada, se dirigieron hacia la joven, á la cual no habían visto y á la que se sorprendieron de hallar.

—¡Oh, aquí no!—exclamó la joven muy inquieta.—No sé por qué tengo miedo de hablar aquí... Descendamos bajo el puente.

Aun no había concluido de decirlo, cuando ya estaba Noé abajo.

CAPÍTULO XV

CÓMO, DE RESULTAS DE UNA IMPRUDENCIA DE ANITA, FAGIN LOGRA DESEMBARAZARSE Á LA VEZ DE GUILLERMO Y DE LA MUCHACHA

—Con tal de averiguar cuanto se relaciona con la historia del pequeño Oliverio, no pedimos más y no será amenazada la libertad de nadie; se lo prometemos á usted—dijo el caballero á Anita después que ésta le hubo explicado por qué no pudo acudir á la cita el domingo anterior y dádole las señas de Monk.

—¿Y si se negara Monk á hablar?—inquirió con ansiedad la muchacha.

—De todos modos, ese judío no será denunciado sin que usted nos dé su consentimiento.

—¿Me lo promete así la señora?

—Me comprometo á ello leal y solemnemente—contestó Rosa.

—Desde pequeña he sido una embustera y he vivido entre embusteros, falsos y farsantes; pero les creo á ustedes y cuento con su palabra.

—Puede usted hacerlo, señora—repuso gravemente el caballero.

—Otra pregunta: Monk ¿no ha sabido nunca quién facilitó á ustedes sus señas y los datos que pueden servirles para su secuestro; no es así?

—Nunca: hacemos de manera que no pueda ni sospecharlo.

Antes de dar por terminada la entrevista, el señor Browulow y la señorita trataron de atraer á Ana al buen camino, presentándole la agradable perspectiva de una existencia tranquila, honrada y de bienestar; pero la muchacha con lágrimas en los ojos rehusó diciendo que su fin sería el Támesis, donde buscan su tumba tantos desgraciados, ó una muerte peor y más trágica que presentía, sin saber por qué. En vista de lo inútil de sus gestiones despidiéronse afectuosamente de ella, emocionados y compadeciéndola de todo corazón.

—Esta bolsa—dijo timidamente y con dulzura la señorita Maylie al despedirse de la muchacha.—Tómela usted en memoria mía, se lo ruego. Puede servirle en un caso dado, extremo.

—No—repuso Ana.—No he hecho esto por dinero. Déjenme recordar siempre que no obré por interés. Y si quiere usted que tenga un recuerdo suyo, deme usted algo suyo... un guante, ó su pañuelo; algún objeto de su uso. Puede ser que me sirva de talismán... No, no; una sortija; no. El pañuelo; eso es... ¡Bendita sea! ¡Dios se lo premie!... Y ahora despídámonos... ¡Buenas noches... buenas noches!...

Pronto aparecieron sobre el puente las dos figuras de la joven y su acompañante, y se detuvieron allí un momento.

—Parece que nos llama—dijo Rosa.

—Ni se ha movido—replicó el caballero.—Aguarda á perdersen de vista para irse.

Cuando hubieron desaparecido, Anita se dejó caer al suelo y estalló en sollozos. Tardó algún tiempo en recobrarle, miró á todos lados con inquietud y se marchó rápidamente.

Diez minutos después, el caballero Bolter, lívido más que pálido, salía de su escondite y, buscando la sombra, subía hasta el puente. Una vez allí, el espía miró á todas partes, escuchó y, seguro de que no era á su vez seguido y espiado, echó á correr con toda la celeridad que le permitían sus largas piernas para contar á su jefe lo que había oído y visto.

Mientras Noé, tendido sobre un colchón en el suelo, dormía profundamente con la satisfacción de haberse ganado veinticinco pesetas, el viejo judío, con los codos en la mesa y la mirada sombría, padecía un acceso de rabia concentrada, muda, indescriptible. En su cerebro y en su corazón se amontonaban mil pensamientos y sentimientos dolorosos. Sentía mortificación por sus planes desconcertados; odio contra la joven que se había atrevido á

relacionarse con extraños; desconfianza profunda de la sinceridad de Ana al rehusar venderse; amarguísimo desconsuelo por ver que se le escapaba de las manos su venganza contra Sikes; miedo de ser descubierto, apresado, quizás ahorcado; todos estos sentimientos, junto con la idea fija de deshacerse de Guillermo á toda costa, pero sin comprometerse personalmente, se traducían en una rabia sorda, en una cólera más terrible cuanto más impotente. No tenía conciencia del tiempo que transcurría, y faltaría poco más de una hora para amanecer. De pronto sonó la campanilla suavemente.

—¡Al fin!—murmuró.—¡Al fin!...

Bajó á abrir, y volvió á poco con un hombre del que no se veían más que los ojos y la punta de la nariz, y que llevaba bajo el brazo un paquete. Era Sikes.

—¡Tomal—dijo dejándolo sobre la mesa;—guarda eso y trata de sacar el mejor partido posible... No he podido hacer más; y hace tres horas que debía de estar en casa.

El judío guardó el paquete, volvió á sentarse frente á Guillermo, quiso hablar y no pudo, levantando su mano derecha, que temblaba. El bandido reparó en el furor que se pintaba en sus facciones, y echándose atrás, no muy tranquilo, exclamó:

—¡Diablo! ¡Este hombre se ha vuelto loco!... ¡En guardia, Guillermo!...

—No, no—balbuceó el viejo recobrando por fin la voz.—No estoy loco... ni enojado contigo, Guillermo. No... no tengo nada que reprocharte.

—Más vale así—replicó el bandido, mirando con asombro á su amigo y cambiando ostensiblemente la pistola de bolsillo para tenerla más al alcance de la mano.—Más vale así, á lo menos para uno de los dos... No importa quién fuera ese uno.

—Lo que voy á decirte, Guillermo—agregó Fagin,—te pondrá aún más furioso que lo que estás.

—¿De veras?—repuso el ladrón, incrédulamente.—Bueno; pues date prisa, porque, si no, Anita creerá que me he perdido...

—¿Perdido?—exclamó Fagin.—De ello trata, y ya tiene medio concertada la partida... ¡De perderte, de perderte trata!...

El ladrón miró á su colega algo alarmado, y no leyendo en el rostro del judío explicación alguna de sus palabras, lo cogió con su manaza por el cuello de la chaqueta y lo zarandeó rudamente.

—¿Hablarás, ó te dejo sin respiración para siempre? Abre la boca de una vez y desembucha, porque me acaba la paciencia.

—Supongamos que ése que duerme ahí...—comenzó diciendo el judío.

Sikes se volvió á mirar al durmiente, como si no hubiera reparado en él hasta entonces.

—¿Y qué?—dijo volviendo á su primitiva posición.

—Supón que nos haya vendido á todos, que haya buscado gentes á propósito, que les haya dado cita en la calle para comunicarles nuestras señas, las de todos, y esto lo haya hecho deliberadamente, sin ser detenida, sorprendida, amenazada ó puesta á pan y agua para que confesase, ¿entiendes? Si no de propósito, por gusto, por satisfacción, por capricho. Supongamos que ha hecho todo eso—añadió el judío, cuyos ojos lanzaban rayos.—¿Qué harías?

—¿Qué haría?—replicó el bandido, lanzando una horrible blasfemia.—Que si estaba viva cuando yo llegara, le machacaría la cabeza con mis botas claveteadas, convirtiéndola en polvo.

—¿Y si hubiera sido *yo*?—aulló el viejo;—*yo* que conozco tantas cosas, y que podría hacer ahorcar á tanta gente conmigo...

—No sé—gruñó Guillermo, rechinando los dientes sólo de pensarlo;—pero si no podía en otra parte, aunque fuera en la propia Audiencia, y ante todo el mundo, te aplastaría el cráneo... Tengo bastante fuerza para ello.

—¿Y si fuesen Carlos, ó el *Tramposo*, ó Belita, ó...

—Sea el que fuere—interrumpió Sikes impaciente.—El que fuere, puede estar seguro de haber comido bastante.

Fagin contempló á Guillermo sin hablar palabra, y luego, indicándole silencio con el dedo en los labios, se acercó al colchón y despertó á Noé.

—¡Bolter, Bolter!... Vuélvelo á contar para que él oiga.

—¿Contar, qué?—preguntó Noé, frotándose los ojos.

—Lo referente á... Anita—dijo el judío, agarrando por el puño al bandido, como para evitar que se fuera sin escucharlo.—¿Tú la seguiste?

—Sí.

—¿Hasta el Puente de Londres?

—Sí.

—Y allí ¿se reunió con dos personas?

—Sí.

—Un caballero y una señora á quienes había citado allí antes, por propio impulso. Le pidieron que entregara á todos sus cómplices, empezando por Monk; ella dió sus señas... y de dónde se nos podría mejor espiar, y en qué sitio era más fácil hallarnos. ¡Lo ha hecho!... Y todo sin que la amenazaran, por su propia voluntad, sin titubear. ¿No es así?...

—Así es. Eso precisamente.

—¿Y qué ha dicho, referente al domingo anterior?

—¿Al domingo anterior?—repitió Noé reflexionando.—Ya se lo dije á usted antes.

—Otra vez; repítelo—rugió Fagin, echando espuma por la boca, sujetando con una mano el puño de

Guillermo, y blandiendo el otro brazo como loco furioso.—Repítele.

—*Le preguntaron*—dijo Noé, ya despierto del todo y entendiendo claramente lo que le decían—que cómo había faltado el domingo anterior, y ella dijo que no pudo ir...

—¿Y por qué? ¿Por qué? Dilo.

—Porque la había detenido en casa á la fuerza ese hombre de quien ya les había hablado.

—Y luego... luego... ¿qué dijo de ese hombre de quien ya les había hablado?... ¡Cuenta, cuenta!

—Que no le era fácil salir sin que él supiera adónde iba, y que la primera vez que salió para ver á la señora... ¡Ja, ja, ja!... ¡Cuánto me he reído al oírlo!... había hecho tomar á ese Guillermo láudano.

—¡Fuego del infierno!—rugió Sikes, desprendiéndose del judío bruscamente.—Suéltamel...

Rechazó con fuerza y lejos de sí al judío y lanzóse como un loco escaleras abajo. El viejo corrió tras de él.

—¡Una palabra, una palabra, Guillermo!...

La palabra no hubiera sido escuchada si el bandido hubiese podido abrir la puerta, ante la cual estaba aquél vomitando terribles juramentos, cuando llegó Fagin casi sin aliento.

—¡Abre y no me hables!... ¡Abre por tu vida! ¡Déjame en paz!...

—¡Oye una palabra!—dijo el judío, echando mano á la cerradura.—*No seas...*

—¿Qué?

—No seas... demasiado... violento, Guillermo.

—El alba había empezado á romper y había suficiente luz para que los dos malhechores pudieran verse mutuamente los pálidos rostros y desencajadas facciones; cambiaron una breve mirada: en los ojos de ambos brillaban rayos destructores, reflejándose sus siniestros pensamientos.

—*Quiero decir*—exclamó el judío, sin curarse de disfrazar sus sentimientos,—que obres con prudencia para no comprometerte... No te dejes llevar del primer impulso... Medita... Astucia...

Sikes no respondió, empujó al judío, abrió la puerta y se internó en las silenciosas calles.

Sin detenerse, sin meditar, sin mirar á derecha ó izquierda, al cielo ni á la tierra, emprendió su carrera, con salvaje resolución en sus ojos, los dientes apretados, sin murmurar una palabra ni contraer un músculo, hasta que llegó á la puerta de su casa. Abrióla suavemente, subió las escaleras sin ruido, penetró en la habitación, cerró por dentro con doble vuelta de llave y atrancó la puerta con un tablón grande y resistente, y separó las cortinas del lecho. Anita estaba en la cama medio desnuda, y se despertó al entrar Guillermo, incorporándose sobresaltada.

—¡Arriba!—dijo con brusquedad Guillermo.

—¿Eres tú, Guillermo?—exclamó con expresión de alegría por su regreso.

—Soy yo—replicó el bandido.—¡Arriba!

Una vela ardía cerca de la cama; el hombre se apresuró á sacarla del candelero y la arrojó á la chimenea. La joven, viendo que empezaba á hacerse de día, fué á descorrer la cortinilla de la ventana.

—¡Déjala!—dijo Sikes, poniendo una mano ante ella para estorbárselo.—Hay suficiente luz para lo que tengo que hacer.

—¿Por qué me miras así, Guillermo?—exclamó Ana, con voz ahogada por el terror.

El bandido la atrajo hacia sí, y por algunos segundos, con las narices dilatadas y el pecho oprimido, la estuvo contemplando; luego, cogiéndola por la cabeza y la garganta, la arrastró hasta en medio de la estancia, y echando una ojeada á la puerta, puso una de sus manazas sobre la boca de la muchacha.

—¡Guillermo, Guillermo!—murmuró la joven, luchando por desasirse con la fuerza que da un miedo mortal.—No... no daré ni un grito... ni uno... pero óyeme... háblame... dime lo que he hecho...

—¡Tú lo sabes bien, condenada!—gruñó el bandido contentiendo el aliento;—has sido espiada esta noche, y todas las palabras que has pronunciado son conocidas.

—Entonces, ¡preserva mi vida como yo he preservado la tuya!—replicó la muchacha estrechándose á él.—¡Guillermo, querido Guillermo... no tendrás coacción para matarme!... ¡Oh! Piensa en lo que he rehusado esta noche... sólo por ti... Si reflexionaras, te evitarías este crimen... ¡Por el amor de Dios, Guillermo... no, no te soltaré!... No conseguirás hacerme soltar... Guillermo, ¡por el Cielo, por ti, por mí, déjame antes de verter mi sangre!... No te he hecho traición; por la salvación de mi alma lo juro.

El hombre hizo un violento esfuerzo para soltar sus brazos; pero los de la moza le estrechaban convulsivamente, y no logró su propósito.

—¡Guillermo—exclamó la muchacha, tratando de apoyar su cabeza en el pecho de su amante,—Guillermo! El caballero ése y esa amable dama me han vuelto á proponer esta noche enviarme á cualquier país extranjero para que concluyera mis días felices honrada, tranquila y sin preocupaciones ni cuidados... Harán lo mismo por ti... si se lo pido... y juntos ó separados... sin que volvamos á vernos más... viviremos en paz y trataremos de olvidar... á no ser en nuestras oraciones... la vida que hemos llevado hasta ahora... Nunca es tarde para arrepentirse, Guillermo... así me lo han dicho... y ahora veo que decían verdad... pero necesitamos tiempo para ello; un poco de tiempo... un poco...

El bandido consiguió desprender uno de sus bra-

zos y sacó la pistola; pero, á pesar del furor que le enloquecía, comprendió que el disparo atraería gente y lo cogieran. Golpeó, pues, furioso con la culata en la cabeza de la joven, que se tambaleó y cayó, cegada por la sangre que brotaba de su frente; después, logrando con mucho trabajo arrodillarse, sacó de su seno un pañuelo, el que le había dado Rosa, se enjugó los ojos como pudo, y comenzó á pedir á Dios que la perdonase sus pecados. Era un espectáculo altamente dramático.

El ladrón retrocedió unos pasos tambaleándose, se apoyó en la pared un segundo, cogió un pesado martillo y remató á su víctima.

CAPITULO XVI

LA FUGA DE SIKES

Si el espectáculo resultaba horrible en el crepúsculo, al penetrar los primeros rayos de sol y bañar con su luz la habitación en donde se había cometido el crimen, adquiría un tinte más siniestro.

Sikes no había pensado en huir ni en cambiar de sitio. De pronto el cadáver experimentó como un sacudimiento, se estremeció el bandido, cogió la tranca y comenzó como loco á descargar golpes sobre la cabeza de su víctima, que nadaba en un lago de sangre. Para evitar el espectáculo de aquellos ojos vidriosos que parecían clavarse en él, cogió una cubierta de la cama y la arrojó sobre el cadáver; poco después la retiró y descubriólo nuevamente, pues los veía de todos modos y multiplicados en cada charco de sangre, que brillaba con rojo siniestro y temblaba á la luz del sol.

Rápidamente, y sin poder apartar la vista del cadáver, encendió fuego y echó en él el martillo y la tranca; algunos pelos se habían adherido á ellos, y al arder, enroscándose, produjeron ligeras llamas, como relámpagos, que le hacían estremecerse. Pensó en la huida: lavóse cuidadosamente las manos, se limpió la ropa y halló que no podía sacar algunas manchas: en vista de ello, cortó los pedacitos manchados de sangre, y los arrojó también al fuego; después abrió la puerta sin hacer ruido, siempre andando sin volver la espalda al cadáver; atrajo hacia sí al perro, que tenía las patas llenas de sangre, cerró la puerta con doble vuelta de llave y salió á la calle, lanzando desde allí una ojeada á la ventana para asegurarse de que no podía verse nada desde afuera.

La cortina estaba corrida; aquella cortina que la pobre Ana había querido descorder para que penetraran en la estancia los rayos del sol que ya no debía ver más. Sikes se sintió aliviado al verse en la calle, lejos del cadáver, que yacía cerca de la ventana; silbó

á su perro y se lanzó rápidamente hacia Highgate, donde se alza el monumento en honor de Whittington, pero á la aventura, atravesando caminos y colinas hasta llegar á los Campos de North Ead, donde se acostó y se durmió junto á un cercado.

Poco tardó en despertarse y reemprender su marcha, pero no alejándose, sino dirigiéndose á la capital por el camino real, reanudando el mismo trayecto que había hecho á campo-traviesa; buscando un sitio próximo á la gran ciudad y poco frecuenta-



...cogió un pesado martillo y remató á su víctima.

do. Mientras discurría el punto, andaba lentamente; se ocultaba á ratos, se acostaba á descabezar el sueño ó á descansar en alguna cuneta ó junto á algún vallado, y otras veces apresuraba la marcha.

¿Iría á Hendon? El lugar parecíale propicio, bastante cerca y suficientemente retirado de Londres. Caminó hacia allí, tan pronto corriendo, tan pronto á paso de tortuga, deteniéndose á veces largo rato para apalear con su bastón arbustos; pero, una vez allá, parecióle que hasta los chicos le miraban con aire desconfiado, y sin atreverse á pedir una gota de agua ni un pedazo de pan, aunque estaba en ayunas, salió del pueblo dirigiéndose, sin saber adónde, por el camino de Hampstead.

Al fin, extenuado por el hambre y la caminata, llegó á Hatfield poco después de las nueve de la noche, y se metió en una taberna donde vió luz; el perro le seguía cojeando. Unos cuantos campesinos, que estaban alrededor del fuego, se movieron para hacerle sitio; pero él se fué á un rincón para comer solo, ó por mejor decir en compañía del perro, á quien de vez en cuando echaba un bocado de pan. *Los aldeanos hablaban de sucesos locales que no le interesaban, y el bandido se ensimismó en sus pensamientos.*

La llegada de un buhonero charlatán, que fué saludada por los graciosos del lugar allí reunidos con mil bromas, y que, desatando sus paquetes y armando su mesa, quiso ver si hacía algún negocio, mezclando, como aconsejaba el viejo Horacio, lo útil á lo agradable, le hizo volver en sí.

—Y eso ¿vale para comer?—preguntó, señalando unas pastillas de jabón, un viejo aldeano con pretensiones de socarrón y gracioso.

—¿Esto?—dijo el sacamuelas, cogiendo una pastilla con el pulgar y el índice y mostrándola á la concurrencia.—Es una combinación infalible é indispensable para quitar toda clase de manchas, de roña, de lodo, de humedad, de lo que fueren, sobre toda clase de tejidos; manchas pequeñas ó grandes, en seda, en satín, en batista, en lana, en algodón, en merinos, en muselina, en hilo, en paño y telas de cualquier clase... No importa la clase de manchas: de fruta, de pintura, de agua, de cerveza... todas las manchas se limpian con esta combinación maravillosa, con esta pasta infalible é inapreciable... ¿Que una dama echa una mancha en su honor? Pues se engulle una de estas pastillas y queda completamente limpia... ¡Como que es un veneno!... ¿Que un caballero tiene que probar la limpieza del suyo? Pues con tragarse una de estas pastillas, nadie se atreve á pedirle más pruebas y todo el mundo se descubre á su paso... El resultado es tan satisfactorio como una bala de pistola, y de un sabor bastante más agradable... ¡Un penique la pastilla!... ¡Regalada! Por fin de temporada... Á tres peniques nos las arrebatan de las manos y no dan abasto á la fabricación de esta maravillosa é inapreciable pasta catorce molinos, seis máquinas de vapor y una pila eléctrica, que no cesan un instante de funcionar ni de día ni de noche... ¡Á un penique la pastilla!... Quita todas las manchas, sean de fruta, de cerveza, de pintura ó de sangre... ¡Calle! Aquí hay un sombrero de alguno de esta sociedad que tiene una mancha... ¡Verán ustedes qué pronto la sacol!...

—¡Venga mi sombrero!...—gritó Sikes furioso.

—Voy á limpiarlo, caballero—repuso el charlatán.—Antes de que tenga usted tiempo de llegar hasta mí, atravesando la sala para recobrarlo, que-

dará completamente limpia, sea de fruta, sea de pintura, sea de sangre...

No pudo continuar. Sikes, derribando la mesa, furioso, lanzando por su boca imprecaciones horribles, se lanzó sobre el charlatán, le arrebató su sombrero y largóse precipitadamente de la taberna, presa de la mayor agitación.

No tardó mucho en recobrarle al ver que nadie le seguía y que lo habían tomado, al parecer, por un borracho de mal genio, y reemprendió de nuevo el camino de Londres. De pronto se encontró con la mala, que venía de la capital y que se había detenido en la Oficina de Correos. Esquivando el resplandor de los faroles del coche, se detuvo á pocos pasos para escuchar lo que hablaban los empleados, aunque con temor de oír noticias desagradables.

—¡Vamos! ¿Despacháis?—gritó el conductor á los de adentro.

—¿Qué noticias traes de Londres, Benjamín?—preguntó el guardabosque.

—Poca cosa; el trigo ha subido algo... He oído hablar de un crimen cometido por Spittfields... pero no conozco los pormenores.

—¡Ha sido un horrible asesinato, según parece!—dijo un viajero sacando la cabeza por la ventanilla.

—¿De veras?—preguntó el factor.—¿Y ha sido hombre ó mujer?

—Una mujer—contestó el otro.—Suponen que...

—¿Vamos ó no vamos, Benjamín?—preguntó el cochero impaciente.

—¡Condenada valija!—gruñó el conductor.—Pero ¿es que os habéis echado á dormir por ahí dentro ó qué?

—Ahí va—repuso el jefe de la Oficina.

Poco después sonaba el cuerno, y la diligencia proseguía su marcha al trote largo de los caballos.

Sikes permaneció en la calle inmóvil, indiferente al parecer, y sin otra preocupación que la de pensar dónde pasaría la noche. Al fin volvió otra vez sobre sus pasos y emprendió el camino de Hatfield á San Albano; caminaba con paso resuelto; pero en cuanto dejó tras sí á Londres, al sumirse en la soledad y las tinieblas, se sintió invadido por un miedo cerval, por un terror loco; todos los objetos, reales ó imaginarios, que le rodeaban tomaban formas espantosas, y tras él creía ver incesantemente el cadáver de Anita, que le miraba con sus ojos vidriosos en medio de un charco de sangre y con las facciones enrojecidas por ese líquido; le veía adelantarse amenazador, oía el roce de sus vestidos con los arbustos del camino y cada soplo de viento llevaba á su oído el grito de la joven; aquel último grito desgarrador y ahogado con el cual se le escapó la vida.

Si se detenía, la visión hacía lo mismo; si corría, seguía, pero no corriendo, que esto hubiera sido un

alivio para él, sino rígida, como cadáver con sencillísimo mecanismo de vida y que el viento empujaba tras él. A veces volvíase con la energía de la desesperación, resuelto á rechazarlo, aunque sabía que carecía de vida; pero entonces se erizaban sus cabellos y sentía helársele la sangre en las venas; se apoyó en un poste; el espectro se detuvo á su lado; se tendió en el suelo, cara á la tierra, cerrando los ojos, y el fantasma, aquel espectro que no había dejado de ver un instante desde la madrugada, se colocó, rígido y siniestro, junto á su cabeza.

No se hable de asesinos que escapan de la Justicia acusando de dormir á la Providencia. Es más terrible que veinte muertes violentas un solo minuto de esa agonía que engendra el remordimiento.

Un cobertizo en un campo le brindó refugio por el resto de aquella larga y terrible noche, en la que no pudo pegar los ojos, viendo siempre por todas partes los vidriosos de su víctima, temblando como la hoja del árbol, bañada la frente de frío sudor; de pronto oyó gritos de desesperación y exclamaciones de sorpresa, ruido de tumulto lejano; pareció reanimarse al oír en aquella soledad voces humanas, y, reuniendo todas sus fuerzas, se levantó y salió del cobertizo.

El cielo parecía incendiado; el aire agitaba las llamas, desparramando lluvia copiosa de chispas que iluminaban el horizonte en varias millas á la redonda, y nubes espesas de humo eran empujadas por el aire. Los gritos se hicieron más claros á medida que se acercaba Guillermo; había una multitud en torno del incendio; el bandido, al ver de lo que se trataba, echó á correr para llegar antes á prestar auxilio; su perro le precedía ladrando fuertemente.

Desafiando el peligro, precipitose en medio de las llamas, multiplicándose en el trabajo, tan pronto en las bombas, ya lanzándose á través de las llamas y el humo para salvar gente ú objetos. Se metía donde había más ruido y más peligro, viéndosele arriba y abajo de las escalas, en los tejados, por suelos que amenazaban ruina y trepidaban bajo sus pies; estuvo por todas partes y parecía invulnerable; no padeció ni una contusión, ni un arañazo. Por fin, al romper el alba, dominose el incendio, si bien es cierto que no quedaba en el lugar del siniestro más que ruinas ennegrecidas y humo.

Tras estos momentos de agitación febril, volvió á su espíritu con más fuerza que antes el recuerdo de su crimen. Miraba con recelo en torno suyo y se apartaba temeroso de todo grupo por no oír hablar del asesinato. Decidió marcharse, sin llamar la atención, é hizo una señal enérgica al perro, que le obedeció; pero varios hombres sentados junto á una bomba le llamaron, invitándole á tomar un bocado en su compañía; acercose, comió un pedazo de pan

y un trozo de carne, y cuando empezaba á vaciar un vaso de cerveza, uno de los bomberos, que había ido de Londres, comenzó á hablar del asesinato.

—Parece que se ha escapado á Birmingham—agregó;—pero lo atraparán en seguida, pues la policía anda á sus alcances. Mañana á la noche habrán circulado sus señas por todo el reino.

Sikes se apartó precipitadamente, y continuó su marcha hasta que no pudo más. Entonces se echó al borde de un camino, durmiendo largo rato, pero



—¡Aquí! ¿No oyes que te llamo?—gritó Sikes.

con penoso é intranquilo sueño. Al levantarse comenzó á mirar á todas partes irresoluto. ¿Adónde dirigirse? De pronto tomó una resolución, un partido desesperado: el de volver á Londres.

—Á lo menos allí tendré alguien con quién hablar, suceda lo que suceda—se dijo.—Hay buenos escondites y será donde menos tratarán de buscarme, creyéndome por provincias... ¿Por qué no permanecer en Londres una semana ó cosa así, y obligar á Fagin á que me dé con qué largarme á Francia?... ¡Voto á...! Voy á arriesgarme.

Decidido á ello, se fué acercando á Londres por los caminos menos frecuentados, resuelto á permanecer

cerca de la ciudad; oculto hasta el anochecer, y penetrar en Londres entre sombras... Asaltóle el pensamiento de que el perro era su perdición. No dejarían de dar por todas partes sus señas, de mencionar al perro, que, habiendo desaparecido, debían suponer que le había seguido. Esto podía contribuir á que lo arrestaran en las calles.

Resolvió, pues, ahogarlo; y mientras seguía andando buscaba con la vista un estanque ó una acequia honda; preparándose de antemano, cogió una gran piedra y la ató bien sujeta á su pañuelo. El perro contemplábase meneando la cola; y sea que su instinto le advirtiera un peligro, bien que una mirada siniestra de su amo le hubiera puesto sobre aviso, se fué quedando algo atrás, y cuando Guillermo, deteniéndose á la orilla de un pantano, le llamó, el animal se hizo el desentendido.

—¡Aquí! ¿No oyes que te llamo?—gritó Sikes.

El can dió dos pasos hacia su dueño, impulsado por la fuerza de la costumbre; pero en breve los desanduvo y permaneció quieto; el bandido se acercó á anudarle el pañuelo al cuello; pero el can, gruñendo y moviendo la cola, retrocedió más.

—¡Aquí! ¡Ven!—dijo el ladrón.

Pero el perro no quiso; avanzó, retrocedió, se detuvo un instante y echó á correr á toda prisa.

El hombre silbó una vez y otra vez, se sentó, aguardó, volvió á llamar, y tuvo que volver á proseguir su camino sin tener más noticias del perro.

CAPÍTULO XVII

DE LA CONVERSACIÓN ENTRE MONK Y EL SEÑOR BROWULOW, INTERRUMPIDA POR LAS NOTICIAS DEL DOCTOR

Comenzaba á obscurecer cuando el Sr. Browulow descendió de un landó á la puerta de su casa. Una vez abierta la puerta, un hombre robusto descendió del carruaje y otro no menos fornido del pescante, sacando entre los dos, á una seña del caballero, á un cuarto personaje, al que pusieron en medio y obligaron á entrar en la casa. Ese último individuo era Monk.

Subieron la escalera tras el dueño de la casa, y penetraron en una habitación de la parte de atrás de ella. El caballero la atravesó y abrió otra puerta; Monk, que había seguido hasta allí con evidente repugnancia, se detuvo; los dos hombres miraron al Sr. Browulow, como aguardando instrucciones.

—Él sabe lo que le conviene y á lo que se expone—repuso el anciano.—Si se resiste, si mueve un solo dedo sin vuestro consentimiento, arrastradlo á la calle, llamad á la policía y hacedlo arrestar en mi nombre como falsario.

—¿Cómo se atreve usted á decir eso de mí?—increpó Monk.

—¿Y cómo se atreve usted á ponerme en ese trance, joven?—replicó el Sr. Browulow.—¿Sería usted tan insensato que quisiera salir de esta casa? Soltadle... ¡Vamos, señor, que ya está usted libre! Es usted libre para irse, y nosotros para seguirle... Pero lo juro por lo más sagrado, que en cuanto ponga usted el pie en la calle, lo hago detener por fraude y robo... Mi resolución es inquebrantable... Si la de usted lo es también, caiga su sangre sobre su propia cabeza.

—¿En virtud de qué autoridad ó mandato me ha secuestrado usted en la calle y me ha hecho traer aquí por esos perros?—dijo Monk mirando uno tras otro á los dos sujetos que permanecían de pie, impasibles, á su lado.

—Por mi propia autoridad, y yo asumo personalmente toda la responsabilidad del hecho. Si cree usted coartada su libertad, se lo repito, recurra usted á las autoridades en defensa de sus derechos, cosa que ya pudo usted hacer por el camino; pero juzgó más prudente callarse. También yo recurriría entonces á la ley... y recurriré si me impulsa usted á ello con su proceder; pero en ese caso no me acuse usted de lo que le sobrevenga: acúcese á sí mismo.

Monk, desconcertado é inquieto, vacilaba.

—Vamos; decidase pronto por un partido ú otro—exclamó el caballero con firmeza y cortesanía.—Si prefiere usted que le persiga judicialmente y atraerse un castigo cuyo pensamiento sólo me hace estremecer, váyase; si, por el contrario, quiere usted apelar á la indulgencia de aquellos á quienes ha hecho tanto daño, siéntese usted sin hablar más en ese sillón que hace días aguarda el peso de su cuerpo.

Monk murmuró algunas palabras ininteligibles y permaneció inmóvil... sin resolverse.

—¡Pronto!.. Si me obliga usted á decir una palabra, será tarde.

El hombre titubeaba aún.

—No tengo inclinación al parlamentarismo, ni el derecho de perder el tiempo en contemplaciones representando como represento sagrados intereses ajenos.

—¿No hay—balbuceó Monk,—no hay otro medio?—No.

Monk miró al anciano, intranquilo; pero al ver su actitud firme y resuelta, entró en el gabinete y se sentó en el sillón que le habían señalado, encogiéndose de hombros.

—Cerrad la puerta por fuera con doble vuelta de llave, y aguardad aquí. Al primer campanillazo, acudid—ordenó el caballero á los dos fornidos servidores.

Los dos caballeros quedaron solos frente á frente.

—Para ser un antiguo amigo de mi padre, me

trata usted de un modo admirable—exclamó Monk, quitándose sombrero y abrigo.

—Porque fui antiguo amigo de su padre de usted, joven; porque las esperanzas y los deseos de los felices años de mi juventud se cifraron en su encantadora hermana, á quien Dios llamó á Sí en la primavera de su vida, dejándome solo y triste aquí abajo; porque se arrodilló conmigo junto al lecho de muerte de esa hermana querida el mismo día en que debía haberse unido á mí... porque desde entonces, y á pesar de sus faltas y extravíos, fué un hermano para mí... por todos esos recuerdos adorados que en mí viven y que la presencia de usted reanima, es por lo que estoy dispuesto, Eduardo Leeferd, á tratarle con benevolencia aun ahora, aun ahora en que ha deshonrado usted su nombre.

—El nombre no importa—dijo el otro después de haber considerado en silencio y con sorpresa la emoción del anciano.—¿Qué tiene que ver el nombre con esto?

—Nada para usted, ya lo sé—respondió el caballero.—Pero ese nombre era el *suyo*, y á pesar de los años transcurridos no puedo olvidar la emoción que me causaba el oírlo pronunciar aun por personas extrañas... Y me alegro mucho de que haya usted tomado otro.

—Todo eso está muy bien—objetó Monk (seguiremos designándolo por su nombre *de guerra*) tras largo silencio, durante el cual manifestó extraña desconfianza. El señor Browulow se había dejado caer en la butaca y se cubría el rostro con las manos.—Todo eso está muy bien; pero ¿adónde quiere usted ir á parar?...

—Tiene usted un hermano—replicó el anciano dominando su emoción;—un hermano cuyo nombre le dije á usted al oído cuando le seguía por la calle, y el cual ha bastado para que se decidiera usted á acompañarme, lleno de sorpresa y de temor.

—No tengo hermano. Bien sabe usted que soy hijo único—exclamó Monk.—¿A qué viene hablarme de esa historia?

—Escuche lo que tengo que decirle y que no dudo le interesará—repuso el señor Browulow.—Ya sé, en efecto, que de aquel desdichado matrimonio que obligaron á contraer á mi amigo, siendo casi un adolescente, por orgullo de la familia y mezquina y sórdida ambición, es usted el único y extraño fruto.

—No me importan las audacias de palabra—interrumpió con risa insolente Monk.—Me basta que reconozca usted el hecho.

—Pero sé también—prosiguió el anciano—las angustias, los dolores, las desdichas que engendró aquella antipática unión; sé cuán pesada resultó para ambos la cadena con que el mundo los había ligado, envenenando la existencia de los dos; y sé

cómo á la fría urbanidad sucediéronse las disputas violentas; cómo la indiferencia cedió su plaza á la antipatía, la antipatía al odio, el odio á la desesperación... hasta que se separaron y, no pudiendo romper los fatales lazos que los ataban hasta la muerte, trataron de ocultarlos á la nueva sociedad más alegre con la cual se mezclaron buscando venturas y satisfacciones... Su madre de usted consiguió muy pronto olvidar; pero su padre tuvo largos años el corazón ulcerado.

—Bueno; se separaron, ¿y qué?—objetó Monk.

—Poco después de la separación, su madre de usted encontró en el Continente las distracciones frívolas que le hicieron olvidar enteramente á su marido, diez años por lo menos más joven que ella, mientras que éste, cuyo porvenir habían ensombrecido aquellos lazos, quedó en Inglaterra. Creo que estos pormenores no serán ignorados por usted...

—En absoluto—contestó Monk desviando los ojos y golpeando el suelo con el pie, como resuelto á encastillarse en la negativa.—Los ignoraba en absoluto.

—Sus maneras, no menos que sus acciones, me demuestran lo contrario. He hablado á usted de hechos acaecidos hace quince años, cuando ya contaba usted once y su padre frisaba en los treinta y uno. Repito que era un adolescente cuando su padre, el abuelo de usted, le obligó á casarse. ¿Tendré que recordar sucesos que arrojan una mancha sobre la memoria de su padre de usted, ó quiere usted evitármelo descorriendo el velo...?

—No tengo velo alguno que descorrer. Siga usted su cuento, si eso le agrada.

—Entre los nuevos amigos de su padre de usted figuraba un oficial de Marina retirado, viudo desde hacía seis meses, y con dos hijas, única prole que le quedaba; de diez y nueve años y hermosa como el Sol la una; de dos ó tres años la otra. Eran vecinos; su padre de usted tenía atractivos como pocos y el talento y la gracia de su hermana... El anciano oficial se aficionó á él muy pronto y... ¡pluguiese al Cielo que hubiera sido él solo!... ¡También su hija le amó apasionadamente!

El caballero se detuvo. Monk se mordía los labios y tenía obstinadamente los ojos fijos en el suelo. En vista de ello, el Sr. Browulow prosiguió:

—Al cabo de un año había contraído compromisos solemnes con esta joven pura y candorosa á quien amaba apasionadamente por primera vez.

—Su cuento de usted es largo en extremo—observó Monk,—moviéndose intranquilo y receloso en su asiento.

—Es una historia verdadera de desdichas, dolores y tristezas, joven, y estas historias suelen ser largas. Una historia venturosa puede contarse en pocas pa-

labras. Al fin, uno de los ricos parientes que más habían contribuido á sacrificar á su padre de usted, para compensarle de algún modo le dejó al morir lo que el hombre creía panacea infalible contra las penas de este mundo: dinero. Era forzoso ir inmediatamente á Roma, donde había fallecido el testador, dejando algo embrollados sus asuntos. Llegó á la capital de Italia y enfermó gravemente; lo supo su madre de usted y se apresuró á ir, llevándole á usted consigo... Al día siguiente de llegar ustedes murió mi amigo *abintestato... no había testamento... ¿me entiende usted?... De modo que se apropiaron ustedes de toda su fortuna.*

Al llegar á este punto de su relato, Monk escuchaba con aire singularmente atento, conteniendo la respiración, aunque no miraba al narrador; cuando se detuvo el Sr. Brownlow, el otro dió un suspiro de alivio, cambió de postura y pasóse las manos por el rostro, que parecía arderle.

—Antes de emprender su viaje, mi amigo pasó por Londres y vino á verme—continuó el caballero lentamente y mirando con fijeza á su interlocutor.

—No lo sabía—dijo Monk en tono de fingida incredulidad, pero revelando desagradable sorpresa.

—Vino á verme y me dejó, entre otras cosas, un retrato; un retrato pintado por él mismo, de aquella pobre niña; retrato que no podía llevar consigo ni quería abandonar... La ansiedad y los remordimientos lo habían reducido como á una sombra de sí mismo; hablóme en términos vagos de haber perdido y deshonrado á una doncella; confióme sus intenciones de convertir su herencia en dinero, asegurar á su esposa y á usted una renta decente y expatriarse. Entendí perfectamente que no emigraría solo, y no le he vuelto á ver más. Aun de mí, su amigo de la infancia, cuyo vínculo amistoso había remachado para siempre aquel cadáver querido é inolvidable; aun de mí recató una confesión completa, prometiéndome decírmelo todo por carta... y volver á visitarme por última vez... ¡Ay! Fué aquella la última... Ni le volví á ver, ni recibí carta suya.

Tras una corta pausa, prosiguió:

—Al saber su muerte me dirigí en seguida al teatro de (usaré el término que usaría el mundo, ya que se halla ahora por encima de rigores é indulgencias terrenas), al teatro de su culpable amor, resuelto, si mis sospechas se realizaban, á ofrecer á la pobre niña abandonada un corazón para compadecerla, un hogar donde se refugiase y un nombre que rehabilitase el manchado suyo... Una semana antes de mi llegada, la familia había desaparecido... Nadie pudo informarme del motivo y término de su viaje.

Monk respiró más libremente y miró en torno con sonrisa de triunfo.

—Cuando su hermano—agregó Brownlow acercando su silla más á Monk,—débil, harapiento, abandonado, se cruzó en mi camino, impulsado por una mano más fuerte y poderosa que el azar, y fué substraído por mí á la vida de vicio é infamia...

—¿Qué?—interrumpió Monk asombrado.

—Ya sabía yo que concluiría por interesarle mi relato... Por mí, sí; veo que el canalla de su socio omitió mi nombre; sin duda creyó que le era á usted desconocido. Cuando, substraído por mí á su vida de infamia, se restableció en mi casa de su enfermedad, me sorprendió profundamente su gran semejanza con el retrato de que acabo de hablar á usted. Desde que le vi, á pesar de su miseria y de sus harapos, observé en su rostro cierta expresión de languidez que me recordó como en sueños á aquella mujer que me había sido tan querida... No necesito contar á usted cómo fué secuestrado en la calle antes de que me hubiera relatado su historia.

—¿Por qué no?—preguntó Monk vivamente.

—Porque conoce usted esos pormenores tan bien como yo.

—¿Yo?...

—Es inútil que niegue. Demostraré á usted que sé muchas otras cosas.

—Usted... usted... no puede probar nada contra mí—balbuceó Monk.—Le desafío á que lo haga.

—Ahora lo veremos—repuso el caballero, lanzando al otro una mirada escrutadora.—Perdí al niño, y todos mis esfuerzos para recobrarlo fueron inútiles. Muerta su madre de usted, sabía yo que el único que podía resolver el problema era usted... Me dijeron que había usted partido para las Indias Occidentales, y me embarqué para América. Allí supe que estaba usted en Londres, aunque nadie pudo darme su dirección, y vine en su seguimiento... Había usted vuelto á frecuentar las infames compañías de cuando era usted un adolescente vicioso é ingobernable... A fuerza de inquirir, de buscar, de recorrer noche y día las calles, le vi á usted hace unas dos horas...

—Y ahora está usted viéndome á su placer—interrumpió nuevamente Monk, poniéndose en pie.—¡Vaya, concluyamos!... Fraude y latrocinio son palabras muy sonoras; pero, aunque parezca justificarlas ante usted no sé qué parecido con un píffuelo que supone usted es mi hermano... acusan por lo menos ligereza de parte de usted, puesto que ignora si de aquellos amores nació un hijo... lo ignora usted.

—Lo ignoraba—repuso Brownlow, levantándose también,—pero lo he averiguado hace quince días. Tiene usted un hermano, lo sabe usted, y le conoce; existía un testamento, su madre de usted lo destruyó y se lo confesó así á usted al morir; el testamento era á favor de ese niño, al cual encontró usted y co-

noció por el parecido que tiene con su padre... Marchó usted al lugar de su nacimiento, adquirió usted las pruebas ocultas durante mucho tiempo de su origen y parentesco... y las destruyó usted, jactándose de ello ante su cómplice el judío, en estas mismas palabras: «*Las únicas pruebas de la identidad de ese chiquillo están en el fondo del río, y la vieja bruja que las recibió de la madre se pudre en la tumba*». Hijo desnaturalizado, cobarde, embustero, tertuliano en las sombras de la noche de las madrigueras de ladrones y asesinos, bandidos cuyos infames complots han causado la muerte violenta de quien valía millones de veces más que usted; hijo criminal que desde niño laceró profundamente el corazón de su padre; que lleva en su rostro, espejo del alma, las huellas de vergonzosas enfermedades.... Eduardo Leeford, ¿se atreve usted a desafiarme?...

—¡No, no, no!—murmuró el cobarde agobiado por tantos cargos.

—Cada palabra que ha cruzado usted con ese detestable canalla, sin exceptuar una sola—exclamó el anciano con voz vibrante,—me es conocida; las sombras que usted veía en la pared las recogían para contármelas fielmente... la vista de ese niño perseguido con tal encarnizamiento por usted, ha hecho que el mismo vicio se conmoviera y recobrase el valor y los atributos de la virtud... Moralmente cuando menos, ha participado usted en ese execrable asesinato.

—No, no—protestó Monk;—juro que no sabía nada; iba á informarme cuando usted me encontró; lo atribuía á una querrela infame ordinaria.

—Esa mujer ha sido asesinada por haber revelado una parte de sus secretos... ¿Quiere usted revelar lo demás?

—Sí.

—¿Quiere usted escribir de su puño y letra una relación de los hechos y ratificarla ante testigos?

—Lo prometo también.

—¿Quiere usted permanecer aquí hasta que esté redactado el documento y acompañarme adonde deba hacerse la ratificación?...

—Sí, siempre que usted cumpla lo prometido.

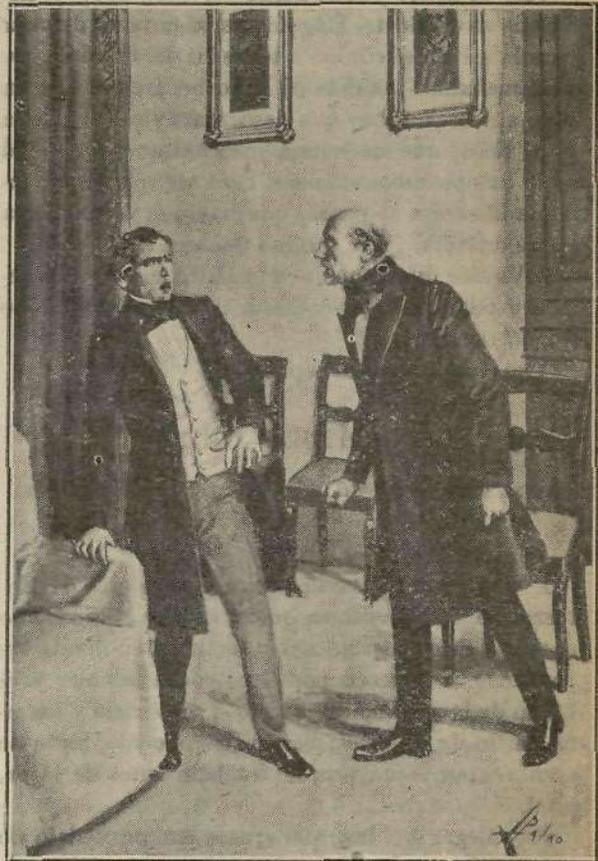
—He dado mi palabra. Y debe usted hacer más: debe usted restituir á su inocente hermano la fortuna que le corresponde. No habrá usted olvidado las cláusulas del testamento y debe usted darle cumplimiento... después, puede usted ir adonde se le antoje... sin necesitar hablarnos más en este mundo.

Monk se paseaba arriba y abajo por la estancia, luchando entre el temor y el odio, reflexionando con aspecto sombrío acerca de la proposición y del modo de eludir la devolución de la fortuna paterna, cuando la puerta se abrió bruscamente y un caballero (el Sr. Losberne) entró muy conmovido en la estancia.

—El hombre será cogido—exclamó;—será cogido esta misma noche.

—¿El asesino?—preguntó Browulow.

—Sí, sí—contestó el otro.—Han visto á su perro vagar por los alrededores de una vieja guarida, y sin duda ninguna su amo está allí oculto ó irá á ocultarse durante la noche... La policía vigila por todas partes y no puede menos de caer en su poder... He hablado con los individuos encargados de cogerle y me han dicho que es imposible que se escape; el Go-



...¿se atreve usted á desafiarme?

bierno ha ofrecido una recompensa de cien libras esterlinas al que le coja.

—Y yo daré cincuenta más. Voy á hacerlo publicar inmediatamente. ¿Dónde está el Sr. Maylie?

—¿Enrique? Tan pronto como ha visto llegar aquí felizmente á su amigo de usted—dijo el doctor, señalando á Monk—ha marchado al lugar donde se supone pueda ser capturado el bandido.

—¿Y el judío?

—No ha sido cogido todavía, pero lo cogerán también esta misma noche... Es cosa segura.

—¿Ha decidido usted ya?—preguntó Browulow á Monk, aproximándose á él y en voz baja.

—Sí—respondió éste.—Pero... pero... ¿no será perseguido? ¿Me guardará usted el secreto?

—Palabra. Quédese aquí hasta que yo vuelva. Es su única esperanza de salvación.

Salieron los dos amigos, y se cerró de nuevo la puerta.

—¿Qué ha conseguido usted?—susurró el doctor al oído de Browulow.

—Todo lo que esperaba, y aún más: uniendo los datos que nos suministró la desdichada Anita con los que yo tenía por mi parte, lo he encerrado en un círculo de hierro y le he hecho ver claramente el horror de su conducta. Hágame usted el favor de citar para la solemne reunión á todos los del Comité... pasado mañana á las siete de la noche. Iremos allá un poco antes; pero hay que descansar, y sobre todo la Srta. Rosa, que necesitará más ánimo y serenidad de lo que podemos suponer. Pero me voy: se me inflama la sangre al pensar que hay que vengar á esa pobre criatura. ¿Qué camino tomaron?

—Váyase directamente á la Delegación, y aún llegará usted á tiempo—contestó el Sr. Losberne.—Yo me quedo aquí.

Y los dos amigos se separaron.

CAPÍTULO XVIII

DONDE SE VERÁ EL FIN QUE TUVO EL ASESINO DE ANITA

A la orilla del Támesis, cerca de la iglesia de Rotherhithe, en ese sitio en que el río está bordeado de chozas y guaridas ruinosas y sucias, y en donde los barcos se ennegrecen por el polvo de la hulla y el humo de las chimeneas, existe el más sucio y extraño barrio de Londres; barrio desconocido, hasta de nombre, por la mayoría de los habitantes de la capital.

Para llegar á él hay que cruzar por un dédalo de callejones estrechos, irregulares, fangosos, en los cuales se hacinan la población más miserable y grosera de las orillas del gran río, y en cuyas tiendas sólo se venden los objetos más indispensables á las clases indigentes.

En dicho barrio, más allá de Dockhead, en el arrabal de Southwark, hállase la isla de Jacobo, rodeada de una zanja fangosa de unos seis ú ocho pies de profundidad, y de una anchura de quince ó veinte, que llamaban antes Mill Pond, y que, en la época de esta historia, se conoce con el nombre de Folly Ditch. Esta zanja se surte del agua del Támesis, teniendo sus correspondientes esclusas como cualquier canal más importante. Para buscar un refugio en esta isla, cuyas tiendas están vacías y las casas en ruina, es preciso tener poderosísimas razones para ocultar-

se ó estar falto en absoluto de todo recurso para pagar no importa qué pocilga.

En una de esas miserables viviendas, sólidamente defendidas con puertas y ventanas y cuya parte posterior daba al foso, canal ó zanja de que se ha hecho mención, había tres hombres que ora cambiaban entre sí miradas inquietas, como si aguardaran algún grave acontecimiento, ora permanecían ensimismados, inmóviles y silenciosos: eran Tobías Crackit, Tomás Chitling y un ladrón de más de cincuenta años, con la nariz partida y la cara cortada por una cicatriz enorme; señales las dos, probablemente, de su bravura; éste era un evadido de presidio y respondía al nombre de Kags.

—Hubiera sido preferible que hubieras buscado otro alojamiento en vez de venirte aquí, camarada—dijo de pronto Tobías.

—Esperaba haber sido mejor recibido—contestó el Sr. Chitling melancólicamente.

—Mira, muchacho; cuando uno se toma la molestia de tener una casa para él solo, como yo he hecho, y donde nadie pueda meterse á ver y oler, es poco agradable recibir la visita de un caballero como tú, por más placer y agrado que pueda tenerse en echar alguna partida de cartas con él.

—Especialmente, joven—añadió el Sr. Kags,—cuando el inquilino en cuestión acaba de compartir su casa con un amigo llegado de improviso de fuera y demasiado modesto para pasar su tarjeta á las autoridades.

Hubo un momento de silencio que rompió Tobías, incapaz de continuar la conversación en tono festivo, preguntando:

—¿Cuándo fué cogido Fagin?

—Precisamente cuando estábamos comiendo: á las dos de la tarde. Carlos y yo tuvimos la suerte de poder escapar; Bolter trató de ocultarse dentro del cubo del agua, pero sus largas piernas lo denunciaron y lo llevaron en compañía del judío.

—¿Y Belita?

—¡Pobre Isabell! Le dió un ataque al ver el cadáver, y le pusieron la camisa de fuerza...

—¿Qué ha sido del joven Carlos?—dijo Kags.

—Estará aguardando que sea de noche para venir, pero no tiene más remedio que hacerlo, porque la posada de *Los tres cojos* ha sido convertida en ratonera. Hay *moscones* en el mostrador, y no sale de allí nadie que entra sino entre guardias... Yo los he visto.

—¡Es terrible!—murmuró Tobías mordiéndose los labios.—Más de uno le seguirá.

—La sumaria habrá empezado ya—añadió Kags. Si Bolter, como lo hará indudablemente, carga contra Fagin, el proceso se llevará al vapor. Probablemente se sentenciará el viernes, y con seguridad danzará en el aire el lunes ó martes.

—Bolter ha debido de ser el que lo denunció.

—¡Si hubierais visto como yo la multitud furiosa contra él!—A duras penas han podido los guardias, rodeándonos, librarle de ser despedazado... ¡Era horrible!... Momentos hubo en que consiguieron derribarle al suelo... Se agarraba á los guardias como si fueran sus mejores amigos. Tenía la cara llena de sangre, livido de terror, mirando como un loco...

—¡Ah!... ¡Qué horrible!... ¡Qué gritos!... ¡Qué imprecaciones!...

Y Chitling, horrorizado al recuerdo de aquella escena, se tapó los oídos con las manos, y con los ojos cerrados recorrió el cuarto tambaleándose. Mientras se entregaba á ese ejercicio, acaso higiénico, y los otros miraban silenciosos al suelo, oyóse un ruido extraño en la escalera, y casi en seguida se precipitó en la estancia el perro de Sikes. Miraron por la ventana, bajaron la escalera; la puerta de la calle estaba cerrada; el perro había entrado saltando por una ventana abierta del piso bajo.

—¿Qué significa esto?—preguntó Tobías, cuando volvieron de su inspección.—No es posible que venga... Es... espero que no...

—Si hubiera debido venir, hubiera venido con el perro—observó Kags, inclinándose para examinar al animal, echado en el suelo y jadeante.—Démosle un poco de agua... Se conoce que ha corrido mucho. El perro bebió con verdadera avidez.

—¿Lo veis?—añadió Kags.—No ha dejado una gota; está cubierto de lodo y cojea; debe de haber trotado de lo lindo.

—¿De dónde puede venir así?—reflexionó Tobías.—Debe de haber estado en alguna otra madriguera, y viéndose entre gentes desconocidas, se vino acá, donde ya había estado otras veces. Pero ¿dónde ha abandonado á su amo y por qué viene solo?...

—No se habrá matado—dijo Chitling, no atreviéndose á nombrar al asesino.—¿Qué os parece?

Tobías inclinó su cabeza sobre el pecho.

—Si lo hubiera hecho—objetó Kags,—el animal trataría de llevarnos adonde estuviera el cadáver.

El perro, sin interesarse en tales conjeturas, deslízase bajo una silla y se acomodó tranquilamente para dormir. Se había hecho de noche; cerraron los postigos y encendieron una vela, pegándola con unas gotas de sebo á la mesa, que servía de candelero. Sentáronse muy cerca, estremeciéndose al menor ruido, y permanecieron un buen rato en silencio. Oyeron de pronto golpes precipitados en la puerta de la calle.

—Debe ser Carlillos—observó Kags.

Llamaron de nuevo. No era Bates; nunca llamaba así. Crackit asomóse á la ventana, y no tuvo necesidad de decir quién llamaba: su rostro livido, y el perro, que se levantó y corrió hacia la puerta gruñendo, lo decían perfectamente.

—Tenemos que abrirle—dijo Tobías, cogiendo la vela.

—¿Es indispensable?—preguntó Kags con voz sorda.

—Sí; debemos abrirle.

—No nos dejes á obscuras—murmuró Kags, cogiendo otra vela y encendiéndola con mano tan temblorosa que no atinaba á hacerla.

Sikes, envuelto en un tapabocas, penetró en el cuarto, se detuvo en medio, descubrióse, dejando ver un rostro cadavérico, ojos hundidos, barba de tres días y cejas fruncidas; parecía la sombra, el espectro de sí mismo. Puso su mano en el respaldo de una silla, se estremeció, fué á sentarse, vaciló un instante, arrojó el asiento á la pared y se sentó por fin.

—¿Cómo ha venido aquí el perro?—preguntó después de un buen espacio de silencio y con voz sorda que emocionó á sus oyentes.

—Solo: hace tres horas.

—Un diario de la noche dice que Fagin ha sido preso; ¿es cierto?

—Cierto.

Otro silencio embarazoso.

—¡Condenados seáis todos!...—gruñó Guillermo, pasándose la mano por la frente.—¿No tenéis nada que decirme?

Se miraron uno á otro con embarazo, pero nadie habló.

—Tú, dime, ya que eres el amo de casa—dijo el asesino á Crackit.—¿Tienes el propósito de venderme, ó me darás asilo hasta que termine la caza?

—Puedes permanecer, si crees que aquí estás á salvo—contestó el interpelado, tras leve vacilación.

Sikes dirigió lentamente la mirada á la pared en que se apoyaba el respaldo de su silla, y balbuceó en voz baja:

—¿Y... el... el... cadáver... es... está en...terrado?

Le dijeron que no con la cabeza.

—¿Por qué no lo han hecho?—siguió siempre con el rostro hacia la pared.—¿Para qué conservar esas...? ¿Quién llama?

Tobías hizo un gesto para tranquilizarle y salió, volviendo á poco con Carlos Bates, quien la primera persona que vió allí fué á Sikes, que estaba frente á la puerta, y retrocedió vivamente.

—¿Por qué no me lo has advertido, Tobías?—preguntó el muchacho.

Había sido tan poco simpática la acogida hecha por los tres ladrones al asesino, que éste, deseoso de algún apoyo, quiso congraciarse con el muchacho y, poniendo la cara más agradable que le era posible, le tendió la mano.

—Permíteme pasar á otra habitación—dijo Bates, dando otro paso atrás.

—Carlitos—dijo Guillermo adelantando hacia él;—¿no... no me conoces?

—¡No te acerques, monstruo!—exclamó el muchacho dando otro paso atrás y mirando con horror la faz del asesino.

El hombre se detuvo á la mitad de su camino; los tres bandidos se miraron unos á otros con asombro; Sikes bajó lentamente los ojos y los clavó en el suelo.

—¡Testigos los tres!—exclamó con energía el muchacho blandiendo el puño y excitándose más y más conforme hablaba.—¡Sed testigos! No le tengo miedo; si vienen aquí á buscarle, lo entregaré; lo entregaré, repito. Puede matarme si quiere ó si se atreve; pero si no estoy muerto, si puedo hablar, le denunciaré. Lo denunciaría aunque fueran á quemarlo á fuego lento para quitarle esa vida despreciable. ¡Asesino!... ¡Socorro!... ¡Al asesino!... Si alguno de vosotros tres tiene corazón de hombre, ayúdeme... ¡Al asesino!... ¡Al asesino!... ¡Socorro!... ¡Vamos con él!... ¡Socorro!...

Lanzando estos gritos penetrantes, acompañados de gesticulación violenta, y á cada instante más excitado, Carlos acabó por lanzarse él solo valerosamente contra el fornido malhechor, con tal energía y de un modo tan imprevisto, que le hizo caer pesadamente al suelo.

Los tres espectadores quedaron estupefactos; no se atrevieron á intervenir en la lucha, y el hombre y el muchacho rodaron por tierra agarrados uno á otro: sin que los rudos golpes que llovían sobre él le conmovieran ni le hiciesen cesar en su porfía, Carlos seguía gritando socorro y tratando de aferrar con sus manos el cuello del asesino.

La lucha era demasiado desigual, sin embargo, para prolongarse mucho; Sikes consiguió desembarazarse del adolescente, que quedó en el suelo, gritando siempre, y se disponía á aplastarle la cabeza á patadas, cuando Tobías le tocó en la espalda y con una mirada de alarma señalóle la ventana. Brillaban luces en la calle, oíase tropel de gente, rumor imponente de voces, y se oían los cascos de un caballo resonar en el empedrado; en seguida llamaron rudamente á la puerta, y llegaron distintos hasta ellos los gritos de furor de la muchedumbre.

—¡Socorro!... ¡Al asesino!... ¡Está aquí!... Echad la puerta abajo! ¡Socorro!—aullaba Carlos con toda su voz.

—¡Abrid en nombre del Rey!—gritaron varias voces; y la multitud lanzaba denuestos contra el asesino, mientras puerta y ventanas recibían violentos golpes.

—¡Abridme un cuarto de la parte de atrás, donde pueda encerrar á este maldito!—ordenó Sikes; y arrastrando tras sí fácilmente á Carlos, lo encerró.—

¿Está bien cerrada la puerta de la calle?—preguntó luego á Tobías.

—Con doble vuelta y echada la barra. Además es recia y sólida la madera.

—¿Y la de las ventanas?

—También.

—¡Condenados!—gruñó el asesino, amenazando á la muchedumbre.—¡Todavía no me habéis cogido!

Los tres ladrones estaban como atontados; la multitud seguía gritando furiosa abajo, y tratando de derribar la puerta; algunos pedían que se pegase fuego á la casa; el jinete echó pie á tierra, hendió la multitud, examinó la puerta, miró á una ventana y gritó:

—¡Cien duros al que traiga una escala!...

El grito fué repetido por muchos; algunos echaron á correr, disponiéndose á ganar las veinte esterlinas prometidas. Guillermo pidió una cuerda larga á los ladrones.

—Voy á escaparme por detrás de la casa... Están todos por delante... En el foso hay bastante agua; dadme una cuerda larga... ¡Una cuerda larga á tu asesino á los tres y me suicido luego!...

Indicáronle dónde la había, sobrecogidos de terror y sin acertar á hablar ni moverse. El bandido buscó la cuerda; aseguróse de que era larga y sólida, y penetró en un cuarto que daba al tejado; atrancó la puerta, una vez dentro, y salió. Desde lo alto, encorvándose, miró al foso; el agua se había retirado al bajar la marea, y el canal sólo ofrecía un lecho fangoso. La multitud parecía haberse aplacado ó descansaba, pues no se oía grito alguno. Es que acababan de verle en el tejado y lo espaban temiendo que se le pudiera escapar; pero, en cuanto comprendieron lo que intentaba, lanzaron unánime grito de odio y de triunfo.

Hubiérase dicho que toda la población de Londres se había congregado para perseguir y maldecir al asesino. Millares de hombres, cuyos rostros á la luz de las antorchas veíanse respirando odio y furor, hallábanse ante la fachada y habían invadido las casas al otro lado del foso.

—¡Cincuenta libras esterlinas al que lo coja vivo!—exclamó un caballero de alguna edad.—Aquí aguardaré á que me reclamen la recompensa.

Los gritos redoblaron. En aquel momento conseguíase derribar la puerta, y las exclamaciones de jubiloso triunfo mezclábanse á las de furor y venganza: el jinete que había pedido una escala acababa de penetrar adentro.

Mientras tanto, Guillermo se había ocultado á la multitud, y tras unos segundos de indecisión febril comenzó sus preparativos de fuga. Sujetó fuertemente la cuerda a la chimenea é hizo un nudo corredizo al otro extremo para pasárselo por debajo de

los sobacos; aseguróse de que no había perdido su cuchillo, para poder cortar la cuerda una vez abajo, y decidió aprovechar rápidamente aquellos momentos en que la muchedumbre, enterada de que habían abierto brecha en la puerta de la calle, se apiñaba por aquel lado.

En el momento en que pasaba por su cabeza el nudo corredizo y le llegaba al cuello, y en que, vista por el anciano caballero que ofrecía doscientos cincuenta duros por su captura, denunciaba á gritos su tentativa de evasión, el asesino se puso lívido, erizándosele el cabello.

—¡Sus ojos! ¡Aún sus ojos!—murmuró con indecible espanto, volviendo el rostro y cerrando instintivamente los suyos.

Entonces vaciló, como impulsado por el viento, y por instinto, al sentir que se caía, agarróse á la cuerda, con lo cual afianzó más el nudo corredizo á su cuello; tambaleóse durante un instante y cayó por último, al estirarse la cuerda bajo su peso; rápido como una flecha descendió los treinta y cinco pies á que se hallaba de altura; experimentó un sacudimiento horrible, un movimiento convulsivo de todos sus miembros, y quedó ahorcado, con la mano crispada en el mango de su cuchillo.

La vieja chimenea se conmovió al golpe, pero resistió. El cadáver de Sikes se balanceaba ante el lucernario que tenía el cuarto en que habían encerrado á Carlos, el cual no había cesado de gritar, excitando á la multitud para que vigilase la parte de atrás de la casa. Entonces el muchacho, apartando con la mano el cadáver, pidió de nuevo á grandes gritos socorro y la compasión de que fueran á liberarle.

Un perro, que no había sido visto hasta entonces, comenzó á correr por el borde del tejado, lanzando aullidos lastimeros; luego, tomando impulso, saltó sobre los hombros del ahorcado; pero marró y cayó al foso, rompiéndose la cabeza contra una gran piedra y enterrando sus cuartos traseros en el fango.

CAPÍTULO XIX

EN EL QUE SE ESCLARECE MÁS DE UN MISTERIO
Y SE CONCIERTA UN MATRIMONIO SIN TRATARSE
DE DOTE NI ARRAS.

Dos días después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, Oliverio, acompañado de las señoras Maylie y Bedwin, de la señorita Rosa y del señor Losberme, iba en una berlina de viaje, á las tres de la tarde, camino de su ciudad natal. En otro arruaje iban el señor Browulow y un caballero cuyo nombre no había querido revelar el anciano.

Los cuatro personajes que acompañaban al niño no hablaban, ansiosos por conocer el fin de la aventura emprendida, y concentrados los pensamientos de cada cual en sí mismos; en cuanto á Oliverio, iba en un estado de agitación que le impedía coordinar sus ideas y le privaba casi del uso de la palabra.

Habían sido todos enterados por el señor Browulow de las confesiones de Monk y sabían que el objeto del viaje era acabar la obra con tan buenos auspicios comenzada, pero en la que había aún muchos misterios que penetrar y no pocas tinieblas que esclarecer.

—Ni las dos damas ni el muchacho sabían nada de los recientes sucesos dramáticos ocurridos en Londres, pues el excelente caballero, bien secundado por el doctor, se los había ocultado cuidadosamente.

—Es indudable—había dicho Browulow—que tienen que conocerlos antes de mucho, y acaso entonces sea mejor ocasión, ó, por lo menos, no será peor la oportunidad que ahora.

Marchaban, pues, en silencio y absortos en sus pensamientos; pero en cuanto llegaron á la carretera que había recorrido á pie Oliverio hacía años, el muchacho no pudo reprimir su emoción, agolpáronse á su mente los recuerdos de aquellos tristes días y estrechando vivamente la mano de Rosa sacó la cabeza por la portezuela exclamando:

—¡Mire, mire usted!...—Ésa es la barrera que tuve que saltar... Allá en aquellos setos me escondí, temiendo que me cogieran y me llevaran de nuevo á la funeraria... Aquel sendero de allá abajo es el que conduce, á través de los campos, á la casa en que me criaron... ¡Oh, Ricardo, Ricardo!.. ¡Si pudiera ver á mi antiguo amigo!...

—¡Ya lo verás!... y le dirás que ahora eres feliz, que has llegado á ser rico... y que vas á buscarle para hacerle también feliz.

—Sí, sí, y le llevaremos con nosotros, lo haremos instruir, que le vistan bien, y lo mandaremos al campo para que recobre la salud y se haga alto y fuerte. ¿Verdad que sí?...

Rosa afirmó con la cabeza, pues su emoción al ver á Oliverio sonreír de dicha á través de sus lágrimas, la impedía hablar.

—Y usted será buena con él, como lo ha sido conmigo, y lo querrá como á mí, ¿verdad?... ¡Oh! Cuando le cuente lo que ha sufrido el pobre, se le destrozará á usted el corazón, pero al mismo tiempo sonreirá usted de júbilo al ver que ha hecho cambiar su suerte, como la mía... ¡Pobre Ricardo! «¡Dios te bendiga!», me dijo al despedirnos, cuando yo me fugaba. Yo también—añadió el niño, estallando en sollozos,—le diré: ¡Dios te bendice ahora!

Al internarse en la ciudad, no fué cosa fácil mode-

rar los transportes del muchacho: la tienda de So-wberberry estaba igual, en el mismo sitio, pero le pareció más pequeña y menos imponente; las tiendas, las casas que le recordaban algún episodio de su infancia ó simplemente un recuerdo; la carreta de Gan-field, el Asilo de Mendigos donde había nacido, horrible cárcel de su infancia con sus pequeñas ventanas á la calle, y en el umbral de la puerta principal el mismo portero con su faz descarnada. Viéndole no pudo reprimir un movimiento de terror... Luego se rió de su tontería, y lloró para reír de nuevo; parecía que había abandonado la ciudad el día anterior y que todo lo demás había sido un sueño.

Pero era una venturosa, risueña, alegre realidad. Paráronse ante el mejor hotel de la población, ante el cual antiguamente se había extasiado, creyéndolo suntuoso palacio y que ahora le parecía menos suntuoso é imponente. El Sr. Grimwig estaba á la puerta para recibir á los viajeros y besó á Rosa y á las señoras al ayudarles á bajar de la berlina, como si fuese el abuelo de todas ellas. Amable y sonriente, no apostó ya la cabeza ni siquiera cuando, disputando con el postillón, aseguró conocer mejor que éste el camino más corto de allí á Londres, aunque no lo había recorrido más que una vez en la vida y durmiendo durante el trayecto. Había preparado la comida y los dormitorios como por arte de magia.

Sin embargo, pasada la agitación natural de la primera media hora, volvieron todos á encerrarse en su mutismo. El Sr. Browulow no comió con ellos, haciéndose servir en su habitación. Los otros dos caballeros iban y venían con cierta ansiedad, hablaban aparte y parecían inquietos. La Sra. Maylie fué llamada, y al volver, después de cerca de una hora de ausencia, tenía los ojos enrojecidos. Todo esto tenía á Rosa y á Oliverio en un estado de excitación nerviosa indescriptible.

Por fin, á las nueve de la noche, y cuando creían que no iban á saber nada más aquel día, penetraron en la estancia todos los caballeros, acompañados de un joven á cuya vista se estremeció y lanzó un grito Oliverio, porque le dijeron que era su hermano, y reconoció en él al individuo del patio de la posada y al que después había visto con Fagin, junto á la ventana de su cuarto de estudio. Por su parte, el hombre lanzó una mirada de intenso odio al chico y se sentó á la puerta.

—Tengo que cumplir una penosa tarea—dijo el Sr. Browulow, acercándose á la mesa en que se hallaban Rosa y Oliverio, y llevando unos papeles en la mano.—Es preciso que estas declaraciones, firmadas por usted en Londres ante testigos, sean reproducidas aquí en resumen... Hubiera querido evitar á usted esta ignominia; pero ya sabe usted que necesitamos oírlas de su propia boca.

—¡Acabemos!—repuso el individuo á quien se había dirigido el anciano.—Me parece que he hecho bastante; no abusen ustedes de mi paciencia.

—Este niño—dijo el caballero atrayendo hacia sí á Oliverio y poniendo una mano sobre su cabeza,—es su medio hermano, el hijo ilegítimo del padre de usted, mi querido amigo Edmundo Leeford, y de la pobre joven Inés Fleming, que murió al darlo á luz.

—Sí—repuso Monk, mirando de través al niño, que temblaba, y las palpitaciones de cuyo corazón hubieran podido oirse.—Es el bastardo.

—La palabra usada por usted—replicó severamente Browulow—es un reproche á seres que se hallan hace tiempo muy por encima de los juicios ridículos del mundo; es un insulto que no puede herir á nadie, á no ser al que tan desconsideradamente lo infiere. Pero dejemos eso. ¿Nació en esta ciudad?

—En el Asilo de Mendicidad de esta ciudad—rectificó Monk.—Pero en esos papeles está todo. ¿A qué...?

—Necesitamos oirlo—repitió el anciano con gran energía.

—Bueno; pues escuchen. Habiendo enfermado su padre en Roma, se reunió con él la esposa (mi madre), de quien estaba hacía tiempo separado; me llevó consigo desde París; iba por la fortuna, pues no le amaba, ni él á ella. No nos reconoció, y sin recobrar el sentido murió al día siguiente. Entre los papeles de su mesa había dos fechados el día que había enfermado y dirigidos á usted... Había escrito que no se echaran al correo sino en caso de morir él. Uno era una carta á esa moza, á Inés, y el otro su testamento.

—¿Qué decía en la carta?

—La carta, escrita por las cuatro carillas á lo largo y á lo ancho del papel, era un «yo pecador», y un ruego á Dios para que amparase á ella. Se reprochaba sus culpas y decía que la había engañado ocultándole que el «pequeño obstáculo» que se oponía al inmediato casamiento con ella era nada menos que otro matrimonio. Le contaba todo lo que tenía dispuesto para ocultar su deshonor, si hubiera vivido, y la conjuraba á que no maldijese su memoria, pues ella constituía su primero y único amor. Reconocióse culpable, el único culpable, y le recordaba la sortija y el medallón que le había entregado, rogándole que los llevase siempre consigo como hasta entonces; y repetía una y mil veces las mismas palabras, como un hombre que ha perdido el sentido, y creo que era así.

—En cuanto al testamento—interrumpió el anciano viendo llorar á lágrima viva á Oliverio,—en cuanto al testamento...

Monk permaneció silencioso.

—El testamento—continuó Browulow hablando en vez del otro—estaba inspirado en los mismos sentimientos que la carta. Hablaba en él de lo desechado que había hecho su esposa, de las rebeldes disposiciones, del vicio y la maldad y las malas pasiones que anidaban en usted, criado por la madre con sentimientos de aversión al padre, y dejaba á su madre de usted y á usted una renta de ochocientas libras esterlinas anuales para cada uno. Luego dividía el resto de su caudal en dos partes iguales, la una para Inés Fleming, y la otra para su hijo, si había nacido vivo; si la criatura era del sexo bello, heredaba la fortuna, sin condiciones; pero, si era hijo, sólo bajo la condición de que durante su minoría no hubiera cometido alguna acción infamante ó degradante, punible por las leyes del reino... De este modo, decía, probaba á la madre la confianza que tenía en ella y su convicción de que el hijo heredaría de ella su noble corazón y sus bellos, delicados y elevados sentimientos. Sólo en el caso de equivocarse y de salir el hijo un canalla, esta parte de la fortuna pasaba á usted; pues siendo los dos hijos naturalmente perversos, reconocía á usted, como primogénito y legítimo, el derecho de prioridad.

—Mi madre—prosiguió Monk—hizo lo que cualquier mujer hubiera hecho en su caso: quemó el testamento, y guardó la carta con otras pruebas, para el caso en que trataran de negar la falta de la joven; luego instruyó de todo, con las exageraciones naturales en una mujer que aborrece á otra y quiere vengarse, al padre de Inés, y éste, desesperado, se retiró al fondo del país de Gales, cambiando de nombre para que sus amigos no pudiesen averiguar el lugar de su retiro, y en él, no mucho después, lo encontraron muerto en su lecho. La muchacha había abandonado su casa en secreto varias semanas antes, y él fué buscándola á pie por la ciudad y los pueblos vecinos; era muy entrada la noche cuando regresó á su casa, convencido de que su hija se había suicidado para ocultar su deshonor, y se acostó desesperado para no volver á levantarse más.

Prodtjose un corto silencio, que rompió al cabo el señor Browulow, reanudando el hilo del discurso.

—Algunos años después—dijo,—este hombre, Eduardo Leeford, abandonó á su madre... Contaba entonces diez y ocho años de edad. La madre acudió á mí, me contó la fuga del hijo que le había robado sus alhajas y buena cantidad de dinero; se había hecho jugador, estafador, falsario y habíase ido á Londres, en donde se trataba desde hacía dos años con la gente más viciosa y perdida de la capital. Ella estaba atacada de una enfermedad dolorosa é incurable, y ansiaba verle antes de morir. Después de innumerables diligencias llegamos al fin á encontrarle, y partió con su pobre madre á Francia.

—Allí murió al poco tiempo—continuó Monk,—después de crueles pesares, pero sin haber desmentido sus sentimientos, y en su lecho de muerte me reveló su secreto y me legó su odio irreconciliable y vengativo, recomendándome que persiguiera sin tregua ni desfallecimiento á Inés y á su hijo... ¡Recomendación inútil, pues hacía mucho tiempo que yo sentía ese odio tan intensa y vibrantemente como ella!... No creía mi madre en el suicidio de la joven; creía, por el contrario, que había dado á luz su hijo, y que el hijo había nacido vivo. Le juré que, si alguna vez lo encontraba en mi camino, le perseguiría con todo encarnizamiento, sin descanso, con infatigable animosidad, abrumándole con todos los males que me fuera dable hacerle, arrastrándolo por el fango y arrojándole á los pies, cuando hubiera logrado convertirlo en un ser abyecto, si no lo era por natural inclinación, el ridículo testamento. Mi madre se tranquilizó con mis palabras. En efecto, lo encontré en mi camino, y principié á conducirle por el de la infamia; pero, aunque empecé bien, no pude acabar por la charla estúpida de esa perdida.

El canalla cruzó los brazos sobre el pecho y murmuró una sarta de maldiciones, desahogando de tal modo su impotente rabia. El señor Browulow explicó á los oyentes, horrorizados del cinismo de Monk, cómo éste había dado al judío, su cómplice y confidente, una gruesa suma, de la cual tendría que devolver una parte en el caso de no lograr hacer condenar por ladrón al niño; que habían conseguido averiguar que Oliverio estaba en casa de la señora Maylié y que proyectaban y tenían preparado su secuestro para cuando regresara de la playa.

—¿Qué ha sido de la sortija y el medallón?

—Ya le dije á usted cómo los había obtenido de los que los recibieron de la vieja enfermera del Asilo, la cual se los robó á la misma Inés en cuanto murió—contestó Monk, sin mirar al anciano.—Y ya sabe usted lo que hice con esos objetos.

El señor Browulow hizo una señal á su amigo Grimwig, quien salió de la sala y volvió en breve, empujando delante de él al respetable Bumble y á su no menos distinguida consorte.

—¡Calle! ¡No me engañe!—exclamó el Sr. Bumble con mal fingido entusiasmo.—¿No es ése el pequeño Oliverio? ¡Oh!... ¡Si supieras cuánto me ha preocupado tu suerte, Oliverio!...

—¡Cállate, imbécil!—murmuró la matrona.

—No puedo contenerme, no puedo—replicó el director del Depósito.—Lo he criado á mis pechos... parroquiales, y al verlo no puedo reprimir la emoción... máxime al hallarlo entre estas señoras y caballeros... Le quise siempre como si hubiera sido mi... mi... mi propio... abuelo—continuó el ex-

muñidor, no encontrando otra comparación más apropiada.—Señorito Oliverio... querido mío... ¿Recuerdas aquel respetable caballero del chaleco blanco, que formaba parte de la Comisión parroquial?... ¡Ah! Subió al Cielo la semana pasada... Lo enterramos en una caja de caoba con asas de plata, Oliverio.

—¡Vamos!—exclamó el Sr. Grimwig severamente.—¡Basta de hipócritas sensiblerías!

—Trataré de comprirme, pero es más fuerte que yo—repuso Bumble; y en ese instante, viendo al Sr. Browlow, que avanzó un paso hacia la digna pareja, le dijo:—¿Cómo está usted, señor? Espero que estará usted en excelente estado de salud.

—¿Conoce usted á esa persona?—preguntó el anciano señalando á Monk.

—No—respondió rotundamente la Sra. Bumble.

—En mi vida lo he visto—añadió el ex-muñidor.

—¿Ni le han vendido ustedes nada?—tornó á preguntar el caballero.

—No—respondieron los esposos.

—¿No han tenido ustedes nunca en su poder un medallón de oro y un anillo?...

—Ciertamente que no—replicó la matrona.—¿Nos han hecho venir aquí para contestar á preguntas tan necias?...

Otra vez el Sr. Browlow hizo una seña al señor Grimwig, y de nuevo este caballero salió, volviendo con otras dos personas, pero no marido y mujer, sino dos viejas enfermeras del Asilo.

—Cerró usted la puerta la noche en que la vieja Sara murió, pero no tuvo usted la precaución de tapar las rendijas—dijo la primera,—y pudimos ver y oír lo que pasaba.

—Sí, sí—dijo la otra meneando sus mandíbulas huérfanas de dientes.—No fué usted precavida; no tomó usted sus precauciones.

—Lo oímos todo y vimos que le daba á usted un papel; y al otro día la espíamos á usted y la vimos ir al Monte de Piedad.

—La dieron un medallón y una sortija de oro; íbamos pisándola á usted los talones y usted no nos vió—añadió la desdentada.

—Y sabemos más, más—continuó la primera.—La vieja Sara nos había dicho mucho antes que la joven se puso en camino para ir á morir sobre la tumba del padre de su hijo, comprendiendo que no podría sobrevivir á su desgracia.

—Sí; pero le sorprendió la hora de dar á luz, y la muerte en seguida en el Asilo.

—¿Quiere usted que haga venir al empleado del Monte?—preguntó Grimwig, dando un paso hacia la puerta.

—No—replicó la matrona.—Puesto que ese individuo—y señaló á Monk—ha sido bastante cobarde

para confesarlo todo, como veo, y ustedes han soneado á esas malas pécoras, no tengo nada que ocultar. Sí; los vendí; y se hallan donde nadie podrá sacarlos... ¿Y qué?...

—Nada—contestó Browlow,—sino que es cuenta nuestra el impedir que en adelante ejerzan ustedes cargo alguno de confianza. Pueden ustedes irse.

—Creo—dijo el Sr. Bumble, mirando á todos con aire lastimero, mientras el Sr. Grimwig salía con las viejas;—creo que este enojoso incidente no me privará de mis funciones parroquiales, señores.

—Sí le privará—replicó el anciano.—Téngalo usted así entendido, y agradezca que todo se reduzca á eso.

—Todo ha sido obra de la Sra. Bumble—dijo el pobre diablo, después de haberse asegurado de que su esposa no podía oírle.—Ella lo quiso.

—No es una excusa. Estaba usted presente cuando se destruyeron esos objetos, y es usted el más culpable de los dos á los ojos de la ley, porque la ley supone que la esposa no obra sino bajo la dirección del esposo.

—Si la ley supone eso—dijo el hombre enfáticamente, apretando entre sus manos el sombrero,—la ley es una borrica, una idiota... Si eso cree la ley, es que su autor no ha sido nunca casado, y no puedo desearle nada peor sino que haga la prueba y le desengañará la experiencia.

Y repitiendo las últimas palabras, el señor Bumble se puso el sombrero, se metió las manos en los bolsillos y fué á reunirse con su esposa.

—Señorita—dijo Browlow volviéndose á Rosa,—deme usted el brazo, apóyese en el mío y no se asuste, pues las pocas palabras que tengo que decirle no deben hacerla temblar.

—Si me conciernen, aunque no adivino cómo, exclusivamente, rogaría á usted que las dejara para otro día, pues no tengo ni fuerzas ni valor para oírle.

—No, no; estoy seguro de que es usted más fuerte de lo que se figura. ¡Vamos!—Y acercándose con ella del brazo, preguntó á Monk:—¿Conoce usted á esta señorita?

—Sí—respondió Monk.

—Nunca había visto á usted hasta ahora—dijo Rosa débilmente.

—Yo la he visto á usted con frecuencia—replicó Monk.

—El padre de la infeliz Inés tenía dos hijas—continuó el anciano.—¿Qué fué de la segunda, la que era aún una criatura á la muerte de su padre?

—La niña—contestó Monk,—después de perder á su padre, y no habiendo en su casa ni carta ni cartera, ni papel alguno que pudiera ponerla sobre las huellas de su familia ó amigos, fué recogida por unos pobres aldeanos que la cuidaron como si fuera hija.

—Continúe usted—dijo el caballero haciendo señas á la señora Maylie para que se acercara.

—No pudo usted, Sr. Browlow, descubrir su paradero; pero allá donde la amistad fracasa el odio triunfa, y mi madre logró encontrarla, tras un año de diligencias. Aquellos honrados aldeanos eran pobres; el marido comenzaba ya á cansarse de su caridad; mi madre les dió algo de dinero, prometiéndoles enviarles más, pero bien resuelta á no hacerlo, y les contó con los más siniestros pormenores, y exagerando todo lo que su imaginación le permitió, la deshonra de su hermana. Luego les dijo que era hija de ilegítimo matrimonio y les aconsejó que la vigilaran mucho y la corrigiesen con mano fuerte; pues como la cabra tira al monte, ella, por la casta, debía tirar hacia su perdición. Aquellos infelices creyeron á mi madre, y la chiquilla comenzó á llevar una existencia bastante miserable, pero que aun no nos satisfacía del todo. En esto, una señora viuda que vivía entonces en Chester la vió, tuvo lástima de ella y se la llevó consigo sin hacer caso de la historia de su mala raza, abultada aún por los aldeanos. Á pesar de todos nuestros esfuerzos, la criatura permaneció al lado de esa dama y fué feliz... La perdí de vista durante dos ó tres años y no volví á dar con sus huellas hasta hace pocos meses.

—¿La ve usted ahora?

—Sí; apoyada en su brazo.

—Pero no deja de ser mi sobrina—repuso la señora Maylie estrechando á Rosa entre sus brazos con maternal cariño.—No; es siempre mi niña querida, mi hija adorada, mi dulce compañera, á la que no quisiera perder por todos los tesoros del mundo.

—La sola amiga que he tenido—repuso Rosa soñando,—la más afectuosa y amante de las madres. Me ahoga la emoción... No puedo soportar esto... Madre, madre mía!...

—¿Y tú? Tú has sido la mejor y más encantadora de las hijas—replicó la dama besándola con ternura.—Mi tesoro, mi consuelo, la dicha de todos los que has conocido... ¡Vamos, vamos, amor mío, cálmate! Piensa en que tienes que estrechar también entre tus brazos á ese querido niño que está deseando abrazarte... ¡Mirale, mirale, querida!

—No es para mí una tía, sino una hermana, una hermana querida—exclamó Oliverio echando los brazos al cuello de la doncella.—Desde que te vi, mi corazón me dijo que tenía que amarte mucho, mucho, mucho.

Respetemos las lágrimas de los huérfanos y omitamos las entrecortadas palabras que pronunciaron abrazados y besándose cariñosamente. Ellos encontraban y perdían al mismo tiempo un padre, una madre, una hermana: su júbilo estaba mezclado con tristeza; sus lágrimas, sin embargo, no eran amar-

gas, pues los dulces y tiernos recuerdos evocados consolábanles en su dolor.

Así permanecieron, solos, mucho tiempo. Llamaron nuevamente á la puerta; Oliverio la abrió y se fué, cediendo su puesto á Enrique Maylie.

—Lo sé todo—princió diciendo, al sentarse cerca de la amable joven.—Querida Rosa, no se debe mi presencia aquí á una casualidad—añadió tras breve pausa.—No he tenido que escuchar nada esta noche, pues ya estaba enterado desde ayer.

—Aguarda: ¿dices que lo sabes todo?

—Sí. ¿No adivinas que vengo á recordarte tu promesa? Me permitiste escucharme por última vez, y voy á hablarte del asunto que tratamos en nuestra última entrevista.

—Las mismas razones que tenía entonces tengo ahora—dijo con firmeza Rosa.—Así que...

—Me comprometí—añadió Enrique—á no insistir para modificar tu resolución, y á hacértela repetir una vez más. Sólo que las circunstancias han cambiado.

—No—interrumpió ella.—Mi deber es el mismo respecto á los que me arrancaron de las privaciones, de la miseria, y lo cumpliré, luchando con entereza hasta el último momento. Es un golpe cruel, pero mi corazón logrará soportarlo.

—Pero, Rosa... los descubrimientos de esta noche...

—Los descubrimientos de esta noche me dejan en la misma situación en que estaba, en la misma posición con referencia á ti.

—Me destrozas el corazón.

—¡Oh, Enrique, Enrique!—repuso la joven, deshaciéndose en lágrimas.—Yo desearía, si pudiera, evitarme á mí misma este pesar.

—Entonces ¿por qué te castigas?—dijo él cogiéndole una mano.—Piensa en lo que has oído...

—¿Y qué he oído?—exclamó ella.—Que el sentimiento de su deshonra turbó de tal modo á mi padre, que huyó de todos los que le conocían. Bueno, ya hemos hablado bastante, Enrique; dejemos esta conversación.

—No, no; todavía no, Rosa—observó él reteniéndola para que no saliera.—No; á pesar de que la situación ha cambiado, porque no hay mancha alguna en tu nacimiento, esperanza, deseos, proyectos, todo ha cambiado para mí, excepto el amor que te tengo. Ya no te ofrezco un puesto elevado en medio de la más brillante sociedad, de esa sociedad malévola y envidiosa que temías pudiese abrumarte con el recuerdo de faltas que no son tuyas y de las que no puedes ser responsable... Lo que te ofrezco ahora es una existencia tranquila, apacible, retirada y modesta; un hogar y un corazón simplemente, Rosa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que la última vez que te vi te dejé

con la firme resolución de derribar cuantos obstáculos se opusieran á nuestra dicha: parientes aristócratas, amigos encumbrados, protectores ensoberbecidos... y eso he hecho; los que podían haberse alejado de ti han sido alejados de mí desde luego... Pero no se reduce todo á ellos... Hay en Inglaterra risueñas campiñas de agradable sombra, preciosos lugares... y junto á la iglesia de un alegre y pintoresco pueblecito, iglesia de que soy el párroco, el pastor, se alza una casita rústica, rodeada de un bello jardín, en la cual estaré más orgulloso de vivir contigo, querida Rosa, que en medio de todos los esplendores del mundo, en el más suntuoso palacio. Tal es mi categoría; ésa es mi posición actual, que pongo en este momento á tus pies.

—Lo más desagradable que hay en el mundo es aguardar, para ponerse á cenar, á una pareja de amantes tortolitos—dijo el Sr. Grimwig abriendo la puerta y con fingido enojo.

Verdaderamente la cena hacía rato que estaba en la mesa, y se había avisado ya á Enrique y Rosa, que prometieron ir en seguida y se olvidaron al segundo.

—Yo había pensado seriamente en comerme mis propios sesos—continuó el Sr. Grimwig entrando con los novios en el comedor,—convencido de que no podía comer otra cosa. Bueno; me voy á tomar la libertad de cumplimentar afectuosamente á la novia.

Y sin más ceremonia la abrazó y la besó. Rosa se ruborizó; el ejemplo se hizo contagioso y fué seguido por el doctor y por el Sr. Browulow; no faltaron personas murmuradoras y suspicaces que afirmaron que Enrique Maylie se había anticipado á los tres caballeros, felicitando á la novia del mismo modo, antes de salir al comedor; pero las mejores autoridades que hemos consultado al efecto consideran el hecho como una imputación calumniosa, por tratarse de un joven y de un clérigo, si bien protestante.

—¡Oliverio, hijo mío!—dijo la Sra. Maylie al niño, que había llegado un minuto antes.—¿De dónde vienes y por qué estás tan triste? Tienes aún lágrimas en los ojos: ¿qué te ha sucedido?

¡Qué decepciones en este mundo!... ¡Con qué frecuencia se desvanecen nuestras más queridas ilusiones y se pierden las más gratas y dulces esperanzas!...

El pobre Ricardo había muerto.

CAPÍTULO XX

LA ÚLTIMA NOCHE DE FAGIN

Desde el suelo hasta el techo, la sala de la audiencia estaba empavesada de rostros humanos; no había una pulgada de terreno que no presentara un

par de ojos inquisitivos y muy abiertos. Desde la barra hasta el extremo del salón, todas las miradas estaban fijas en un solo hombre: Fagin. Ante él y tras él, á derecha y á izquierda, no podía ver el judío sino ojos brillantes que lo miraban amenazadores ó estupefactos.

Estaba de pie, una mano apoyada en la balaustrada de madera colocada entre él y el tribunal; la otra tras de la oreja, que encorbaba para oír mejor; la cabeza inclinada hacia adelante escuchando el resumen del proceso; dirigiendo rápidas miradas al Jurado cada vez que llegaba á oír la más mínima atenuante, para tratar de leer en sus rostros el efecto que les producía, y á su abogado, como para animarlo cuando los cargos y las pruebas se multiplicaban. Era lo único que revelaba su ansiedad, pues al parecer estaba tranquilo y su fisonomía permanecía impassible.

Concluido el resumen de los debates, Fagin continuó en la misma actitud, como si escuchara todavía, y no salió de ella hasta que vio levantarse á los jurados. ¡Cómo! ¿Qué significaba aquello? ¡Ah! Se retiraban para deliberar.

Dirigió la vista á la sala, y vió á la multitud empujándose para verle la cara, con un murmullo que se le antojó de mal agüero. El alguacil le tocó en el hombro y le hizo volver al banquillo, en el cual se dejó caer extenuado, pero con rostro sereno en apariencia. Desde allí se puso á mirar atentamente al presidente del tribunal y á los demás jueces.

Pero sus observaciones no se dirigían á los rostros; calculaba el precio de las togas de seda y terciopelo, y lo que podrían valer en venta; luego examinó al público, fijándose en los que se disponían á comer: parecía como si hubiera querido ver lo que comían; muchos se abanicaban, pues el calor era grande en la sala; cerca de él un joven hacía un croquis; se inclinó para ver si el dibujo era parecido, como si se hubiera tratado de otra persona, y así estuvo entregado á esas reflexiones indiferentes hasta que volvieron los jurados y el presidente impuso silencio á la audiencia.

Instantáneamente la multitud se calmó y aquietó; hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. El presidente del Jurado púsose en pie para leer el veredicto; éste era de culpabilidad. Gritos frenéticos estallaron en toda la sala, encantado el público al ver que el judío sería ahorcado el lunes siguiente.

Apaciguóse el tumulto, y el presidente de la audiencia preguntó al criminal si tenía que objetar algo. Había recobrado Fagin su actitud atenta, y otra vez de pie, una mano en la rodilla y otra tras de la oreja, inclinó la cabeza. Creyeron que iba á hablar, pero no pronunció una sílaba. Fué preciso repetirle la pregunta, y entonces murmuró en voz baja:

—Soy... un anciano, excelencias; soy un anciano... un anciano...

No pudo decir más y enmudeció.

El presidente se puso el birrete; el judío no se movió; aquél leyó la sentencia, que era de muerte. Una mujer en la barra lanzó un gemido ahogado; Fagin se volvió con viveza hacia aquel sitio, como si esperase que el incidente suspendería la sentencia; el magistrado continuaba dirigiéndole palabras solemnes.

El carcelero tuvo que advertirle de nuevo que le siguiera, y entre guardias atravesó una sala baja, donde varios presos esperaban su turno para ser juzgados, hablando algunos á través de la reja con personas, parientes ó amigos, que habían acudido á verles; á él no había ido á verlo nadie. Al pasar, le insultaron, le silbaron; él les amenazó con el puño. Los guardias lo arrastraron por un pasillo sombrío; el carcelero lo metió en una celda de las destinadas á los condenados á muerte, y después de registrarlo escrupulosamente para asegurarse de que no podía substraerse al suplicio, lo dejó solo.

Sentóse en un banco, frente á la puerta, que servía de asiento y de lecho; fijó en el suelo sus ojos inyectados de sangre, y trató de reunir sus recuerdos; poco á poco comenzó á recordar las frases que le había dirigido el presidente de la Audiencia y que creía no haber entendido; y, cuando comenzó á obscurecer, hizo enumeración de todas las personas conocidas que habían muerto en la horca, algunas por su culpa, y veía aparecérsese sus espectros con tal rapidez, que apenas podía contarlos... Varios de ellos habían muerto rogando á Dios que les perdonara y él se había burlado cruelmente...

Algunos, quizás, habían ocupado aquel mismo calabozo y se habían sentado en el mismo banco... ¡Qué obscuro estaba!... ¿Por qué no llevarían luz? Debía de hacer siglos que estaba construída aquella celda... ¡Cuántos condenados á muerte habrían dormido allí!... Comenzó á golpear con el puño en puerta y paredes, y, cuando ya tenía bien maceradas las manos, aparecieron dos hombres; el uno con una vela que metió en un candelero empotrado en la pared; el otro con un colchón; pues no debiendo ser perdido de vista el preso, el guardia tenía que pasar la noche en el calabozo.

Vino el día y transcurrió como todos; era el domingo, y aquella noche debía ser la última que pasaba Fagin en el mundo de los vivos; el lunes por la mañana debía ser ahorcado. Entonces sólo, al llegar aquella noche fatal, fué cuando se ofreció á su espíritu en todo su horror el sentimiento de su situación desesperada.

Al principio había permanecido en el banco, soñador y silencioso, sin fijarse ni llamar la atención de los guardias que se sucedían para vigilarle; pero,

al acercarse la noche triste, con la piel ardorosa, los labios espumantes y las miradas aviesas, comenzó á pasearse por la estrecha celda, con tal aspecto de ferocidad y extravío, que el guardia, aun acostumbrado á espectáculos semejantes, no las tuvo todas consigo, y llamó á un compañero, siendo desde entonces dos para vigilarlo.

La multitud, en grupos de dos ó tres personas, acudía continuamente á la cárcel para preguntar si había habido indulto. Al fin los guardias hicieron retroceder á la gente y cerraban las puertas de Newgate, cuando el Sr. Browulow, acompañado de Oliverio, se presentó y exhibió al conserje un pase firmado por uno de los magistrados para poder penetrar hasta donde se hallaba el condenado.

—¿Este joven viene con usted?—preguntó el llavero que los conducía á la celda de Fagin.—No es un espectáculo muy edificante para un muchacho, señor.

—Es cierto, amigo—repuso el Sr. Browulow.—Pero el asunto que nos trae está íntimamente relacionado con él; y como lo ha conocido cuando estaba en el cenit de su carrera criminal, creo conveniente que él lo vea ahora.

Fueron pronunciadas estas palabras aparte, para que no fueran oídas de Oliverio. El hombre se llevó la mano al sombrero respetuosamente, y miró al muchacho con curiosidad; abrió otra puerta opuesta á la por que habían entrado, y mostróles el sitio por donde tenía que pasar para ser ejecutado, y donde varios obreros hacían silenciosamente algunos de los lúgubres preparativos.

Atravesaron la cocina de la cárcel y un patio, y, después de franquear varias macizas puertas, llegaron á la celda del condenado á muerte. El llavero les hizo detenerse, llamó á la puerta con el manajo de llaves, cambió algunas palabras con los guardianes, que abandonaron el calabozo estirándose los brazos y demostrando satisfacción por aquel pequeño descanso, y entraron los visitantes con el carcelero.

Fagin estaba sentado en el banco, balanceándose de derecha á izquierda, con aspecto más de fiera que de hombre; estaba, indudablemente, viviendo en el pasado, como si no se diera cuenta de su situación actual, y murmuraba, á veces bastante alto para poder ser claramente oído, palabras en relación con lo que creía ver.

—¡Muy bien, Carlillos; admirable!... ¡Golpe maestro!... ¡Hola! ¿Habéis recuperado á Oliverio?... ¡Y convertido en un completo caballero!... ¡Ja, ja, ja!... ¡A ver!... ¡Llevad al señor á su dormitorio y servid-le!... ¡Ah, ja, ja!

El llavero cogió de la mano á Oliverio y le recomendó que no tuviera miedo. El judío prosiguió:

—Llevadlo á dormir... y... ¡cuidado! ¿Me oís?...

Él ha sido la causa indirecta de todo, pero no hay que hacerle nada... El convertirlo en un ladrón vale mucho dinero... Guillermo, corta la cabeza á Bolter; no te inquietes por la chica ésa... Córtales el cuello á Bolter... Nos va á vender... ¡Córtalesela, sepárasela del tronco para que no pueda curar!

—¡Fagin!—le dijo el llavero.

—Servidor—contestó el viejo tomando repentinamente el tono lastimero que usó en la audiencia.—



—Los papeles—susurró Fagin, atrayendo hacia sí al niño...

Un pobre anciano, excelencia; un infeliz anciano, muy anciano...

—Aquí hay—replicó el carcelero empujándole en el pecho con la mano para hacerle sentar de nuevo;—aquí hay un caballero que supongo quiere hacerle á usted algunas preguntas. ¿Es usted un hombre?

—No lo seré dentro de poco—repuso alzando la cabeza, en la cual se pintaban rabia y terror.—¡Maldición sobre todos ellos!... ¿Qué derecho tienen para arrastrarme al matadero?

Al pronunciar estas palabras reparó en Oliverio y el Sr. Browulow, y, retrocediendo hasta el extremo del banco, preguntóles qué querían.

—Calma, Fagin—dijo el llavero, manteniéndolo

en su puesto.—¡Vamos, caballero, dígame lo que tenga que decirle cuanto antes, porque se está poniendo por momentos más y más furioso!

—Tiene usted algunos papeles que le confió á usted para mayor seguridad Monk?

—Es una impostura—replicó Fagin.—No tengo ni uno.

—¡Por el amor de Dios, no hable usted así en esta hora suprema!—dijo el caballero en tono solemne.—Diga usted dónde están... Ya sabe usted que Sikes ha muerto, que Monk ha confesado todo, que no tiene ya ningún interés en ocultarlo. ¿Dónde están esos papeles?

—¡Oliverio—dijo el judío volviéndose hacia el niño,—¡acércate, acércate!... tengo que decirte una cosa al oído.

—Yo no tengo miedo—dijo el muchacho en voz baja y soltando la mano del Sr. Browulow.

—Los papeles—susurró Fagin, atrayendo hacia sí al niño—están en una carpeta de tela, en un agujero debajo de la chimenea de la habitación del primer piso... Aguarda; tengo que hablarte, querido; necesito hablarte.

—Bueno, bueno—replicó Oliverio.—Póngase usted de rodillas junto á mí; rezaremos una oración juntos y luego hablaremos hasta que se haga de día.

—¡Fuera, fuera!—repuso el judío, empujándole hacia la puerta, y mirando vagamente por encima del niño.—Di que me he echado á dormir... ellos te creerán y no entrarán de nuevo... Y luego entras y me sacas de aquí tú puedes hacerlo..... ¡Pronto, pronto!

—¡Oh, que Dios perdone á este desgraciado!—sollozó Oliverio.

—¡Muy bien, muy bien! exclamó Fagin.—Salgamos ante todo de aquí... Si tiemblo al pasar ante la horca, no hagas caso; pero vamos pronto; no perdamos tiempo.

—¿Tiene usted alguna otra pregunta que hacer?—dijo el llavero.

—Ninguna—repuso el Sr. Browulow.—Pero... ¡si pudiera volverle á la realidad de su triste situación!

—No lo espere usted... Lo mejor que puede hacer es irse.

Abrió la puerta, entraron de nuevo los guardias, le hicieron soltar á Oliverio, y salieron el anciano, el niño y el carcelero, mientras el criminal quedose luchando con los guardias y lanzando gritos tan penetrantes, que se oían hasta en la calle.

Oliverio se impresionó tanto con esta escena, que casi perdió el conocimiento y estuvo en la Conserjería más de una hora antes de poder sostenerse en pie. Amanecía cuando salieron. La multitud llenaba la plaza y los balcones, aguardando la hora de la ejecución, y se entretenía en fumar y en jugar á las

cartas para matar el tiempo. El patíbulo se erguía en medio, esperando su presa.

CAPÍTULO ULTIMO

DONDE SE ATAN LOS CABOS Y SE DA RAZÓN DE LO QUE ACONTECIÓ Á LOS PRINCIPALES PERSONAJES DE ESTA VERÍDICA HISTORIA

He aquí ahora, y para satisfacción del lector, la suerte de cada uno de los personajes que más han figurado en esta larga crónica.

Unos tres meses después de la ejecución de Fagin, Rosa Fleming y Enrique Maylie se casaron en la iglesia del pueblo; escena futura en la que había de mostrar su celo apostólico el joven pastor; y el mismo día tomaron posesión de la casa, asumiendo él desde el siguiente sus tareas parroquiales.

La señora Maylie fué á vivir cerca de su hijo y de su nuera, para gozar de su continua presencia y pasar agradable y tranquila los últimos años de su vida, disfrutando de la mayor ventura reservada en este mundo á la ancianidad y á la virtud: contemplar la felicidad de aquellos á quienes durante toda la vida hemos amado entrañablemente.

Parece, según los datos más exactos y preciosos que ha logrado reunir el cronista, que dividiendo por igual entre Oliverio y Monk la fortuna de que este último se había apoderado, y que ni en sus manos ni en las de su madre prosperó nunca en lo más mínimo, tocaban á cada uno tres mil libras esterlinas.

En rigor, y en virtud del testamento paterno, los treinta mil duros (y algo más era lo que dejó su padre) correspondían á Oliverio; pero el Sr. Browulow, para no arrebatarse al hijo mayor de su amigo la única esperanza de poder substraerse á aquella vida de desórdenes y vivir honradamente, propuso la partición igual de la fortuna, lo que aceptó con júbilo su joven pupilo.

Eduardo Leeford conservó su sobrenombre de Monk, y se embarcó con rumbo á los Estados Unidos, donde en pocos años malgastó su capital y tornó á su vida aventurera y delincuente; y después de padecer una condena por algunos fraudes y estafas, cayó enfermo y murió en un hospital. Igual suerte corrieron, muriendo lejos de su patria, los principales miembros de la cuadrilla de Fagin que lograron no ser habidos cuando la persecución de la banda, con excepción de los de que se hará mención especial más adelante.

El Sr. Browulow adoptó por hijo suyo á Oliverio, y con él y su anciana ama de llaves, la excelente señora Bedwiu, fijó su residencia á menos de una milla del presbiterio donde vivían los esposos Maylie, colmando así el deseo de su hijo adoptivo de vivir cer-

ca de sus buenos amigos. Todos formaron como una familia, tan estrechamente unida y tan feliz como puede uno esperar racionalmente serlo en este valle de lágrimas.

Poco después del matrimonio de Enrique y Rosa, el buen doctor regresó á Chertsey, donde, lejos de sus buenos y antiguos amigos, comenzó á languidecer, perdiendo su buen humor habitual, y no cayó enfermo de nostalgia gracias á lo bien equilibrado de su temperamento. Durante dos ó tres meses estuvo diciéndose y comunicando á todos que creía que el clima y los aires de Chertsey no convenían á su salud, y por último pareció convencerse de ello y, cediendo á un colega su estudio y su clientela, fué á vivir á una preciosa casita, que alquiló, á la entrada del pueblo en que su joven amigo estaba de pastor, y recobró como por arte de encantamiento su excelente humor y su sana alegría de antaño. Dedicóse á cultivar su jardín, alternando esta ocupación con la caza, la pesca y los trabajos de carpintería á que se dedicó con la impetuosidad que era el rasgo principal de su carácter, y en cada uno de aquellos ejercicios adquirió muy pronto tal y tan alta reputación en el vecindario y en el contorno, que iban á consultarle como carpintero, cazador, jardinero y pescador, más que como médico, los aldeanos de diez leguas á la redonda, como á verdadera autoridad.

Había contraído una estrecha amistad con el señor Grimwig, amistad que le profesaba no menos cordialmente el excéntrico caballero, quien iba con frecuencia á visitar en su nuevo domicilio al señor Losberne. En estas visitas, el buen Grimwig plantaba, podaba, pescaba y carpinteaba, pero de un modo singular, originalísimo y siempre manteniendo con su peculiar estilo que su método era el mejor y el más práctico. Los domingos acude á la iglesia y censura y critica el sermón en las mismas barbas del joven clérigo, aunque manifiesta en secreto al doctor que le ha gustado mucho, pero que prefiere no decirlo.

Browulow lo embroma á menudo, recordándole burlonamente el agüero que hizo acerca del porvenir y carácter de Oliverio la noche en que, sentados ambos frente á frente y con el reloj sobre la mesa que los separaba, aguardaron varias horas el regreso del muchacho; pero el señor Grimwig, sin correrse en lo más mínimo, sostiene que tuvo razón; y en prueba de ello añade sonriendo que *no volvió* el niño, como esperaba su amigo; concluyendo por soltar una de esas estruendosas y alegres carcajadas que comunican su alegría á los circunstantes.

Noé Claypole fué agraciado con la libertad por haber denunciado á Fagin y declarado contra él, contribuyendo á probar su culpabilidad; y considerando que el oficio de ladrón tiene muchas quiebras, y no

dispuesto á trabajar para mantenerse, ideó y logró ser admitido en la policía secreta, como denunciador de infracciones de las leyes. Consecuente con sus propósitos, y para no tomarse muchas molestias, sale con Carlota, decentemente vestida, los domingos á la hora de los oficios. La moza finge desfallecimiento á la puerta de una taberna, y él llama y pide al tabernero que le sirva treinta céntimos de aguardiente para reanimarla; el tabernero se compadece y lo hace. Noé hace valer su personalidad policiaca, instruye el proceso verbal y se va á repetir el timo á otra taberna. Luego se embolsa la mitad de las multas correspondientes á los taberneros que por bondad han querido vender en esas horas sagradas del domingo... ¡y al avíol... Otras veces, el que cae desfallecido es él; pero el resultado es el mismo.

Los esposos Bumble, después de su destitución, cayeron gradualmente en la mayor miseria, y acabaron por solicitar que se les admitiera como pobres de solemnidad en el Asilo que en otro tiempo gobernaron casi como señores absolutos. Alguien oyó decir al ex-mañidor que había caído en tal estado de indigencia, que ni tenía fuerzas para agradecer y regocijarse por verse separado de su esposa.

Maese Carlitos Bates impresionóse de tal modo con el asesinato de Anita y los sucesos que fueron su consecuencia, que resolvió apartarse de aquella vida y encaminarse por el sendero de la virtud, borrando con una existencia laboriosa y honrada sus raterías anteriores. Pensado y puesto en práctica, el muchacho tuvo voluntad firme; trabajó mucho; sufrió en los comienzos; pero supo perseverar, alegre y confiado en el porvenir, y logró el triunfo. Después de haber sido peón y mozo de labranza, es hoy uno de los más felices cultivadores de todo Northamptonshire.

Y ahora, el que ha escrito estas líneas siente llegar al término de su tarea, y quisiera continuar un poco más el hilo de la historia.

¡Ah! La historia de los seres felices es muy breve. Yo quisiera detenerme cerca de esas personas entre las cuales he vivido, y tratar de relatar al lector su

venturosa vida; presentar á Rosa Maylie en todo el esplendor de su vida casera, esparciendo por su hogar la felicidad y la alegría, animando con su charla graciosa y chispeante el salón confortable en invierno, el cenador del jardín, sombrío y fresco, en verano; seguirla á través de los campos en sus paseos, á la luz de la Luna y oír su voz armoniosa y fresca; relatar sus excursiones caritativas por los alrededores; quisiera presentársela rodeada de sus hijitos, parlanchines y risueños; mezclando con las de ellos sus carcajadas puras y francas, mientras brilla una lágrima de dicha en sus pupilas azules como el cielo, y hacer resaltar el vivísimo efecto que siente por el hijo de su desdichada hermana, afecto que le devuelve con creces Oliverio, y narrar los largos ratos que pasan juntos tía y sobrino, recordando los seres queridos á quienes no conocieron... Si; todas esas escenas encantadoras, sonrisas, miradas, suspiros y palabras... quisiera poder relatarlas; pero ¿no dije ya que eran felices?...

El Sr. Browulow amaba cada día más á su hijo adoptivo, no sólo por convencerse más y más de su buena índole y nobles sentimientos de agradecimiento, compasión hacia los desgraciados, docilidad, caridad cristiana é inteligencia, sino porque su cara, y sobre todo sus ojos, recordábanle á su malograda prometida, á la adorada de su corazón, y las antiguas memorias que se agolpaban á su mente hacían palpitár todo su ser inundándole de una dulce melancolía.

Cerca del altar de la vieja iglesia del pueblo hay una losa de mármol en la cual han grabado una sola palabra: *Inés*. No hay féretro alguno en esa tumba, y quiera Dios que transcurran aún muchos años antes de que se inscriban en la lápida nuevos nombres... Pero si las almas de los muertos vuelven á visitar los lugares consagrados por el amor, el amor que sobrevive á la muerte, de los que ellos conocieron en su vida terrenal, creo que irá á menudo á aquel lugar sagrado el espíritu de la que fué sólo una oveja descarriada.

FIN DE LA NOVELA

